



POR SIEMPRE

Michica

ROMANCE CON LA HERMANA
DE MI MEJOR AMIGO

Dani Elliott

Por siempre mi chica

Romance con la hermana de mi mejor amigo

Dani Elliott

Copyright © 2020 Dani Elliott
Registro de la Propiedad Intelectual

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Imagen de la portada utilizada con licencia Shutterstock.com

Contenido

[UNO](#)
[DOS](#)
[TRES](#)
[CUATRO](#)
[CINCO](#)
[SEIS](#)
[SIETE](#)
[OCHO](#)
[NUEVE](#)
[DIEZ](#)
[ONCE](#)
[DOCE](#)
[TRECE](#)
[CATORCE](#)
[QUINCE](#)
[DIECISÉIS](#)
[DIECISIETE](#)
[DIECIOCHO](#)
[DIECINUEVE](#)
[VEINTE](#)
[VEINTIUNO](#)
[VEINTIDÓS](#)
[VEINTITRÉS](#)
[VEINTICUATRO](#)
[VEINTICINCO](#)
[VEINTIÉIS](#)
[VEINTISIETE](#)
[VEINTIOCHO](#)
[VEINTINUEVE](#)
[TREINTA](#)
[TREINTA Y UNO](#)
[TREINTA Y DOS](#)
[TREINTA Y TRES](#)
[TREINTA Y CUATRO](#)
[TREINTA Y CINCO](#)
[TREINTA Y SEIS](#)
[TREINTA Y SIETE](#)
[EPÍLOGO](#)

UNO

Antuan

Me encontraba en el centro del área de los vestidores de mujeres decorado al estilo francés sosteniendo un inhalador.

—Melissa, ¿estás aquí? ¿Hola?

Mi mejor amigo, el novio, me había pedido que le entregara el inhalador para el asma a su prometida. Y como padrino, era mi deber hacerlo. Incluso si eso significaba encontrarme con mujeres medio desnudas.

Excepto que no había ninguna por aquí.

—Melissa. Es Antuan. Victor me envió.

Me giré en círculo para encontrarla, vi el maniquí en la exhibición, las cortinas cerradas sobre los vestidores, y mi reflejo en un espejo en la pared.

Me veía fuerte, guapo, varonil, grande.

De acuerdo, tengo que trabajar un poco en desinflar el ego.

Una de las cortinas se abrió, y me volví hacia ella.

—Melissa, yo... —Quedé boquiabierto.

Una mujer desnuda salió del vestuario, moviendo su trasero color melocotón, libre de líneas de bronceado. Tenía un par de auriculares puestos y un teléfono celular en la mano. Desde donde estaba parado pude reconocer una canción de Spice Girls sonando mientras la observaba balancear sus caderas, en una pequeña danza que resultaba ser seductora en extremo.

Justo a un lado de ella, en el vestuario, un perchero sostenía uno de los vestidos de las damas de honor. Seguido de un largo espejo que me permitía detallar todo su cuerpo. Pechos perfectos y llenos, pezones rosados y fruncidos por el aire acondicionado en la habitación, abdomen delgado y una línea de vello que se extiende hasta la separación de los labios de su sexo.

Me puse duro al instante. Sin darle mucha importancia a lo inapropiado de la situación.

Mi mirada deambulaba por su cuerpo bien formado y finalmente me crucé con su rostro.

—Oh, mierda.

Era ella.

Lia Richard.

La mujer de mis sueños, mis sueños pasados. La misma mujer cuya virginidad había tomado, cuyo corazón había roto, y que había dominado mis pensamientos en nuestros años de secundaria.

Su cabello oscuro caía más allá de sus hombros en forma de rizos, resaltando sus brillantes ojos verdes. Estaba completamente sumergida en su reflejo en el espejo, pero luego me vio de pie detrás de ella.

La expresión de Lia se transformó de alegría a horror en cuestión de un segundo. Un grito surgió de su garganta. Se arrancó los auriculares de las orejas y se volvió hacia mí, pero perdió el equilibrio y tropezó.

Me apresuré a dar un paso adelante y la agarré firmemente por debajo de los codos.

—¡Qué carajo! —gritó.

—Lo siento —le devolví el grito.

—¿Estás... qué... qué demonios, Antuan? ¿Qué estás haciendo aquí?

Todavía estaba completamente desnuda, y me costaba todo lo que tenía para no espiar su cuerpo. La sostuve erguida y alejada de mí para que no sintiera la erección que empujaba la parte delantera de mis pantalones.

—Hola —le dije, sonriéndole. ¿De verdad quieres hablar de eso ahora?

—¡Sí, quiero hablar de eso ahora! Maldito bicho raro, ¿qué demonios?

—¿No quieres una bata o algo primero?

—Oh. Oh Dios mío —Lia siempre había sido una mujer muy hermosa, y más aún ahora que era mayor. Se enderezó y puso uno de sus delicados brazos sobre sus senos—. Oh, Dios mío. ¡Date la vuelta! ¡Ahora mismo!

Hice lo que me pidió.

Lia era una de las pocas personas en el mundo que alguna vez se había salido con la suya al darme una orden. Esta ocasión definitivamente lo requería. Subrepticamente reorganicé mis pensamientos mientras ella se movía detrás de mí.

—¿Terminaste?

—¿Qué diablos haces aquí? —siseó ella, y la siguió el sonido de una cremallera.

—Estoy buscando a Melissa.

—¿Y crees que es una buena excusa para irrumpir en el vestidor de mujeres? Esta es una tienda de vestidos.

—Una vez más con el sexismo. Tú y la mujer de la recepción tienen mucho en común —respondí—. ¿Puedo darte la vuelta ahora?

—Claro que puedes. Puedes darte la vuelta y sacar tu lindo trasero de aquí.

—¿Crees que mi trasero es lindo?

Me giré hacia ella y exhalé al verla vestida. Gracias a Dios por eso. No podía manejarla desnuda. Bueno, mierda, definitivamente podría, pero no de la misma manera en que lo había hecho hace tantos años. Ella era la hermana de mi mejor amigo. El novio de esta boda. Y la dama de honor.

Estaba obligado a encontrarme con ella en algún momento, ¿pero así? Joder...

—¿Qué? —preguntó, cruzando los brazos sobre su blusa. La había combinado con una falda de lápiz que se aferraba muy bien a sus caderas—. No me mires así.

—¿Cómo?

—Conozco esa mirada, Antuan. Sabes que conozco esa mirada, así que detente. Sólo vete.

—No puedo —respondí—. Lo haría si pudiera, confía en mí, pero no puedo. ¿Dónde está Melissa?

—Está hablando con la costurera. Volverá más tarde.

—Espero que pronto —Saqué el inhalador para el asma de mi bolsillo y lo sostuve en posición vertical para que ella lo viera—. Victor quería que le diera esto.

Lia se adelantó hacia mí, con las caderas balanceándose y con los pies desnudos adornando la alfombra. Incluso ellos eran delicados y perfectos. No era uno de esos tipos a los que le gustan demasiado los pies, pero ella era simplemente perfecta de pies a cabeza. No es que importe, o lo que sea.

—Entrégamelo —dijo ella, y me extendió una mano—. Se lo daré a Mely, y podrás largarte de aquí.

—Eso no será posible.

—Dame el inhalador.

—No —Le sonreí—. Las instrucciones de tu hermano fueron bastante claras. Se lo entregaré a ella y a nadie más. Ni siquiera a ti.

—Eso es ridículo.

—Díselo a Victor —le respondí.

Ella no iba a discutir con su hermano. Los dos eran demasiado tercos, y ella sabía que Victor tenía buenas intenciones. Amaba a Melissa. Cristo, incluso la palabra *amor* me daba escalofríos mentales. Me alegraba por él, pero no podía evitar preocuparme de que su decisión acabara mordiéndole el trasero.

De cualquier manera, haría lo que fuera necesario para mantener feliz a mi amigo. Él había estado ahí para mí cuando nadie más lo había hecho. Y existía esa promesa también... la que él no sabía que había roto.

—De acuerdo, bien, bien —dijo Lia, y caminó de regreso hacia un cubículo. Cerró las cortinas, raspando los anillos contra un poste de metal, y luego se giró hacia mí, con los brazos cruzados. Su rostro era impassible, como si mi presencia no fuera suficiente para alterar ni un poco su estado de ánimo.

Eso era típico de ella. Era una isla y siempre lo había sido.

Mierda, y aún así ella pensaba que era yo el que estaba jodido.

—¿Cómo has estado? —pregunté.

—Ni siquiera empieces —contestó ella.

—¿Empezar con qué?

—Con los intentos.

—¿Quieres ayudarme a entender?

—Los intentos de hablar conmigo. Para ser amable. Sabes que esto no va a ninguna parte. Vamos a estar atrapados juntos en unas cuantas oportunidades durante la próxima semana, pero eso no significa que tengamos que ser más que cordiales el uno con el otro.

Incliné la cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando ese discurso? ¿Cuánto tiempo has estado pensando en el momento en que nos volveríamos a ver?

Sus pestañas revolotearon y puso los ojos en blanco.

—Todavía con el ego masivo, ¿eh, Antuan?

—Entre otras cosas.

—Cristo.

—Lo sé, ¿verdad?

Era un juego. Uno divertido, pero aún así un juego. Nada saldría de nuestras bromas o de nuestra historia, porque yo no lo permitiría. Ella era mi pasado, y mi futuro tenía que permanecer

vacío y disponible. Sin importar lo que pase.

—Mira... —Lia empezó, pero el golpe de la puerta del camerino la interrumpió.

Melissa estaba dentro, era pequeña, rubia y estaba llena de emoción, como la mayoría de las novias antes de su gran día. Se detuvo, miró a Lia y luego me miró a mí.

—Uh?

—Victor quería que tuvieras esto —Me acerqué a ella, y le di el inhalador—. Le preocupaba que los corsés y toda esa mierda te dieran un ataque.

—No estamos usando corsés —dijo Lia.

Besé a Mely en la mejilla, luego pasé junto a ella y me dirigí a la puerta, haciendo una pausa al salir.

—Nada me impide imaginármelo —respondí, y me reí del enrojecimiento en las mejillas de Lia.

DOS

Lia

—¿Qué pasó ahí? —preguntó Melissa, mientras su mano libre iba cerrándose alrededor de mi brazo. Me llevó a uno de los sofás y yo me dejé caer sobre el cojín—. Ese era Antuan. Aquí dentro. Contigo.

—Soy consciente de ello. Yo tomé parte en la interacción. Desafortunadamente —Esperé a que mi estómago se calmara. Las mariposas habían estallado desde el momento en que apareció. Esperaba encontrarme con él en este viaje, pero... esto había sido una gran conmoción.

Y tú estabas desnuda. Totalmente desnuda. Igual que la última vez que te vio.

Dios, ¿de verdad sufriré por esa comparación?

—Uh, ¿hola? Tierra a Lia! —Mely hizo un gesto con la mano justo frente a mi cara—. No soy una experta en cosas calientes o sexo, pero hacía como cien grados más de calor aquí cuando entré. Y estabas rojo como un tomate.

Hice un gesto para levantarme.

—Deberíamos comprobar el termostato.

Extendió su mano y me llevó de vuelta al sofá.

—¿Qué ha pasado? Victor me dijo... que Antuan es...

—Antuan es, ¿qué?

Mely y Victor no tenían idea de que algo había pasado entre nosotros dos. Si lo supieran, Victor habría roto la amistad con Antuan hace mucho tiempo.

—¿El padrino? El mejor amigo de Victor. Y Victor me dijo que acaba de salir de una relación.

Mi corazón se brincó e hice un pequeño y desagradable baile. Como si el hecho de que estuviera soltero hiciera una gran diferencia para mí. Debería haber estado furiosa por el hecho de que él hubiera entrado en una relación justo después de lo que había pasado entre nosotros, pero eso había sido hace años, y yo tenía muchas cosas más importantes de las que preocuparme.

—Yo también —dije, después de un rato—. Y no tocaría a Antuan ni que me pagaran para hacerlo.

Mely frunció los labios y luego se quitó la parte delantera del vestido. Estaba tan bien armada, claro eso era lo que resultaba de ser una abogada exitosa e inteligente. Una pareja

perfecta para Víctor, y todo lo contrario a mí. Yo era más del tipo creativo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué me miras así?

—Había algo entre ustedes dos. Ese calor.

—No había calefacción. De hecho, había lo opuesto al calor. Había hielo ártico —dije, mintiendo entre dientes. Verlo de nuevo me había hecho sentir un hormigueo. Como de costumbre. Detestaba eso de él. Su capacidad para convertir mis mejores pensamientos e instintos en papilla—. Antuan y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Oh —dijo Mely, y se masticó el labio inferior—. Oh, OK.

—Mira, Mely, todavía estoy superando lo del último tipo, e incluso si Antuan... bueno, no Antuan, es sólo que no estoy interesada. Necesito concentrarme en mi carrera musical.

La boca de Melissa se abrió de par en par.

—No me des el discurso de Víctor —le dije, antes de que lo pensara.

Mi hermano no aprobaba la vida creativa o el sueño que yo había elegido seguir. Pensaba que era ridículo que yo quisiera llegar a la cima con mi canto. O que si quiera tendría éxito en ello.

—Mira —le dije, levantando una mano—, creo que voy a volver al hotel. Ya me probé el vestido y me queda perfecto.

—Pero las otras damas de honor ni siquiera están aquí todavía —dijo Melissa, y realizó una mueca—. Se suponía que tomaríamos champán y comeríamos pastel.

—Oh, lo sé, y me encantaría acompañarlas, pero estoy exhausta. Jet lag.

Era una excusa legítima. Mi hermano había insistido en pagar mi billete de avión a París, ya que yo no podía permitírmelo.

Me había negado hasta hace algunos días. Los otros invitados ya llevaban más de una semana en Francia.

—Vale, lo entiendo —dijo Mely, y me sonrió—. Te alcanzaré en la cena. Ohhh. Fiesta de soltera. Estoy tan nerviosa.

—Será genial —La abracé y la besé en la mejilla—. ¡Nos vemos luego!

—¡Nos vemos!

Me escabullí del sofá y salí corriendo del camerino, engancho mi bolso en mi hombro en el camino. Me había vestido con mi traje más profesional para la prueba de hoy. El resto de mis prendas eran faldas largas y fluidas, o vestidos de fiesta brillantes, o pantalones de yoga y camisetas sueltas. Si Mely se enteraba de eso, me obligaría a ir de compras, y por mucho que me

gustara hacerlo, odiaba el hecho de que ella insistiera para pagar por las cosas.

Un viaje con todos los gastos cubiertos y unas vacaciones de mi trabajo de recepcionista estaban bien, pero me pondría a prueba con lo de la compra de ropa.

El hotel estaba a un paso de la tienda. La ciudad en sí era hermosa, de ensueño, con la Torre Eiffel asomándose en el paisaje no muy lejos de nosotros, y los olores de una panadería que me invitaban a salir a la calle. Era tan obvio que ya no estaba en Los Ángeles, y era genial. Este era exactamente el descanso que necesitaba.

Entré al hotel Hilton, admirando la estética del lugar. Candelabros de oro y pilares de mármol. Tenía clase y también Victor. Le encantaban este tipo de cosas. Era multimillonario, como Antuan, podían permitirse lo que quisieran cuando lo quisieran. Esa era parte de la razón por la que él no podía entender que su vida no era lo que yo quería.

Deja de pensar en ello.

Pero era difícil no hacerlo. Especialmente después de ver a Antuan. Había logrado sus objetivos, seguro, había tenido una buena ventaja con una familia adinerada, pero lo había logrado de todos modos. Y todavía estaba tratando de hacerlo a lo grande.

—Para —murmuré, mientras pasaba por la recepción. La recepcionista arqueó una ceja hacia mí. Le mostré una sonrisa incómoda y seguí caminando—. Buenos días.

—Bonjour —contestó, y luego volvió a lo que había estado haciendo antes.

Presioné el botón del ascensor y esperé a que las relucientes puertas doradas se abrieran. Entré y apreté el botón del quinto piso, sofocando un bostezo con mi mano. Necesitaba dormir, pero lo que quería en realidad era tener un minuto para estar sola y... pensar.

Poco convincente. Pensar no te va a ayudar. No existe ningún plan que te lleve directamente al estrellato. Es un trabajo duro.

Y suerte. Pero ya me había quedado sin eso.

—Sostén las puertas —gritó la voz de un hombre.

Coloqué una mano en el costado del ascensor, y un tipo alto se acercó rápidamente. Su familiaridad se me hizo evidente en el último segundo.

¡Mierda!

Saqué la mano de la puerta con un chasquido, pero ya era demasiado tarde. Antuan se pavoneó para entrar en el ascensor.

—Cuánto tiempo sin verte.

—Es la mejor frase que he oído en todo el año —respondí—. ¿Piso?

—Lo tengo —Antuan atravesó su brazo frente al mío, rozándolo, pero luego dudó— Ah, ya lo has pulsado.

—Estás bromeando —dije— ¿Estamos en el mismo piso?

—La mayor parte de los invitados a la fiesta lo están. ¿Es mucha conmoción para ti?

Exhalé, contando mentalmente hasta diez. Tenía que mantenerme alerta, aquí. Este tipo era... una toxina.

O una droga. El tipo de hombre que se aferraba a tus neuronas y se quedaba ahí.

Las puertas se cerraron, y yo retrocedí, apretando mi costado contra la pared del ascensor y poniendo distancia entre el hombre que una vez me había roto el corazón y yo. Hacía ya varios años. Cuando era joven y fácil de impresionar.

Antuan se paró frente a mí, con una sonrisa de comemierda retorciéndose en sus labios.

—Es bueno verte de nuevo, Lia. Siempre es bueno ponerse al día.

Asentí con la cabeza.

Hablar significaba inhalar, e inhalar significaba oler su aroma: de cuero, cálido y masculino.

—Todavía me odias.

—No lo sé —dije, y ahí estaba. Su olor. Mi piel volvió a sentir un cosquilleo, y los escalofríos corrían desenfrenadamente de un lado a otro erizando los vellos en mis brazos. Dejando en evidencia mi deseo por él.

Mis mejillas se calentaron inmediatamente.

¡Esto era ridículo! Ni siquiera estaba tan cerca de mí.

—No lo sabes —dijo, pronunciando cada palabra con obvia incredulidad—. Eso no es lo que Víctor me dijo.

—¿Pasas mucho tiempo hablando con mi hermano sobre mí?

—No tanto como me gustaría —contestó, pero su sonrisa parpadeó y se desvaneció—. Eso es mentira. Preferiría no hablar con Víctor sobre ti.

—Porque entonces tendrías que decírselo, ¿verdad?

Hubo un breve silencio. El dial del ascensor se dirigía hacia el quinto piso, y el momento parecía sólo pasar entre nosotros.

—Te ves increíble, Lia.

Sonó como un comentario genuino.

—Gracias —Traté de poner amargura detrás de la palabra. Era difícil, pero no debería serlo, me quitó la virginidad y luego desapareció. Se fue a otro país. Sin embargo, aquí estaba yo, luchando por mantener mi ira.

Era el efecto Antuan Ford.

—Tú también crees que me veo bien —dijo.

—¿Eh?

—Puedo verlo en tu cara. Tú también crees que me veo muy bien. Por eso te comportas así.

—¿Así cómo? —Me crucé de brazos.

—Incómoda. Como si estuvieras lista para saltar y trepar por el techo para alejarte de mí.

Me aclaré la garganta.

—Me alegra ver que sigues siendo igual de arrogante —Engreído. Se acercó, el olor de su colonia era imposible de evitar. No era demasiado fuerte, ni siquiera intrusivo, pero aún así se apoderó de mí. Y su presencia era peor. O mejor. No lo sé.

Dios, esto era demasiado confuso.

Mi sexo palpitaba sólo de sentirlo acercarse.

—Siempre te gustó eso de mí —dijo—. Lo llamabas confianza, antes.

—Ahora sé que era diferente.

Me escabullí de él. Las puertas del ascensor se comenzaron a abrir, gracias a Dios, salí de ahí y caminé por el pasillo mientras sacaba la tarjeta de acceso a mi habitación que llevaba guardada en mi bolso.

Mantén la calma. Ignóralo. No mires atrás.

Llegué a la puerta de mi habitación y levanté mi tarjeta.

—Vamos a vernos mucho la semana que viene —dijo, detrás de mí.

Me quedé paralizada, con la tarjeta lista para deslizarla en la ranura. Le eché un vistazo. Mis pezones ya podían cortar vidrio en este punto, y no tenía nada que ver con el ligero frío del aire acondicionado en el pasillo.

—Ya hemos acordado ser civilizados.

—Sabes que nunca quiero ser civilizado contigo.

Le di la espalda a la puerta y me apreté contra ella, inclinándome hacia atrás y sacando mi mirada engreída para enfrentarme a la suya. O tratando de hacerlo. Su sonrisa me dejó claro que no había funcionado.

—¿Nunca quieres ser civilizado conmigo? ¿Qué significa eso? ¿Quieres que discutamos ahora?

—No.

Tenía ojos castaños muy atractivos y cabello frondoso a juego, cortado a la perfección. No demasiado largo, peinado hacia atrás, con estilo a los lados. Barba a lo largo de su mandíbula. Y tan alto. Tan fuerte.

—¿Entonces, qué es lo que quieres? —pregunté.

Apoyó un antebrazo contra el marco de la puerta y presionó su frente contra la mía. Fue un movimiento increíblemente íntimo, pero no lo esquivé. Me apoyé en él. Como una idiota.

—¿Qué estás haciendo? —Ya me sentía embriagada por su olor, por la tensión que había surgido entre nosotros desde que me encontró en los vestidores—. Antuan, ¿qué crees que estás haciendo?

—Me preguntaste lo que quería, y te lo estoy mostrando.

—¿Eh?

Su mano rozó mi mejilla, la acarició. Su nariz encontró la punta de la mía.

—A ti, Lia. Te quiero a ti.

TRES

Antuan

Mala idea. La peor idea en la historia de las ideas. Aparte del pastel de carne. Odiaba el maldito pastel de carne. Era una barra de carne, por el amor de Dios. ¿Quién podría pensar que eso era lo mejor?

El pensamiento en sí era bastante extraño, como una planta seca rodando por una mente desierta. El resto de mis ideas habían sido desterradas por el calor de su piel contra mi palma, el olor de su perfume, suave e inspirado en coco, y la necesidad que podía ver en sus ojos.

Había tanto allí. Duda, deseo, y una pizca de ira.

—Antuan —dijo ella, y eso fue todo. Demasiado. ¿Cómo demonios iba a resistirme a ella?

Bajé mis labios a los de ella y la probé por primera vez en más de diez años, mi garganta se tensó, y mis músculos junto con ella. Mi pene estaba dura como una roca, presionando dolorosamente contra la parte delantera de mis pantalones, rogando ser liberado. Ser bienvenido a casa en la profundidad de su sexo.

Nuestras lenguas chocaron, y Lia gimió, se arqueó hacia mí, agarrando puñados de mi cabello y tirando de mí, arrastrándome y empujándome simultáneamente.

Le pasé las manos por encima de la garganta, hasta los pechos, y se las metí por dentro de la blusa y el sostén, imaginándola desnuda de nuevo.

Detén esto. Sabes que esto no va a terminar bien. ¡Detente ahora mismo, Ford!

Me retiré del beso tan rápido como pude.

Lia se derrumbó contra su puerta, con los labios brillantes y húmedos, y el aliento entrecortado.

—Qué carajo —dijo.

—Lo sé —estaba completamente de acuerdo—. Tal vez sería mejor que nos mantuviéramos alejados el uno del otro.

—De acuerdo.

Me incliné y levanté su tarjeta de acceso de la alfombra marrón y se la entregué. Nos rozamos los dedos, y hubo un momento de indecisión. La imagen de ella apretada contra la puerta, con una pierna a mi alrededor, mi pene dentro de ella, llenándola, me distrajo de los hechos.

Ya sabes que no puedes volver a involucrarte con ella. Sabes que tienes mucho con lo que

lidar. Que Victor podría aparecer al final del pasillo en cualquier momento.

Lia pasó la tarjeta por la ranura de la cerradura, luego abrió la puerta y prácticamente se tropezó y brincó para llegar al interior de la habitación. Me miró con los ojos muy abiertos y luego me cerró la puerta en la cara.

¿Qué acaba de pasar?

Mi pene palpitaba, enojado por la falta de acción.

Caminé por el pasillo, sacando mi tarjeta de acceso del bolsillo de mi pantalón. Mi habitación estaba justo al lado de la de ella. Eso no ayudaba con mi erección, probablemente estaría en mi mente durante toda nuestra estadía.

Lia, la chica de al lado. Lia duchándose. Lia tocándose.

Entré en mi habitación y cerré la puerta con un buen empujón, gruñendo en voz baja. Me dirigí hacia el baño, bajándome la cremallera de inmediato. Mi pene salió de su encierro, y escupí en mi mano, acariciando sobre mi cabeza, que se sacudía por el placer que me recorría.

Dios, estaba mojado por ella.

No había estado tan excitado en años. No desde que... joder, no desde que estuve con ella cuando éramos unos estúpidos chicos de instituto.

—Lia —murmuré, pero un ruido de la habitación de al lado me interrumpió. Reduje mi ritmo, aflojando el agarre, y me moví hacia la pared.

¿Había sido...?

Un suave gemido sonó. El gemido de Lia.

Estaba ahí dentro, tocándose a sí misma por mí. Ella estaba haciendo exactamente lo mismo que yo. Ella lo necesitaba tanto como yo.

El impulso de marchar de regreso por ese pasillo y hacerla mía casi me abrumó.

No lo hagas. No lo hagas. Quédate donde estás.

Otro gemido, más fuerte esta vez.

—Antuan —dijo ella—. Sí. Oh, Dios mío.

¿Qué tan cerca estaba de venir? ¿Estaba tan cerca como yo? ¿Qué se estará imaginando?

Una imagen se elevó en mi mente, su perfecto culo al descubierto, mi pene entrando en su calor por detrás, brillando por la combinación de nuestros jugos. Apretándose a mi alrededor, poniéndose rígida mientras yo le clavaba los dedos en el cabello y tiraba de ella.

—Joder —murmuré y trabajé mi pene de nuevo, escupiéndolo para imitar cómo se sentiría Lia. Estaba listo en segundos, la imagen de ella me llevaba cada vez más cerca de mi orgasmo. Mis pelotas se apretaron, y empecé a temblar. Mis caderas se iban hacia adelante, fuera de control. Puse mi mano sobre la cabeza de mi pene y lo atrapé todo, enojado por el hecho de que no podía vaciarme en ella. Hacerla toda mía. Mostrarle que nada había cambiado.

Que todavía la quería.

Me limpié y luego entré al dormitorio. Sábanas blancas, camas grandes, armarios grises con espejos incrustados en sus frentes. Era el sueño húmedo de un decorador, pero no tenía cabeza para pensar en eso ahora. Me senté pesadamente en el borde del colchón e incliné la cabeza, sintiendo la presión de mis pensamientos.

No importaba lo que me hiciera sentir Lia, yo no podía permitirme actuar de acuerdo a esos deseos. Especialmente durante este fin de semana.

Mi teléfono sonó y lo saqué del bolsillo de mis pantalones.

—Habla Ford.

—Es el agente Smith, Sr. Ford.

El nombre me hacía reír cada vez que lo oía.

—¿Ah, agente Ordinario no estaba disponible?

—¿Está listo?

—No, no estoy listo. ¿Listo para qué?

El agente Smith suspiró. No le gustaba mi humor, y no lo culpaba por ello. Le había haciendo las cosas cuesta arriba, a pesar de que él era mi salida. El FBI se había puesto en contacto conmigo meses atrás, justo después de que terminara mi relación con Carolina, y desde entonces he estado trabajando con ellos. Era lo correcto, pero había dejado claro que la boda de mi amigo estaba prohibida.

—Se están moviendo.

—Por favor, deja de hablar como agente —le contesté—. ¿De qué demonios estás hablando?

El agente Smith dio otro de esos suspiros, lleno de impaciencia.

—Sr. Ford, puede que esto no sea lo que quiere oír, pero tenemos información de la Interpol que ha sacado a la luz...

—¿Qué tipo de cosas?

—Parece que Pritchard está haciendo su jugada. Ahora. En París.

—Vete a la mierda —contesté—. ¿Por qué haría eso?

—Es la oportunidad perfecta. Está en el extranjero, así que asume que es más seguro. Tiene contactos en Francia. Eres un blanco fácil. Igual que el resto de los que atienden a la boda. Voy a sugerirte que...

—Acordamos que la operación podría esperar hasta después de la boda —dije, con firmeza. Siempre obtengo lo que quiero, sin excepciones, y quería que esta boda se celebrara sin problemas. Victor quería esto. Se lo merecía. Había encontrado a alguien que lo amaba más allá de su dinero.

—Me temo que esa ya no es una opción —dijo Smith—. Sr. Ford, si hubiera otra forma de manejar esto, lo haríamos, pero no la hay. Vamos a tener que poner a todos en posición, ahora, antes de que se nos escape de las manos. Sabías que esto era una posibilidad cuando decidiste irte a Francia. Te mantuvimos al tanto sobre los movimientos de Pritchard y sus intenciones.

Guardé silencio, con la ira estaba burbujeando bajo la superficie.

—Estaré en contacto con más detalles más tarde. Por ahora, mantén la cabeza baja y trata de no llamar la atención. Trata de ser invisible.

—¿Me has visto? —Conseguía la atención de las personas aún sin quererlo.

—Es lo que se me ocurre. Si quiere evitar el desastre, Sr. Ford, tendrá que mantener la cabeza baja.

—¿Qué significa eso para el plan? ¿Sigue siendo el mismo? ¿París lo cambia?

—Ligeramente. Como dije, estaré en contacto.

Y luego colgó.

Se me cayó el teléfono de la oreja al regazo, mientras apretaba los dientes. Si el momento de Victor se dañaba por mi culpa... Mierda, y Lia estaba aquí.

Lia.

Déjalo ir. Haz lo que dijo el hombre.

¿Pero cómo carajo se suponía que iba a permanecer invisible cuando había despedidas de soltero a las que asistir, cenas de boda y funciones que involucraban a mucha gente? Gente que podría conocer a Pritchard, que podría dejar caer indirectas o desmoronarse bajo presión.

Cristo, ¿cómo había terminado en esta situación en primer lugar? Y Lia...

No podía soportar la idea de que le pasara algo. Despedazaría a un hombre miembro por miembro si se acercara a ella.

Tranquilo, tigre. Ese es el pasado. No el presente.

Esta mierda era demasiado complicada.

Un golpe sacudió mi puerta, y me tiré de la cama.

Me acerqué y la abrí, esperando a medias que Lia estuviera allí, aunque fuera un pensamiento irracional. En vez de eso, era Victor, sonriéndome como si fuera el hombre más feliz del mundo.

—Ahí estás, amigo —dijo—. Pensé que nos encontraríamos para almorzar. ¿Le conseguiste a Mely su inhalador?

—Sí, lo tiene —le contesté, y miré mi reloj—. Mierda, ya es la hora, ¿eh? El tiempo pasa más rápido en este lado del mundo.

—Físicamente imposible, pero está bien. ¿Vamos a ir?

La culpa me acosaba. Este era mi mejor amigo desde la secundaria, y lo había traicionado besando a su hermana. Incluso, haciendo mucho más que eso hace años.

—Tierra a Antuan. ¿Estás ahí dentro?

—Sí. Ya voy, viejo. Déjame agarrar mi billetera.

Entré en la suite y me acerqué a la mesita de noche.

—¿Cómo estaba Mely? ¿La viste con el vestido de novia? Si lo hiciste, no me digas cómo se ve. Estamos de acuerdo con todo el asunto de la sorpresa y la mala suerte.

Victor estaba siendo ridículamente optimista. Lo había sido desde que llegamos a París.

—Mely estaba genial.

El estrés se había derretido de los hombros de Victor, y se había convertido en el tipo que conocí en la universidad, que tenía esperanzas en el mundo, en el futuro. No podría culparlo por eso. No podía entenderlo, pero no podía culparlo tampoco.

Durante mucho tiempo, yo no había estado ocupado más que en los negocios. Mi último intento de relación había sido una cita a ciegas que Melissa había arreglado, y que resultó tal como esperaba. Conmigo demasiado ocupado para hacer otra cosa que no fuera trabajar, y Carolina cada vez más enfadada con el paso del tiempo.

Sólo existía una mujer que me había llenado de sentimientos, que realmente me había llamado la atención, y estaba fuera de los límites.

—¿Estás bien? —preguntó Victor.

—Sí, claro. Sólo pensaba en el trabajo.

Puse la billetera en mi bolsillo y luego seguí a Victor fuera de la habitación y al final del

pasillo. Pasamos por la habitación de Lia y me puse nervioso instintivamente. Si ella saliera ahora... pero, no. Su habitación estaba en silencio. ¿Y yo? Bueno, mierda, tenía que olvidarme de ella antes de que esto empeorara.

CUATRO

Lia

Dama de honor o no, no había estado a cargo de organizar la despedida de soltera. Ese asunto había sido votado por un grupo de personas, y era parte de la razón por la que ahora estábamos sentados en el restaurante del hotel, observando cómo los hombres instalaban una máquina de karaoke en el frente.

Era mi idea de pasar un buen rato, claro que no me gustaba mucho beber, pero eso significaba cantar. Y cantar era otro recordatorio de lo que me esperaba en casa. Un trabajo de nueve a cinco que no podía soportar.

—Dios mío —dijo Melissa, aplaudiendo y dejando las manos juntas cuando entramos en la habitación.

Todo el restaurante había sido rentado para la noche, y estaba decorado con mucho estilo. Un estandarte estaba colgado en un extremo de la habitación, con el nombre de Melissa escrito en color oro brillante. Las mesas tenían una temática similar a la de las bodas: manteles perfectos y centros de mesa con rosas doradas y blancas.

—¡Me encanta esto, chicos! —Melissa lloró y me apretó en un abrazo—. Es tan perfecto. Con mucha clase.

—Señora, ¿podría tomar asiento, por favor? —preguntó nuestro camarero. El hombre vestido con botones y corbata, se inclinó y señaló hacia la larga mesa que estaba cerca del escenario en el frente—. El karaoke estará listo en breve, y los platos ya están servidos.

—¡Entradas! —Mely respondió, exaltada.

Nos sentamos en la mesa que se había preparado para albergar a las veinte invitadas a la despedida de soltera. Al instante apareció otro par de camareros, sosteniendo bandejas con botellas de champán y entradas que no pude identificar. Los colocaron sobre la mesa y luego se apresuraron a salir de nuevo.

—Ahora, eso es servicio —murmuré.

—Dios mío, chicas —dijo Mely, mientras todas ocupaban sus puestos—. Esto es tan increíble. Estoy tan agradecida de que estemos todas aquí juntas.

Las otras mujeres asintieron con la cabeza o aplaudieron. En el grupo estaban las damas de honor, algunas viejas amigas de Mely de su escuela secundaria, sus tías e incluso su madre, que se había mostrado entusiasmada por acompañarla.

Era lógico pensar que no habría ningún stripper apareciendo en esta fiesta.

No es que quisiera ver strippers o algo así. Aunque tal vez necesitaba eso para borrar a Antuan y ese beso que ahora destruía mi mente.

—Esto es totalmente lo mejor —exclamó Trisha, una de las damas de honor con las que no me llevaba bien—. Nunca pensé que vendría a París. Me encanta viajar, pero este era el lugar más abajo de mi lista. Pero ahora que estoy aquí, es totalmente genial. Totalmente.

—Totalmente —hice eco, pero el tono de burla se me escapó.

Trisha agitó la cabeza, sacudiendo su cabello pelirrojo, cortado en ese estilo de duendecillo que era tan popular en los años 90.

—Mely, vas a cantar, ¿verdad? No podemos hacer karaoke y que luego no cantes cuando eres la novia.

—Por supuesto que cantaré —contestó Melissa y sorbió un poco de champán—. Pero no antes de que Lia cante. En realidad, tal vez Lia debería ser la última. A todos nos costará mucho superarla.

—Para —dije, pero la calidez me había llenado. La mayoría de las amigas de Mely eran muy buenas, pero me sorprendió que algunas de ellas fueran como Trisha. Melissa era un encanto y era extraño que atrajera a personas así.

Ella sabía lo mucho que quería que mi carrera despegara, y siempre me había apoyado, incluso cuando mi hermano no lo hacía. Sin embargo, también me daba el obligatorio *discurso de Víctor* de vez en cuando.

—¿Por qué tenemos que esperar a Lia? —Trisha sorbió de su copa de champán y luego la colocó de vuelta sobre la mesa—. ¿Cuál es el problema?

—No tienes que esperarme —Tomé un sorbo moderado de mi bebida—. De hecho, es posible que ni siquiera cante.

—De ninguna manera —Mely interrumpió—. Cantarás. Tengo que oírte, Lia. Víctor se jacta de lo bien que cantas.

—¿Lo hace? —pregunté—. Pero él no... ¿sabes qué? No importa.

—Sí, no importa —dijo Trisha—. Creo que yo debería ir primero —Se tambaleó en su silla—. Les encantará cómo...

—Lia irá primero —Melissa elevó una mano en el aire y con eso puso fin efectivamente a todos los argumentos. Lo que la novia quería, la novia lo conseguía. La ventaja para mí era que Trisha ahora parecía como si la hubieran atropellado con un camión cargado de pescado podrido.

—Mely, realmente no tienes que hacer esto —le dije. Traducción: Realmente no quiero hacer esto.

Lo último que necesitaba era levantarme y cantar frente a estas mujeres, muchas de las cuales me verían de reojo durante el resto del fin de semana por hacerlo. No era que no quisiera intentarlo, dejar que mi vela brillara o como sea que se llamara, pero realmente no quería pasar el resto de la boda molesta.

—Por favor, Lia. ¿Por mí?

—Bien —dije—. De acuerdo. Cualquier cosa por ti, Mely —Forcé una sonrisa y me levanté de mi asiento. Caminé hacia el frente, siendo perseguida por las miradas de las otras mujeres.

Había elegido uno de mis vestidos de noche porque era una despedida de soltera y ¿por qué no? No había tenido la oportunidad de usar uno de estos en años. Era de color rojo brillante, con un corte bajo que mostraba el escote, y lo había combinado con tacones de tiras.

—¿Qué demonios lleva puesto? —susurró Trisha—. Es demasiado zorra para el Hilton.

—Cállate, Trisha —gruñó Melissa.

Lo ignoré, me subí al, y luego levanté el micrófono y usé la pantalla táctil de la computadora para desplazarme por las canciones. Había muchas canciones pop y felices, y algunas otras de Ariana Grande que no estaba dispuesta a intentar en este momento. Había algunos clásicos también.

Finalmente, me decidí por mi canción preferida. *Tougher than the Rest*, de Bruce Springsteen.

Comenzaron los primeros compases de la canción. Trisha estaba sentada con los brazos cruzados y los labios fruncidos. Detrás de ella se veía la parte trasera del restaurante, donde algunos de los camareros, y una camarera de cabello rubio platino y lápiz labial rojo, estaban mirando.

Levanté el micrófono hasta mis labios y canté, sintiendo como mi voz calentaba el interior de mi garganta. Me perdí en una fuerte emoción, aparte de la profunda satisfacción que me producía cantar. Sentía un pinchazo en mi pecho de pensar en lo que podría haber sido, si hubiera encontrado a alguien que estuviera dispuesto a ir hasta el final conmigo.

Mis ojos se cerraron y me fundí en la canción, mi voz comenzó suave para luego elevarse, pero no tan terrosa como la de Springsteen cuando él cantaba.

Abrí los ojos y casi jadeé en medio de un verso.

Antuan estaba en la parte de atrás del restaurante, de pie en la entrada y con su mirada fija en la mía.

Apareció un recuerdo, sus brazos a mi alrededor mientras bailábamos bajo un árbol en el jardín trasero de la casa de mis padres.

Aplasté el recuerdo rápidamente.

¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Esta era la despedida de soltera, y la despedida del novio se suponía que era sería esta misma noche.

Me obligué a centrarme en las palabras de la pantalla, en lugar de en él. No era una hazaña mezquina. El hombre era una plaga. Siempre que él estaba cerca, yo perdía la noción de mis pensamientos, y esa era exactamente la razón por la que no podía dejar que se me acercara demasiado.

¿Cuántas veces tendría que aprender la misma maldita lección? No confíes en un hombre con tu corazón.

Eso era todo. Así de simple.

Mi corazón se atascó en mi garganta.

Antuan todavía estaba atrás, pero ahora estaba en una conversación profunda con la camarera. Típico de él. Por supuesto que sí. Por supuesto que ese beso locamente caliente no significaba nada para él. Una vez más, yo era la idiota que se involucraba demasiado en todo.

Terminé la canción, me obligué a sonreír ante los aplausos de Mely y algunas de las otras mujeres. Ignoré la insistente necesidad de mirar a Antuan. Tenía una meta en mente, un plan, y él no tenía parte ahí.

CINCO

Antuan

—¿Por qué huiste de mí, cariño? —Carolina, mi ex novia, estaba parada en la parte de atrás del restaurante, apuntando sus ojos hacia mí—. Sabes, podríamos haber hecho que funcionara.

—¿Qué diablos haces aquí, Carolina? —Ya tenía la respuesta a eso. Smith me había dicho que esto pasaría, que los problemas que había causado en Cali me seguirían hasta aquí. Y tenía razón.

Joder, ¿y en la boda de Victor también? Dios, era un imbécil.

—Vine porque necesitamos hablar de lo que pasó.

—No pasó nada —le contesté—. Han pasado seis meses desde la última vez que nos hablamos.

—Lo sé, lo sé, pero pensé que podríamos arreglar las cosas. Todo lo que siempre he querido es a ti, Antuan —Pasó su mano sobre mi pecho, y yo la sujeté por la muñeca, la alejé y bajé su brazo.

—Sin tocar —No quería hierirla más de lo que ya lo había hecho, pero era necesario. Los ex eran ex por una razón, y Carolina no era una excepción. Ella confirmaba la regla. Nuestra relación había sido mi último intento de despertar alguna emoción, y había fracasado miserablemente.

—Antuan, las cosas no terminaron bien entre nosotros. Sé que podemos solucionarlo.

Cambié mi atención de ella al escenario improvisado que habían montado bajo las lámparas de araña. Lia estaba allí arriba, balanceándose al ritmo de una canción y cantando la letra de Springsteen.

¿La había elegido a propósito? ¿Ella se acordará?

Carolina dijo algo a mi lado, pero no oí las palabras. Mis ojos estaban fijos en un sólo objetivo, mirando directamente hacia adelante.

Lia era tan perfecta.

Esta mujer siempre había sido mi perdición, y aquí estaba de nuevo, vestida de rojo. Cantando con esa voz clara y armoniosa. Ella sabía lo mucho que me gustaba el rojo. O tal vez no lo recuerde. Maldición, quería hacerla recordar.

—¡Antuan! —Carolina me puso una mano en el brazo.

Me encogí de hombros.

—No me interesa, Carolina. Vuelve a los Estados Unidos. Nuestra relación se acabó.

Me alejé de la parte de atrás del restaurante y caminé a través de él, hacia Lia. Ella era la que me necesitaba ahora.

Ya había ocupado su lugar en la mesa junto a Melissa.

—¡Oh, hola, Antuan! —dijo Melissa.

—Hola —le contesté.

Lia se puso rígida en cuanto Mely dijo mi nombre.

—Sabes, esto es una despedida de soltera, ¿verdad? Técnicamente no puedes estar aquí —dijo, mostrando su sonrisa suave—. Pero si quieres quedarte, estoy segura de que a las demás no les importará.

—Sólo estoy de paso —Me puse detrás del asiento de Lia.

—Oh, vaya, ¿quién es este dulce? —dijo una de las otras mujeres.

—Este es Antuan —Melissa hizo la presentación—. Aún no se han presentado formalmente, lo haríamos en una reunión mañana. Antuan, ella es Trisha.

Asentí a la mujer, pero apenas la vi. Mi mirada estaba puesta sobre Lia. Al carajo, me acerqué a su nuca. La toqué una vez en el hombro y me incliné hacia adentro, más cerca de su oreja.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? Es importante.

Lia giró la cabeza y me miró fijamente.

—¿Ah, sí? ¿Importante cómo?

—Camina conmigo.

Lia suspiró, pero se levantó y se retiró de la mesa.

—No tardes mucho —dijo Mely, mientras otra de las mujeres subía al escenario para cantar una canción.

—Las cosas se están poniendo emocionantes.

Está usando esa frase a la ligera, supongo.

—El karaoke y el champán no son exactamente mi idea de pasar un buen rato.

Lia no se rió, pero me dio otra mirada escaldada. Caminamos hacia un lado del pasillo.

—¿De qué se trata esto? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí, Antuan? ¿No deberías estar en la despedida de soltero con mi hermano?

Declaró *hermano* como si fuera un insulto.

—No. La despedida de soltero empieza más tarde. No planeamos acostarnos temprano o... cantar para entretenernos.

—De acuerdo. ¿Y qué? ¿Qué pasa?.

Lia se cruzó de brazos. Sólo sirvió para acentuar sus pechos, y por un segundo, me transporté al año de su baile de graduación y al momento que compartimos en el porche.

Agité la cabeza para despejar el recuerdo de mi mente.

—Nos besamos.

—¿Así es como lo llaman hoy en día?

—Deberíamos hablar de eso.

—No veo razón para hacerlo. ¿Cuál sería el punto? Tenemos un historial de hacer estupideces como esa. Olvidémoslo —dijo Lia e hizo un gesto queriendo alejarse.

Cogí su mano y la sostuve en la mía, le acaricié el dorso con el pulgar. Dios, qué piel tan suave.

—Si tenemos una historia de hacerlo, entonces deberíamos hablar al respecto.

—Estas son las vacaciones de boda de Victor, o semana, o lo que sea. El punto es que este es su momento. De él y de Mely. Nuestra conversación no cambiará eso.

—Camina conmigo.

—Así de fácil, ¿eh? Camina conmigo. Siempre fuiste muy bueno dando órdenes.

—Tu tono dice que eso es un insulto. Sorprendente —Yo tenía su mano en la mía, y fue una lucha dejarla ir. Eché una mirada hacia la parte de atrás del restaurante, pero Carolina se había ido. Lo que era un alivio, al menos, pero no cambiaba lo que había que hacer—. Vamos.

La solté y caminé hacia la salida.

Se me unió en el pasillo de afuera.

—Bien. Caminamos. ¿Y ahora qué?

—Eres terca —le dije.

—¿Qué más hay de nuevo? —Dio un golpecito con el talón y se tiró el cabello haciendo bucles—. Mira, querías hablar, así que acabemos con esto. Es el beso, ¿sí? El beso que te molesta. Bueno, no lo permitas. Eso fue un error, y no volverá a ocurrir.

Eso era lo contrario de lo que yo quería. Pero era lo que tenía que pasar.

—Estamos en la misma página.

—Perfecto. Entonces, me voy a ir.

Lia parecía estar enojada, toda espinosa como si lo hubiera estado durante años .

—Espera.

—Oh, Dios mío, ¿qué?

—¿Estás bien? —pregunté.

Sus pestañas revoloteaban.

—Estoy... bien. ¿Por qué?

—Bien, ¿eh? —Se veía asombrosa pero había cierta tristeza que la rodeaba—. No me lo trago. Vamos, Lia, soy yo. Puedes hablar conmigo.

Ella apretó los labios.

—No, de verdad que no puedo. Tú eres... el tipo que huyó después de que me quitó la virginidad.

Mierda. Nunca lo olvidaría. Pero había una razón para que eso hubiera sucedido. Una razón de mierda, pero aún así era una razón.

—Lo siento —Salió por sí solo, pero era algo que esperaba decirle en algún momento—. Era un imbécil. En verdad lo era. Pero ya no soy ese tipo, así que si necesitas hablar conmigo, estoy aquí para ti.

Lia se pasó la lengua por el labio inferior.

—¿Quieres dar un paseo conmigo? Podemos ver el horizonte de la ciudad por la noche. Es París —Sonreí y le ofrecí mi brazo—. Por los viejos tiempos.

—Tengo que estar loca para hacer esto —Me tomó del brazo—. Pero es mejor que escuchar a Trisha cantar *Lady Marmalade*, así que ¿por qué no?

Y así de fácil, la tenía.

SEIS

Lia

Siempre me sentía segura con Antuan.

Podríamos haber caminado por la peor parte de cualquier ciudad, y no habría ninguna diferencia. No era que fuera alto y fuerte, aunque lo era, era la manera en la que vibraba su energía. Como si me fuera a proteger sin importar lo que pasara. Daría su vida por mí.

Eso era por Victor.

Mi hermano tenía un don para hacerse amigo de la gente, para hacer que se preocuparan, y Antuan no era una excepción. Ni yo misma lo era.

—Es hermoso aquí —dije, colgando mi brazo del suyo. Era ridículo, como si estuviéramos en una película antigua, y él fuera mi chaperón—. Sé que es un cliché, pero puedo ver por qué esta es la ciudad del amor.

Ya habíamos regresado al hotel, después de un rápido vistazo a la Torre Eiffel. La ciudad estaba llena de luces y olores, de gente, a pesar de que la noche había caído hacía algunas horas. Había farolas de hierro forjado y luces brillantes, una imitación del cielo estrellado.

—Seguro —dijo Antuan.

—Oh, claro, por supuesto. No eres bueno hablando de cosas emocionales —Le solté el bazo y me senté en un banco a un lado del camino, con las manos debajo de los muslos—. Lo sé porque yo también soy la misma.

—Esa no era la impresión que tenía de ti en mi época.

—Sí, bueno, por eso lo llaman una *época* —Ya se ha ido. De hecho, hace mucho que se fue.

—¿Qué sucede? —preguntó Antuan.

Aspiré un poco de aire y me alejé de él. Había tanta preocupación en sus palabras. Como si realmente le importara lo que me había pasado. Dios, no era él, si eso era lo que él pensaba. Me había destrozado el corazón, pero eso también había sido culpa mía.

Yo lo dejé entrar. Sabía que no era bueno para mí.

Un escalofrío se elevó en el aire y rozó mis brazos. La sensación de que estaba a salvo se alejó, y el miedo comenzó a arrastrarse por mi espina dorsal. Miré por encima del hombro a la esquina de la calle, agitando la cabeza.

—Esto es una tontería. Debería volver a la fiesta.

Su peso bajó hasta el banco junto a mí, calentando un costado de mi cuerpo con su proximidad.

—Estás más hermosa que nunca esta noche, Lia.

—¿Ese es tu intento de conseguir otro beso?

Antuan resopló, y yo me enfrenté a él.

—¿De verdad crees que tengo que llamarte guapa para conseguir uno? —preguntó—. Normalmente, una mirada es suficiente.

—Vaya, gracias. Nunca antes me habían llamado fácil.

—No es lo que quería decir —Dejó recostar una mano sobre la parte de atrás del banco—. Así son las cosas entre nosotros.

—No me gusta cuando dices nosotros.

—A mí tampoco —Otro silencio. Me esposó en su hombro—. Entonces, ¿qué pasó? Contigo. ¿Por qué ya no eres Miss Romance? ¿Por qué estás tan triste?

—Triste.

—Sí, triste. No estoy ciego, Lia. Estás triste y a la defensiva. Dime que no es mi culpa. Mierda, no sería capaz de manejar eso.

—Mierda, algunas cosas nunca cambian —Me reí, girando los ojos hacia el cielo—. Realmente eres tan arrogante como lo eras en tus tiempos.

—¿Así que no fui yo?

—Lo que pasó entre nosotros fue hace años —le dije—. Dios, ¿como qué... diez?

—Doce —corrigió.

—Exactamente. Doce años, enteros. Creo que tengo la fortaleza suficiente como para superar una ruptura —¿La tenía? Había permitido que alguien más arruinara mis sueños, aunque pensé que había aprendido la lección con Antuan—. No, mi estado de ánimo no tiene nada que ver contigo. Es sobre el canto.

—El canto.

—Sí, el canto. Tengo treinta años, Antuan. Treinta. Y todavía no he tenido éxito como cantante. No soy rica, amada, famosa, ninguna de esas cosas. Ni siquiera me han firmado en ninguna disquera. El barco navegándose está hundiendo rápido, y es mi culpa.

Antuan me dio un ligero toque en el brazo con el puño.

—Estás siendo demasiado dura contigo misma. Eres hermosa y talentosa. Tienes el éxito en tus manos.

—Como todos los demás —dije, y me levanté del asiento—. Dios, yo... Debería volver al hotel. Y tú también deberías hacerlo. Tienes esa despedida de soltero, ¿recuerdas? Y tengo que pasar tiempo con Melissa, supongo.

Antuan también se levantó.

—¿Eso es todo lo que piensas? —preguntó—. ¿Crees que no lo lograrás?

Me quedé en silencio por un momento antes de reaccionar. Ese extraño miedo había regresado, y me obligaba a mirar por encima de mi hombro periódicamente. Tal vez era un intento de evitar sus ojos.

—No, eso no es todo, pero el resto te aburriría. Mejor no hablar de ello. Enfrentémonos a los hechos, Antuan. No somos exactamente los mejores amigos. Eres el mejor amigo de mi hermano, no el mío, y si Víctor supiera que estamos hablando así, o que algo ha pasado entre nosotros... bueno, no estaría contento.

—Sí, no me recuerdes. Pero no me parece eso de no ser amigos. Somos amigos.

—¿Qué? ¿En qué mundo? —Levanté una ceja.

Estaba enmarcado por las luces de hadas que brillaban en un árbol fuera del hotel. La mitad de su cara estaba oscurecida por la sombra, la otra mitad iluminada, sonriendo. Precioso. Mi corazón dio un vuelco, e inhalé ese familiar aroma a cuero y limón.

—Siento lo que pasó entre nosotros. Fui un imbécil. Tenía una razón de mierda en ese momento y huí.

—Es lo que es —dije, agitando una mano. La oportunidad estaba a la vista, un escape de este apuesto hombre estaba justo ahí frente a mí para que la tomara. Si tan sólo tuviera los ovarios para darle la espalda y marcharme—. Y lo que es...

—Cuando hablas así, me dan ganas de besarte de nuevo.

—Nunca entendí eso —dije—. ¿Por qué querías hacerlo? Nunca te gusté, Antuan, en realidad no. Peleábamos más de lo que nos llevábamos bien. Y tú siempre estuviste...

—¿Estás bromeando?

—Oh, me encanta cuando me interrumpes.

—Lo siento, Lia, es sólo que no puedo creer que no supieras cuánto te quería todo este tiempo.

El techo de mi boca se secó. Pero aún así, traté de tragar saliva.

—¿Eh?

—¿Realmente no lo sabías? Te besé. Tuvimos sexo.

—Sí, pero eras tú siendo tú —respondí.

—Yo siendo yo —Su tono era tan seco como mi boca—. Eso es un cumplido.

—Oh, vamos, todo el mundo sabía que eras un jugador en la secundaria, y fuera de ella, antes de ir a la universidad. Tú eras el mejor. Tenías ese apodo —Mis mejillas se calentaron—. El Big D.

—Vaya. En realidad, sí, eso sí es un cumplido —Sonrió. Y me resistí a la necesidad de golpearlo en el brazo.

— Hablo en serio.

—Bueno, tú y todos los demás estaban equivocados. Sobre lo del jugador, no lo del pene grande. Ambos sabemos que eso es verdad.

—Y... voy a entrar ahora —dije, y me puse en marcha.

Antuan me sostuvo del brazo y me haló hacia él ligeramente. Sus oscuros ojos eran lo suficientemente profundos como para ahogarse en ellos.

—Escúchame, Lia. No hay nadie como tú, nadie. Eres todo lo que cualquier hombre puede querer, no es que necesites que te lo diga. El punto es que te he querido desde el principio, pero no soy el tipo de hombre que anda jodiendo. Hago las cosas de la manera correcta, y ambos sabemos que el amor no está en las cartas en mi mano. Que una relación entre nosotros destruiría toda la dinámica familiar que tú y tu hermano tienen. Así que, perdóname por contenerme, por huir y por desearte.

Se me cayó la mandíbula.

—Antuan, yo...

—Ahórratelo —Puso mis mejillas entre sus dos manos y me miró a los ojos— No sé qué te ha herido, o quién, pero si hay algo en lo que pueda ayudarte, tienes que decírmelo.

¿Algo de esto era real? ¿O era sólo Antuan siendo Antuan?

Era la personificación del calor y el frío al mismo tiempo, y eso hacía que mi cabeza se tambaleara.

—Antuan.

—Sólo puedo pensar en probarte de nuevo —Presionó su nariz contra la mía, abrumándome—. Solía poder contenerme contigo. Me mantuve atado en mi posición de amigo con una correa

bien apretada. Pero viéndote así... sólo quiero que seas mía. En todos los sentidos.

¿Cómo? ¿Está...? ¿Cómo?

—Bésame —susurré, las palabras venían de un lugar prohibido en lo profundo de mi ser—. Antuan, bésame, ahora mismo.

Sus labios chocaron con los míos, y no fue como el primer beso. Empezó suave y dulce, nuestros labios se abrían lentamente, pero en el momento en que su lengua tocó la mía, perdí el control. Mis manos se arrastraron por la parte delantera de su chaqueta y tiraron de las solapas. Agarré puñados de su cabello, luego los solté y me acerqué a su cinturón. Me tiré sobre él, lo besé, gimiendo suavemente contra su boca.

Los dedos de Antuan trazaron la línea de mi mandíbula. Sus pulgares me acariciaban, bajaban por la parte delantera de mi garganta, más y más abajo. Sus manos se deslizaron bajo mi vestido y encontraron mis pechos. Los masajé, me besó, y presionó su erección contra mi cuerpo.

—Oh, Dios mío —susurré—. Oh, Dios mío.

—Tenemos que parar —dijo, pero me besó de nuevo—. Tenemos que parar.

—No puedo. Te quiero a ti. Ven a mi cuarto —susurré, y era una completa locura. Un súcubo necesitado había tomado el control de mi boca—. Por favor.

—Lia —gruñó—. No me tientes.

—Antuan.

Un coche tocaba la bocina cuando pasaba por la calle, y yo me salí de su abrazo. Me arreglé la parte delantera del vestido, la vergüenza y el arrepentimiento se habían mezclado en proporciones iguales dentro de mí. Todavía estábamos en la calle. ¿Qué demonios estaba mal conmigo? ¿Con nosotros?

—Jesús —Antuan se aclaró la garganta y se abotonó la chaqueta apresuradamente sobre su furiosa erección.

—Sí —Me limpié la parte inferior del labio. Di unos pasos hacia atrás para distanciarme de la tentación. Estuve a punto de repetir esa invitación, pero me contuve. Él era el pasado. Era una mala noticia. Era un capricho pasajero. Esas eran las excusas que había usado antes repetidamente para superarlo.

Tenían que funcionar de nuevo ahora.

—Ahí estás —La voz de mi hermano me cayó como un balde de agua fría. Miré a Victor. Acababa de salir deambulando por las puertas del hotel, seguido por el resto de sus padrinos, que eran sus amigos desde la universidad. Víctor me vio y se detuvo.

—Uh oh. Espero que no estén planeando pelearse la noche de mi despedida de soltero. Lia,

prometiste que mantendrías una lengua civilizada en tu cabeza cuando Antuan estuviera cerca.

—Una lengua civilizada, ¿eh? —preguntó Antuan, y rascó la barba a lo largo de su mandíbula, con los ojos brillantes—. Definitivamente la ha mantenido civilizada.

¿En serio?

—Antuan y yo estábamos llegando a un acuerdo, Victor —dije—. Prometí no desollarlo verbalmente si promete mantener la distancia.

Victor me puso un brazo alrededor de los hombros y me apretó fuerte.

—Bien, hermanita. Eso es bueno. Odiaría tener que ponerlos en jaulas separadas para la boda. Sería un espectáculo, seguro, pero dudo que Mely lo aprobara.

—¿Te vas a tu despedida de soltero? —Le pregunté—. ¿Con las strippers francesas y todo eso?

—Sí a la fiesta, no a las strippers.

Uno de los padrinos se quejó.

—Vamos, Charles. Sabes que sería increíble.

—Sólo que no es mi escena —dijo Victor, y me besó en el templo—. Cuida de Mely por mí, ¿quieres?

—Por supuesto.

Le di palmaditas a mi hermano en la espalda, y luego seguí retrocediendo.

La mirada de Antuan estaba fija en mí. Él asintió, luego se unió a mi hermano y se fue por la calle con el resto.

No me molesté en quedarme para verlos. Lo último que necesitaba era que Antuan me pillara mirándole el trasero. Entré en el vestíbulo del hotel y dejé escapar un respiro.

Quería a Antuan, pero al mismo tiempo no lo hacía. Estaba hecha de pura confusión.

—¡Lia! —Mely gritó desde la puerta del restaurante—. ¡Trae tu trasero aquí! —Estaba achispada—. Necesito que detengas a Trisha de cantar. No le dará a nadie más un turno —Liberó un pequeño sonido de hipo mientras hacía un gesto.

Esa era mi noche siendo arreglada.

Era mejor así. Antuan era peligroso, y a mí me habían roto el corazón. Estaba al máximo de mis capacidades.

SIETE

Antuan

—Oh, hombre —dijo Victor—. ¡Qué noche! No tenías que hacer todo esto, amigo. Todo salió tan bien —Siempre había sido un borracho amistoso—. Eres un buen amigo. Tienes los anillos, ¿verdad? ¿Los tienes?

—Los tengo —dije—. Están a salvo en mi habitación. Hay una caja fuerte.

—Bien, eso es bueno. Eres el mejor, amigo mío. El mejor amigo.

—Muy bien, Victor —dije—. Tómallo con calma.

—No quiero ir a casa. Quiero decir, al hotel. Es demasiado francés.

El taxista nos miró con desprecio en el espejo retrovisor.

Me reí. No pude evitarlo. Mi amigo estaba borracho como una cuba, y eso estaba bien, por una vez. En cuanto llegamos al bar, los padrinos empezaron a tomar shots. Tequila, uno, dos, tres. Dos horas más tarde, y la noche había terminado antes de que hubiera tenido la oportunidad de empezar.

Los chicos se habían desvanecido, y Victor estaba demasiado borracho para volver a su habitación solo.

Afortunadamente, opté por no participar en las rondas de shots. Había sido la culpa la que me había impedido hacerlo. Me sentí mal celebrando después de traicionar a Victor por tercera vez. Besando a su hermana. Queriéndola.

—Ya sabes —dijo Victor, mientras Paris se desdibujaba por las ventanillas del auto—. Eres el mejor amigo que un hombre puede tener —Tuvo hipo, eructó, y se apretó el puño contra la boca—. Oh. ¿Cuándo comí maíz?

—Cristo —volví a reírme.

—Mi mejor amigo. Creo que de todos ellos, tú eres en el que más confío. Siempre eres bueno, hombre —Los ojos de Victor se abrieron y se cerraron de vuelta. Luego se recostó contra el asiento del coche, con la cabeza despejada y se concentró en mí—. Tú la proteges.

—¿A quién? ¿Mely?

—No, tengo a Mely. Proteges a mi hermanita, y te quiero por eso. Creo que si no fueras un perro de caza, me gustaría verlos juntos.

Mi estómago se hundió.

—Victor, relájate. No necesitas hablar.

—No, hablo en serio. Oh, mierda, no, eso es algo jodido para decir, ¿no? No eres un perro de caza. No te acuestas con muchas chicas. Es sólo que no puedes hacerlo. Ya sabes. Como si faltara un chip o tus cables estuvieran cruzados. Como lo que pasó con Carolina.

Mantuve la boca cerrada. No habría confesiones mías esta noche.

—No puedes hacer físicamente lo de la relación. Por tu mierda de mierda. Sí, ya lo sé. Lo sé, hombre. Y lo entiendo. Pero sé que un día lo descubrirás. Está bien, hombre.

Sus ojos se volvieron a cerrar.

Exhalé, apreciando el momento de descanso.

—Mantén tus promesas —dijo Victor.

Y se acabó el momento de descanso.

—Victor, estás borracho.

—Y tú eres un buen hombre —Se acercó y me dio una palmadita en el brazo—Un buen hombre.

Excepto que yo no lo era. Y no había cumplido la promesa que le había hecho tantos años atrás. La promesa de alejarme de su hermana, porque había visto cómo yo la miré cuando nos presentaron. Se había dado cuenta de que yo no era lo suficientemente bueno y me hizo prometerlo. Y yo había sido el idiota que le siguió el juego.

Finalmente, el auto se detuvo afuera del hotel y ayudé a Victor a salir y llegar a la entrada. Le pagué al conductor y pasé mi brazo por debajo del de mi amigo y lo levanté, antes de que se tropezara otra vez.

—Muy bien, te tengo. Subamos las escaleras.

Una de las recepcionistas levantó la nariz al ver la embriaguez de Victor, pero yo la ignoré y lo llevé al ascensor. Presioné el botón y esperé a que se abrieran las puertas.

—¿Dónde está Mely? —preguntó Victor.

—Probablemente dormida en su habitación. O cantando karaoke.

—La echo de menos. No hemos dormido en la misma habitación en semanas. Esta cosa de la boda no es tan divertida.

Habían acordado reservarse desde el mes anterior a la boda para que la gran noche fuera especial.

Me parecía una buena manera de romper una nuez demasiado rápido en una noche muy importante.

—Qué bueno que te casas pronto.

Las puertas del ascensor se abrieron, y yo gemí en mi interior.

Lia estaba parada dentro, usando ese vestido rojo caliente. Su cabello estaba un poco desordenado, pero estaba tan guapa como siempre.

—Eso fue rápido.

—Dos horas —dije—. No es rápido cuando estás atascado con borrachos en un bar lleno de... otros borrachos.

—Me parece justo. ¿Necesitas ayuda?

Victor hizo un ruido que sonaba sospechosamente como arcadas.

—Sí, eso sería genial —Lo llevé al ascensor y Lia agarró el otro brazo de su hermano y se lo colgó del cuello—. Gracias. Sólo necesita dormir la mona.

—¿Tú le hiciste esto? —preguntó Lia.

—Ojalá pudiera reclamar el crédito, pero no. Este fue el trabajo de uno de tus primos.

—Timothy —gruñó—. Ese imbécil.

—¿Es un imbécil! —dijo Victor, sorprendentemente lúcido por un segundo. Levantó la cabeza y le sonrió a su hermana—. ¿Mely está bien?

—La metí en la cama. Está bien, sólo se va a despertar con un dolor de cabeza ardiente. Parece que eso es algo que compartirás con ella mañana.

—Oh, bien —dijo Victor y bajó la cabeza. Los ronquidos salieron de él casi inmediatamente, y me quedé con el silencio y con Lia como compañía.

—Presionaré el botón. Está en el piso de arriba del nuestro —Lia marcó el botón 6, y luego movió el brazo de su hermano.

Yo tenía la mayor parte del peso, pero era bueno tenerla aquí. Probablemente, Victor no se hubiera ido a la cama sin escuchar que Melissa estaba bien.

De vez en cuando, mi mirada se cruzaba con la de Lia, y ella miraba para otro lado rápidamente. Como si temiera que el calor entre nosotros explotara de nuevo, sin importar la presencia de Victor.

No la puedo culpar. Maldita sea, era difícil mantener mi mente lúcida cuando ella estaba cerca. Todos los años de resistir mi atracción hacia ella y alejarla se habían acumulado. Y ahora,

cuando tenía más complicaciones y menos podía permitirme estar con ella... había llegado a un punto crítico.

Las puertas se abrieron, y llevamos a Víctor por el pasillo y a su habitación. Pasé la tarjeta, la puerta se abrió y entramos. Lo dejamos caer en la cama, y rápidamente se dio la vuelta y gimió.

—No es hora de levantarse —dijo.

—Tienes razón en eso.

Agarré sus zapatos, tiré de ellos para liberarlos y luego los dejé caer al pie de la cama.

Lia desabrochó los botones de la chaqueta del traje de Víctor. Juntos, lo pusimos de costado. Ella agarró un cubo de hielo y lo colocó junto a la cama, en caso de que su hermano lo necesitara. Abrí la mini nevera y saqué una botella de agua para la mañana, mientras ella sacaba una aspirina de su bolso.

—Hacemos un buen equipo —Sonreí.

Pero no devolvió la sonrisa. Finalmente, salimos de la habitación de Víctor y caminamos de nuevo hacia el ascensor. La caja que seguramente nos llevaría a avivar la llama, a la tensión y a besarnos.

Entramos juntos. Lia apretó el botón de nuestro piso y luego se volvió hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Por qué dejaste que eso pasara? —preguntó.

—¿Qué?

—Víctor. Está realmente borracho. Es lo peor que lo he visto en mucho tiempo.

Solté una risa.

—Sé realista. Claramente no pasaste mucho tiempo con él en la universidad.

—No, no lo hice. Desafortunadamente —Estaba rígida otra vez—. No tuve la oportunidad de quedarme y divertirme con ustedes. O con él. Sabes, eso es culpa tuya.

—Esto será interesante.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Lia, mientras las puertas se abrían.

—Oh, no sé, tal vez que estás desesperada por encontrar una razón para odiarme ahora mismo.

—Lo que sea —Se fue por el pasillo, hacia su puerta.

—Sí, claro, lo que sea —le contesté, encogiéndome de hombros, y pasé junto a ella hasta

llegar a la mía, sacando la tarjeta de acceso de mi bolsillo.

—Es tan fácil para ti. Siempre. Todo.

—¿Eh?

Se giró hacia mí, blandiendo su tarjeta como un arma.

—Todo. Siempre es fácil para ti. Contigo, es como... si quieres un coche, tienes un coche. Quieres un negocio, construyes un negocio. Si quieres besarme, me besas. Si quieres irte, te vas. Fácil.

—Me estoy perdiendo algo aquí.

—No —dijo ella—. No lo estás haciendo. Y ese es el punto. Siempre consigues lo que quieres.

—Sí, lo que quiero —Deslicé la tarjeta y abrí la puerta, pero no entré. Ella tenía algo que decir, y yo la dejaría decirlo. Era un extra que ella luciera absolutamente asombrosa cuando se enfadaba. Sus rizos rebotaban al girar la cabeza hacia aquí y hacia allá, tratando de encontrarle sentido ella las palabras de ambos. Mierda, ¿quién lo encontraría en este momento?

—Espera... lo sabes. ¿Cómo es eso?

—Es la vida, Lia. ¿Qué quieres que te diga, que es fácil? No, no es fácil. Consigo lo que quiero porque así lo determino. Trabajo por ello, y lo entiendo. Simple.

—¿Estás diciendo que no trabajo por mis cosas?

—Me encantaría responder a esa pregunta, pero no sé de qué carajo estamos hablando —contesté, cruzando los brazos y apoyándome en la jamba—. Como dije, tengo la sensación de que quieres desahogarte. Quieres odiar.

—¿Y por qué es eso?

—Porque no puedes soportar el hecho de que me quieres —respondí—. Después de todos estos años, probablemente pensando que yo no era más que un imbécil, y aún me quieres.

—Eras un imbécil.

—No discuto eso. Estoy diciendo que lo entiendo. Lo entiendo.

Lia soltó un gruñido bajo, más bien como un ronroneo, y subió por el pasillo. Se detuvo con el pecho casi tocando el mío y me miró a los ojos.

—Crees que me conoces muy bien, pero no es así. Nunca lo has hecho, y ese es el problema.

—Ese nunca fue el problema.

Mi amistad con Victor había sido el problema. Mi lealtad hacia él. Mi miedo a querer a Lia. Todos esos habían sido problemas. No el hecho de que tan bien la conocía.

—Tú eras el problema —dijo ella, y me golpeó en el pecho—. Tú eras el problema, todo el tiempo. Tú y tu cabello perfecto y tu mandíbula y esa cosa rara con hoyuelos en la barbilla que tienes. Tú eras el problema, y no puedo deshacerme de ti. Han pasado doce años, y todavía estás por aquí, y siempre lo estarás.

—Así es. Siempre.

Los labios de Lia se presionaron en una delgada línea y se soltaron, lentamente.

—¿Cómo se supone que voy a lidiar con eso?

—¿Con qué?

—Contigo, con lo raro... esto —Se señaló a sí misma y luego a mí, y lo repitió un par de veces—. Con esto. Esta cosa entre nosotros.

—Se me ocurren algunas formas —Le guiñé el ojo.

—Sé serio.

Ojalá no lo fuera.

—Bien. ¿Quieres hablar en serio? En serio, tú deberías ir a tu habitación y yo a la mía. Deberíamos fingir que no queremos esto. Deberíamos pasar el resto de nuestras vidas fingiendo, porque ambos sabemos que nada bueno saldrá de esto. Siempre huiré. Siempre me odiarás por ello. Eso es todo lo que hay.

Lia se pasó las manos por los brazos.

—Pero ambos sabemos que eso no va a pasar.

Ella se volvió hacia mí de nuevo, y la luz apareció allí en sus ojos, junto con la necesidad de mí.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No es lo que estás pensando —le dije, señalándola—. Te quitarás esa sensualidad de la cara ahora, señorita.

—Oblígame —Su sonrisa parecía vacía. Ella suspiró, miró hacia atrás y luego frunció el ceño.

—Raro.

—¿Qué?

—Nada. Podría haber jurado... No es nada —dijo de nuevo.

—Dime, Lia —Su comportamiento había cambiado de quererme a lo que podría haber sido, ¿miedo?— Lia.

—Vi a alguien de pie al final del pasillo, eso es todo. No es gran cosa. Y antes, me sentí extraña. Probablemente sea porque estamos en un país diferente. No estoy acostumbrada a estar aquí —Lia puso un poco de distancia entre nosotros—. No soy como tú. No puedo sólo viajar por el mundo y sentirme cómoda en cada lugar.

Las campanas de alarma sonaban en mi mente. ¿Alguien está mirando? Carajo, y hace tiempo que no sé nada de Smith. ¿Qué demonios significa eso?

—Vamos —dije—. Ven a mi habitación.

—Pensé que la sensualidad no estaba en la mesa de opciones.

—No lo está —Hice una sonrisa, un poco forzada—. ¿Pero sabes lo que podría estar sobre la mesa?

—¿Qué?

—Pizza. Tiene que haber un lugar por aquí que haga entregas. No puede ser que toda la comida en Francia sea únicamente francesa.

—Eso suena bien. No he comido nada en toda la noche. La comida en la fiesta era... elegante.

—¿Y no te gusta la fantasía?

—No cuando no puedo identificar lo que estoy comiendo. O pronunciarlo.

—Estamos en la misma página cuando se trata de eso.

La llevé a mi cuarto, mirando hacia arriba y hacia abajo en el pasillo después de que ella estuviera adentro. Por eso debería haberla evitado en primer lugar. Pero ya era demasiado tarde.

Me prometí que nunca dejaría que le pasara algo malo a la hermana de mi mejor amigo. Y eso nunca cambiaría. Incluso si eso significaba arriesgar todo lo demás para llevarlo a cabo.

OCHO

Lia

Comí un bocado de rebanada y la mastiqué, apreciando los sabores, la crujiente textura de la corteza. Esta no era como cualquier pizza que había comido antes, pero era muy buena.

—¿Te gusta? —preguntó Antuan.

—Es genial. Mejor que la pizza de Los Ángeles.

—Cualquier cosa es mejor que la pizza de Los Ángeles. Maldita sea, no soporto esas cosas. Costras vegetarianas sin gluten con queso de almendras y mierda.

—Estás exagerando —Me reí de todos modos y tomé otro bocado. La tensión seguía existiendo entre nosotros, pero ahora era más fácil de manejar.

—No estoy lejos de la realidad, sin embargo, y eso es alarmante.

Antuan se recostó en el sofá de la sala de estar de la suite, tan cómodo como siempre. Su chaqueta estaba fuera, los botones de la parte superior de su camisa desabrochados, lo que me permitía distinguir los tatuajes que se asomaban por debajo. Su piel bronceada. Sabía tan bien, antes.

Agité la cabeza. Había estado de acuerdo con esto para que pudiéramos hacer algo juntos. Algo que no implicaba que nos besáramos o nos odiáramos. Teníamos que encontrar un intermedio.

—Así que —dijo Antuan, y tomó otro bocado de pizza—, cuéntame lo que pasó.

—¿Qué pasó?

—Oh vamos, ibas a decírmelo antes, pero luego enloqueciste y lanzaste tu boca a la mía.

—Claro —le dije—. Eso fue lo que pasó.

—Bueno, en mis sueños lo fue. Te lanzaste a mí, y yo te gustó.

Mi sexo palpitó. Dejé mi rebanada, tomé una servilleta y me limpié los labios.

—Para —dije—. No estás ayudando. Es difícil no odiarte y no quererte.

—¿Verdad? —Antuan se rió—. Hablo en serio, Lia. Yo te conozco. O al menos lo hacía. Tú eras esa chica que tenía la cabeza en las nubes todo el tiempo. Tienes un espíritu creativo. Te alimenta o algo así. Recuerdo que escribías canciones y practicabas el canto, y cuando lo hacías, eras feliz. Esta noche, no estabas para nada cerca de esa felicidad.

—Te lo dije, es porque no lo he conseguido.

—Victor me dijo que estabas cerca de lograrlo —dijo Antuan.

—¿Dijo eso?

Me gustó oír eso. Victor me había insistido sin parar en conseguir un trabajo estable. En que eligiera otra carrera. Haciendo cualquier cosa que no fuera cantar.

—Sí. Mencionó que estabas trabajando en un gran proyecto.

—Estaba —dije, y mi estómago se hundió—. Pero ya no más.

Antuan dejó que la pregunta tácita se interpusiera entre nosotros.

—Estaba saliendo con un chico.

—Siempre es una buena manera de molestarme. Recuerdo a ese imbécil que te llevó al baile de graduación, ¿cómo se llamaba?

—Mike —dije, riendo.

—Sí, vestías de rojo y él trató de cogerte y entonces yo empecé a ver absolutamente todo rojo.

Recogí mi pizza de nuevo, la devoré para evitar la conversación.

—Así que, este tipo con el que saliste. ¿Qué ibas a decirme de él? —preguntó Antuan, apretando un ojo y señalándome.

—Me jodió.

—Eso es lo que quería oír —Puso una cara.

—Oh, Dios, así no —dije, y me ahogué con mi pizza. El humor era refrescante. No me había reído de mí misma ni de mucho de nada, no del todo, desde hacía tiempo—. Era un productor de EDM, y me quería en una pista. Hice las voces para la grabación, por la experiencia, ya sabes, y él las usó. De todos modos, esa canción se volvió muy popular.

—Eso es genial —dijo Antuan.

—No me dio crédito. No tengo ningún derecho de autor por ello. Rompió conmigo poco después de publicarla. Soy una idiota, en resumen, una completa idiota. ¿Ves por qué no puedo confiar en mi atracción hacia ti, verdad? —La última frase era una forma de ablandarla para mí.

No quería ver lástima en su cara.

Y no había ninguna. Los labios de Antuan se adelgazaron, su mandíbula se apretó.

—Hijo de puta.

—Es lo que es.

—No, así no es como funcionan los negocios. Deberías haber firmado un contrato, o joder, deberías dejarme hablar con este imbécil. Lo haré entrar en razón —Dejó caer su rebanada en la caja. Estaba listo para salir de la habitación y encontrar a mi ex—. ¿Cómo se llama?

—Antuan, cálmate. No hay nada que puedas hacer. Se acabó.

—¿Cómo se llama?

—No te preocupes por eso.

—¿Victor sabe de esto?

—No. Y no necesita saberlo. De verdad, está bien, Antuan. Estoy bien —Suspiré. Esto era lo último que necesitaba y la razón por la que no se lo había dicho a Víctor. Era protector conmigo y se negaba a creer que podía manejar mi mierda por mi propia cuenta—. Puedo lidiar con esto sola.

Antuan se mojó los labios y volvió a inclinarse hacia atrás, pero sus ojos se entrecerraron y, sin duda, la ira seguía allí. Era agradable, verlo un poco molesto.

—Está bien —dijo—. Aún quiero saber su nombre.

—Costello.

—¿Es broma?

—No, quiero decir, su nombre no es Costello. Ese es su nombre EDM.

—Jesucristo. Suena como un verdadero héroe.

—Lo sé. Su verdadero nombre es Franco.

—Y seguimos con el tema del héroe...

Puse los ojos en blanco y me comí el resto de mi rebanada en silencio, pensando en ello. El hecho de que hubiera sido fácil decírselo, reírme de ello aquí, después de haber pasado semanas arrepintiéndome de haber conocido al tipo, era una locura. Antuan me había consolado sin siquiera intentarlo. Eso no estaba bien. Tampoco era justo.

—¿Segura que no quieres que le haga una visita a Costello? —preguntó Antuan.

Me reí.

—No, se acabó. Ya está hecho. No hay mucho que pueda hacer al respecto.

—Llévalo a juicio.

—No —Llevarlo a juicio significaría contar con en el dinero de mis padres. No quería recibir ese tipo de ayuda. Quería demostrar que puedo hacer esto por mi cuenta. No me habían dado nada, prácticamente me habían repudiado cuando empecé, y yo, la idiota, había firmado un NDA con mi ex—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro —Antuan levantó la caja de pizza del suelo entre nosotros y la colocó sobre la mesa de café cubierta de cristal—. ¿De qué quieres hablar?

Tomé mi bolso del sofá y lo desabroché, busqué dentro y saqué mi teléfono celular.

—Son más de las once. Probablemente debería volver a mi habitación.

—Quédate un poco más.

—¿Me lo preguntas o me lo dices? —Puse el teléfono en mi bolso. Sin llamadas, sin notificaciones, eso era normal para mí. La única persona que me había intentado contactar era Flor, y tenía una gran obra este fin de semana.

Antuan se dio un golpecito en la nariz.

—Pregunta.

—Está bien —dije—. Me quedaré. Pero primero, dime qué hay de nuevo contigo. La última vez que hablamos, aún usabas chaquetas de cuero y andabas en motocicleta.

—Sí, desafortunadamente —La expresión de Antuan cambió—. Cometí mis errores.

—¿Qué clase de errores?

—¿Quieres hablar de eso ahora?

—Oye, tú fuiste el que se metió de lleno en la conversación.

Y ese era el territorio que quería evitar. Profundizar con Antuan llevaría a la simpatía o a la comprensión. Era más fácil odiarlo.

—Cierto —Aclaró su garganta—. Seguramente Victor te ha dicho cómo me gano la vida.

—Uh, ¿no? No te ofendas, pero no hablamos de ti cada vez que tenemos la oportunidad de cruzar palabras.

—Me siento insultado —Se apretó una mano contra el pecho—. Aquí estaba yo, pensando que era alguien especial.

—¿Y qué? —pregunté—. ¿Qué es lo que haces? ¿Quién es Antuan?

—Bueno, Oprah, soy un filántropo multimillonario —Puso una voz rica y cursi—. No, no hago nada especial. Hago zánganos.

—¿Haces zánganos?

—Sí. Para las industrias que lo necesitan. Es muy satisfactorio, y también puedo volar de vez en cuando.

—Eso es genial —le dije—. No es algo que imaginé para ti —Antuan sonrió—. ¿Tienes algún contrato genial, como cosas para el gobierno?

—No —Se levantó y se quitó la ropa—. Tienes razón, Lia. Se está haciendo tarde. Mejor si lo dejamos por hoy, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—No quiero hacer algo de lo que ambos nos arrepintamos.

No tuve que preguntar qué. Me ofreció una mano, y yo la acepté, y le permití que me pusiera de pie. Apenas pude evitar tropezarme con él.

—Tienes razón. Debería irme —Caminé hacia la puerta, y el casi me pisaba los talones. Me detuve—. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—No podemos pasar la próxima semana odiándonos el uno al otro. O... la otra cosa.

—¿Follando?

—Sí —me las arreglé para contestar, y mi corazón dio un vuelco. Incluso esa palabra viniendo de él era una tentación—. Eso.

Antuan abrió la puerta y yo salí. Me detuve para la despedida final, pero él ya la había cerrado.

—Te acompaño a tu habitación —dijo, y miró hacia el pasillo escaneándolo.

—Estoy bien —dije—. Es justo al lado.

—Quiero hacerlo —Antuan puso su mano en la parte baja de mi espalda, y caminamos juntos por el pasillo.

Saqué a tientas mi tarjeta de mi bolso y la pasé por la ranura. Mi puerta se abrió de golpe.

—Gracias por esta noche —dije—. Fue agradable. No es lo que esperaba.

—¿Por qué? ¿Qué esperabas?

—No estoy segura. Pero no esto —Hubo un breve silencio, un movimiento de mis pies sobre los talones—. Así que, seremos adultos civilizados hasta que la boda termine.

—Sí —dijo—. Y nos mantendremos alejados el uno del otro.

—Totalmente —Pero ninguno de los dos se movió.

Los ojos de Antuan se habían transformado de nuevo en profundas piscinas interminables. Un músculo se movió en su mandíbula.

—Claro.

—Sí.

Permanecemos en el lugar.

—Entonces, que tengas una buena noche. Gracias por la pizza —dije.

—Sí. Seguro.

Abrí los brazos.

—¿Abrazo?

Antuan me arrastró a sus brazos, me envolvió y me apretó suavemente.

—Abrazame —dijo, en mi oído.

—Sí —Me acercaba a su cuello y lo rozaba con la mejilla, inhalando el olor de su piel—. Gracias de nuevo.

—Gracias a ti —Besó mi mejilla, su aliento rozaba mi oreja. Me estremecí y volví la cabeza, buscándolo a él, a sus labios.

—Antuan.

NUEVE

Antuan

Era mía para que la tomara.

Los labios de Lia se acercaron a los míos, y mantuve nuestra posición por un minuto, emitiendo un leve gruñido en mi garganta.

Ella quería esto tanto como yo.

Los recuerdos de nuestra primera vez se elevaron en mi mente, pero los mantuve a raya. Retuve mi deseo. Cristo, no es que fuera posible ahora. Mi pene me dolía por dejarlo estar dentro de ella otra vez.

—Antuan—susurró ella.

Y eso era todo. Todo lo que podía manejar.

Tomé sus labios con los míos, rodeé su cintura con mis brazos y la levanté. Entramos por la puerta de su habitación.

Los dedos de Lia me tiraron de la camisa, me abrieron los botones, me agarraron, desesperadamente. Cerré la puerta de una patada detrás de nosotros.

Su bolso golpeó la alfombra. Mis zapatos se hicieron a un lado con un empujón, las correas de su vestido fueron liberadas de su piel. Mi camisa fue arrancada, mis pantalones, su sostén, hasta que finalmente, estuvimos desnudos uno frente al otro.

—Oh, Dios—dijo Lia, su garganta se cerraba alrededor de las palabras, por lo que no se entendieron bien—. Oh, Dios mío, Antuan.

Necesitaba este momento para admirarla. Para recordarla, y apreciar las diferencias. Había envejecido maravillosamente.

El cuerpo de una mujer, curvado en las caderas y hasta la cintura. Muslos carnosos, pechos llenos y una tira de vello púbico que dibujaba un camino sobre el frente de su vagina. Su rostro me mostraba todo abiertamente, el deseo que me había escondido, los ojos ardientes, sus labios pálidos separados, su aliento entrando y saliendo de su cuerpo.

—Ven aquí—dije, y abrí los brazos—. Ahora.

Caminó hacia mí, y mi pene palpité y goteó por ella. Dios, hasta su forma de caminar era sexy. Sin movimientos exagerados, pero perfectamente femenina. Sus senos rebotaban, sus pezones se habían arrugado y se detuvo justo al alcance de mi mano.

Hubo un breve destello de duda o miedo. No pude descifrarlo, pero tenía que ser anulado.

Ella tenía que saber lo mucho que la deseaba, y cuán plenamente me sentía por estar a punto de hacerla mía.

La presioné contra mi pecho y la besé tan fuerte que soltó un chillido. Le robé el aliento, probé su lengua, le sujeté los senos y jugué con ellos con mis dedos.

Lia jadeó y me arrastró las uñas por la espalda, arqueándose hacia mí, con sus besos codiciosos, desesperada por tener más.

—Sí —susurró—. Por favor. No me hagas esperar, Antuan. Te necesito ahora mismo. Por favor.

—Condón —gruñí, y alcancé mis pantalones. Busqué mi billetera, saqué uno, lo abrí y me lo puse.

Ella me miraba.

Mi pene estaba rojo y el látex brillaba sobre él.

Le puse una mano debajo de las rodillas y la otra en la espalda y la levanté en el aire, la llevé a la cama y luego la dejé caer sobre ella.

Lia se rió, y luego luchó para mover su cuerpo desnudo hacia atrás, hasta que su cabeza descansó sobre una de las almohadas.

—¿Estás lista para mí?

Ella asintió.

—Abre las piernas y déjame ver, preciosa.

Ella abrió sus muslos y me mostró su humedad, su sexo hinchado y goteando por mí.

—Mierda, eso es bueno. Tócate. Quiero verte jugar.

Lia se mordió el labio inferior e hizo lo que le había dicho, deslizando dos dedos hacia los labios de su vagina, y luego arrastrándolos sobre su clítoris. Se sacudió y jadeó.

—Oh Dios.

—¿Se siente bien?

—Demasiado. Es demasiado bueno.

—Di mi nombre.

—Me voy a venir —susurró.

—Eso es lo que quiero. Quiero verte llegar para mí. Di mi nombre.

Los dedos de Lia rodearon su clítoris, se sumergieron en su cavidad para obtener más lubricación. El ruido húmedo del chupón me volvió loco.

—Antuan —susurró.

—Más fuerte. De nuevo.

—Antuan —Sonó como un grito estrangulado. Había acelerado el paso, frenética por venirse, sus pupilas se dilataban mientras me miraba fijamente. Sus piernas temblaban, sus muslos se estremecían y sus senos subían y bajaban.

—Antuan. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Antuan, voy a llegar.

—Vente para mí. Vente para mí, nena.

Los párpados de Lia se abrieron y se cerraron de vuelta, sus pies se plantaron en el colchón, y se levantó ligeramente de la cama, dándome una vista perfecta de su vagina. Se hundió en su orgasmo, apretando su sexo alrededor de la nada, debió haber sido mi pene.

Bajó su dulce trasero de vuelta a la cama, respirando fuerte.

—Oh, Dios mío, eso estuvo bien. Eso fue...

—Ni siquiera te he tocado todavía.

Me coloqué sobre ella en un instante, besando su piel caliente, desde la garganta hasta sus pechos. Chupé un pezón y luego el otro, iba trabajando su delicioso cuerpo bajo mis manos, apoyando mi pene contra su humedad.

—Te quiero dentro de mí —jadeó—. Antuan, no puedo esperar más.

—Vas a venirte de nuevo.

Quería que estuviera satisfecha. Nunca olvidaría esta noche. Deslicé mi lengua sobre su pezón derecho y luego besé un camino sobre su estómago y hacia su sexo.

Separé sus labios y admiré lo roja que estaba. Suavemente, soplé una corriente de aire sobre su clítoris.

Lia se sacudió y gritó, apretando la almohada detrás de su cabeza.

—Estoy sensible.

—Bien.

Arrastré mi lengua sobre su humedad, la sumergí en su cavidad y probé su sabor. Maldita

sea, era increíble, limpia y un tanto salada. La estimulé con la lengua bruscamente, y sus dedos se apretaron contra mi cabello, tensándolo y tirando de él.

—Se siente tan bien. Tan bien.

Cambié mi lengua por los dedos y los inserté en ella, luego puse mi boca sobre su clítoris y chupé y lamí furiosamente.

Lia perdió el agarre y el control. Gritó y pateó temblando contra mí. Pasó por un fuerte estremecimiento, luego sus paredes se cerraron alrededor de mis dedos y se entregó a otro orgasmo. La satisfacción irradiaba a través de mi pecho. Ahora, ella estaba lista para mí. Ella estaba lista para nosotros.

Retiré los dedos, le besé el clítoris por última vez y me puse sobre ella.

—¿Lista?

Ni siquiera pudo responder. Había perdido el aliento.

—Necesito un sí, Lia.

—Sí —susurró—. Estoy lista.

La besé en la boca, posicioné mi pene, y luego me deslicé dentro de ella, enterrándome hasta la base.

Mis ojos se volvieron hacia atrás. Su delicioso agarre, incluso a través del condón, era demasiado intenso.

—Joder, Lia. Joder —No pude sacar otras palabras. Tenía que ir despacio o me volvería loco en un segundo—. Rodéame con tus brazos, rodéame completa.

Me abrazó y me besó. Era tan natural, tan fresco, todo lo que necesitábamos ahora mismo, y me metí dentro de ella, yendo tan despacio como podía para alargar esto.

—Quiero que te vengas —susurró contra mis labios—. Me vendré contigo si lo haces.

Tuve un momento de vacilación, y entonces... me golpeé contra ella, me perdí en su olor, en la sensación de su agarre, y en el hecho de que era mía. Toda mía, carajo. Siempre lo había sido. Mía.

El pensamiento me llevó al límite.

—Ya casi, me vendré —gruñí.

—Oh, Dios mío. Sí. —Lia se cerró a mi alrededor, apretada.

Mi boca se aflojó, y el placer se apoderó de mí. Me tensé y me liberé, engrosándome dentro de ella, tomando todo lo que podía, y dando también. Me abrí camino a través de mi clímax,

viniedo más duro de lo que lo había hecho en toda mi puta vida.

—Antuan —susurró Lia, en medio de su tercer orgasmo—. Antuan. Antuan —Me quedé boquiabierto, dejé caer la cabeza, e inhalé el olor de su cuello.

Bajamos de las alturas y nos pusimos uno contra otro, sin aliento en nuestros cuerpos.

Me giré sobre mi espalda y luego la jalé hacia mí. Su cabeza descansaba sobre mi pecho, su brazo cubría mis abdominales. Estaba tensa. Yo también. El sexo debería haberlo eliminado, pero la frustración seguía ahí.

Nuestros cuerpos se enfriaron y el sudor se secó.

Mis pensamientos deambulaban. Habíamos follado de nuevo, habíamos hecho algo malo, y había sido demasiado bueno.

—Bueno, eso fue... —Lia se calló.

—Increíble.

—Mal aconsejado.

—Un error —estuve de acuerdo.

—Alucinante —Lia se sentó, pasando los dedos por encima de sus brazos. Se levantó de la cama, caminó hasta el armario y lo abrió, luego sacó una bata esponjosa y se cubrió con ella, girando hacia mí mientras ataba las cuerdas.

—Sólo tengo una.

—¿Una qué?

—Bata.

—Mierda, no hay problema. Probablemente debería irme de todos modos —respondí—. Necesitas dormir, y yo también. Probablemente andar en bata no sea una buena vestimenta para que me vean saliendo de tu habitación.

—Cierto. Cierto —Agitó la cabeza—. Eso fue...

—Sí.

Me levanté de la cama y me acerqué a ella. La tomé por la cintura, maravillado de lo pequeña que era bajo mis manos, y la arrastré de nuevo a mis brazos. Presioné mis labios contra los de ella, dándole un último beso.

Lia soltó un pequeño gemido.

—Antuan, si no te vas ahora...

—Me voy —Caminé por la suite y recogí mi ropa, luego me vestí rápido—. Te veré por la mañana. Brunch.

Lia sonrió, pero sus hombros estaban tensos.

—Claro.

Salí de su habitación y me fui por el pasillo hacia la mía. El arrepentimiento había comenzado. Lo habíamos hecho de nuevo, pero esta vez, tenía la sensación de que no sería posible huir.

DIEZ

Antuan

El almuerzo era una maldita pesadilla.

Nunca me habían gustado los bagels, los huevos ni las mimosas. Y esta mañana todo era más difícil por lo que había ocurrido la noche anterior. Joder, eso había sido demasiado bueno. Tocar a Lia, hacerla venir, oír mi nombre en sus labios.

Perfección.

Excepto que, no, eso no era todo, ¿verdad? La cagaste.

Entré al restaurante del hotel y caminé hasta la mesa principal donde Victor y Melissa ya estaban sentados. Había otras tres mesas ocupadas, todas con miembros del grupo de la boda charlando y conociéndose.

—¿Te importa si me siento? —Le pregunté a mi mejor amigo.

—Siéntate, siéntate —Victor tenía su brazo alrededor de su futura esposa y llevaba el orgullo dibujado en la frente. Él estaba muy feliz, y yo estaba muy feliz por él. Incluso si eso significaba confiar en que Melissa fuera la mujer adecuada para él.

Tomé un lugar en la mesa, justo cuando Lia apareció. Dudó al verme y luego hizo un adorable movimiento de cabeza y se acercó. Se sentó frente a mí.

—Buenos días —dijo, a la mesa en general.

—Hola —le contesté.

Victor le frunció el ceño a su hermana.

—¿No está siendo agradable? —preguntó—. ¿Estás bien, hermanita?

—Claro —contestó ella—. Aunque me sorprende que tú lo estés. Una noche dura la de anoche, ¿eh, hermano? —Ella mostró una sonrisa, pero no llegó a sus ojos.

La tensión estaba ahí, entre nosotros. Joder, y el que Victor estuviera aquí lo empeoraba. Qué incómodo. Si se entera de lo que pasó anoche... Su boda se arruinaría. No más padrino.

—¿Cómo están ustedes dos esta mañana? —pregunté a los novios, para que la conversación fluyera de nuevo. Tenía que mantener mi mente alejada de Lia.

—Apenas estamos logrando mantener la calma —dijo Victor y besó a Mely en la mejilla—. Gracias por cuidarnos a los dos anoche.

—¿Para qué están los amigos? —Era una mierda decirlo dadas las circunstancias.

Afortunadamente, los camareros entraron y repartieron vasos de agua con rebanadas de pepino, como si se hubieran leído la mente y hubieran elegido lo único que podría hacer peor el menú.

La selección de comida fue extensa, y, por algún milagro de la vida, en inglés. Pedí una tortilla y acepté el desayuno estándar también, menos el champán, que se ofrecía junto con él. Batí el agua con rodajas de pepino por lo que considero que fue una eternidad. Nunca me había gustado beber ese tipo de cosas, y una boda no cambiaría eso.

Necesitaba pensar con claridad. Necesitaba de todo mi ingenio.

No podía medir lo que le pasaba a Lia. ¿Estaba disgustada? ¿Quería que volviera a ocurrir?

La había dejado dormir, incluso la había despedido con un beso, pero la luz del día definitivamente cambió las cosas. El sudario de la noche se había desprendido y revelado los secretos, las mentiras que nos habíamos dicho a nosotros mismos. Que podíamos hacer esto, que no había sido algo más que una mala idea. Que no duraría más de una noche.

Ocasionalmente, nuestras miradas se cruzaban. La de ella se disparaba en otra dirección instantáneamente. Tenía miedo de que nos descubrieran, pero no tenía ni idea de lo profundo que podía llegar esto. Lo jodido y complicado que se pondría.

¿Y si ya es demasiado tarde? ¿Y si saben de ella?

Eso era imposible. Había sido sólo una noche. Ellos no lo sabrían de ella, porque ella es la hermana de Víctor. Y Víctor estaba en contacto constante conmigo.

La comida fue servida, junto con las bebidas, y la gente disfrutó devorando y charlando. Una de las mujeres de la mesa, pelirroja y carmesí, me dio el tipo de look al que estaba acostumbrado. Codicioso e insípido. Lo ignoré por completo.

—De ninguna manera —dijo Víctor, inclinándose hacia Mely—. Literalmente nunca va a pasar.

—Oh, vamos, Charles —dijo Melissa—. No es posible que sepas eso. Sólo pregúntale a él.

—Pregúntale tú a él —contestó Víctor, inclinando la cabeza hacia mí.

—¿Preguntarme qué?

—Quería saber si estabas disponible —dijo Mely—. Eso es todo.

—Depende. ¿Qué tipo de disponible? Estoy disponible para el café, pero probablemente no para tomar el té con la reina.

—¿Nunca puedes responder a una pregunta normalmente? —preguntó Víctor.

Lia hizo un ruido en su garganta que podría haber sido una risa, pero rápidamente se enterró en su mimosa. La miré un momento más alargado de lo necesario, pero no me miró a los ojos. Ella se veía preciosa. Hoy había elegido un vestido veraniego de tiras, con un cárdigan a juego, y su cabello estaba atado en un moño desordenado.

—Uh, ¿Victor? —La voz de Melissa cortó mi mirada inapropiada. Me volví hacia ella.

—¿Sí?

—¿Hay algo que quieras decir? Um... ¿a Lia? —La cabeza de Lia se inmovilizó.

—No —le contesté—. Pero te agradezco que dirijas mi conversación y mis pensamientos.

Melissa se sonrojó.

—Oh, bueno, no quería interrumpirte si ibas a hacerlo... no importa. Entonces, lo que quise decir con disponible es... ¿estás disponible para salir? Algo de diversión. Un buen rato, ¿ese tipo de cosas? —La sonrisa de Melissa estiraba las comisuras de sus labios. Estaba totalmente concentrada en mí y no había notado que Lia se estaba poniendo rígida a su lado.

—La diversión y las citas a menudo son mutuamente excluyentes —dije.

—¿Qué quieres decir? —Melissa sorbió su champán e hizo una mueca de dolor—. Oh, debí haber pedido sólo zumo de naranja.

—Significa que no estoy interesado —dije—. En las citas.

—Te lo dije —Victor estaba triunfante—. Antuan tiene más probabilidades de quedar embarazado que de tener una relación seria.

Le levanté una ceja.

Victor levantó ambas manos.

—Amigo, sólo digo. ¿Desde cuándo te conozco?

—Oh, un par de años.

—Prueba con quince, y en esos quince nunca te he visto comprometerte con nadie.

Corté un trozo de mi tortilla y la comí, en lugar de hacer comentarios. Era la cara de Lia, la atención tan sincera que le había prestado a lo que se había dicho. Otra ronda de banderas rojas en mi cabeza. Anoche nos habíamos acercado demasiado.

—¿Pero por qué? —preguntó Melissa, inclinándose—. Quiero decir, todas las mujeres en esta habitación han estado mirándote desde que entraste al restaurante. Probablemente eres el soltero más codiciado... bueno, en cualquier parte. ¿Por qué no sales con alguien?

—Hmm, entonces, como la población femenina en general está sedienta, ¿debería regalar la leche? —Los labios de Melissa se retorcieron hacia abajo—. Oh, ew. Leche, ¿en serio?

—No es lo que quise decir —dije—. Vaca, leche, esa era la referencia —Lia había empezado a reírse en silencio.

—Lo que sea. Creo que deberías intentarlo —dijo Melissa.

—Estás ladrando al árbol equivocado —Victor besó a su prometida en la mejilla—. El hombre es alérgico a cualquier tipo de compromiso. Siempre ha sido así y nunca cambiará.

—¿Por qué? —preguntó Mely.

—¿Realmente quieres oír mi cuento con moraleja? —pregunté.

Algunas de las otras mujeres en la mesa, damas de honor que nos habían estado escuchando furtivamente todo el tiempo, se volvieron para escuchar directamente.

—Sí —Mely levantó la barbilla—. Dame una buena razón por la que no quieras salir en una cita a ciegas.

—¿Además del hecho de que apestan? —preguntó Lia, y su voz despertó a la bestia en mi pecho.

—¡Oye! Se supone que estás de mi lado —contestó Mely, señalándola.

—No salgo con nadie porque las citas llevan al romance, el romance lleva al amor, y el amor lleva al matrimonio —dije—. Mis padres fueron el único cuento con moraleja que necesité para entenderlo. Pasaron su matrimonio de muy corta duración luchando entre sí, y luego la larga batalla del divorcio haciendo más lo mismo.

Era la versión corta de lo que había pasado. La manipulación de mi madre. Los regalos con condiciones de mi padre.

—Ese es el resumen —dije.

Melissa suspiró.

—Bien. Me rindo.

—Una decisión sabia —agregó Victor.

Terminé mi mordida y luego me excusé de la mesa. Las miradas me siguieron a través del restaurante, y una de ellas pertenecía a Lia. Tendría que hablar con ella sobre lo que había pasado, pronto, o esta mierda se me iría de las manos, y rápido.

Me dirigí al baño y entré, luego salpiqué agua en mi cara y estudié mi reflejo en el espejo. Tenía ojeras bajo mis ojos. Me había dormido muy tarde en la noche, preocupado por lo que venía en camino.

Problemas. Con gente que era especialista en problemas. Del tipo *cadáver en una zanja o en un río*.

—Joder.

Me froté las mejillas. Me apoyé en el mostrador y estiré el cuello a diestra y siniestra, relajando un poco la tensión.

Las imágenes de anoche volvieron a mí. Su cuerpo bajo el mío, con sus dedos recorriéndome, su boca abierta y el sonido de los gemidos que se le escapaban. No había sido nada como la primera vez que nos acostamos. No habíamos tenido ningún silencio tímido. Habíamos follado como lo había deseado desde hace tanto.

La puerta del baño se abrió y Victor entró.

—Oye, amigo, ¿estás bien?

—¿Eh?

—Estabas un poco extraño en la mesa. Sólo quería comprobar que todo estuviera bien —dijo, y me dio una palmadita en la espalda.

—¿Me seguiste hasta aquí para ver si estaba bien?

—Y para mear, pero qué demonios. Dos pájaros de un tiro, ¿verdad?

—Me parece justo. Estoy bien, amigo.

Victor se bajó la cremallera frente al urinario e hizo su trabajo, y yo me sentí agradecido por haberse quedado en silencio. Después, se lavó las manos y me sonrió en el espejo. Era unos centímetros más bajo que yo, en cierto modo, siempre había pensado en él como en un hermanito.

—¿Estás seguro?

—Victor, ¿qué pasa? —Éramos buenos amigos, pero nunca nos habíamos involucrado en discusiones de corazón a corazón.

—Estuviste mirando a Lia —dijo, por un rato—. ¿Algo que quieras hablar sobre eso?

Él sospechaba. Victor siempre había sido demasiado protector con su hermana, esa era la naturaleza de su relación.

—¿No puedo mirar a tu hermana ahora?

—No de la forma en que la mirabas en el almuerzo. Creo que lo sabes, Antuan.

—La miraba como miro a cualquiera —mentí, entre dientes—. Joder, tío, ¿por qué es esto lo que te preocupa? Te vas a casar en una semana.

—Lia está en una posición muy mala ahora mismo. Acaban de dejarla, no está teniendo éxito en su carrera y no quiero que nada la arruine.

—Y estoy seguro de que nada lo hará. Lia y yo estábamos compartiendo una broma, eso es todo.

—¿Una broma?

—Sobre ti y tu comportamiento de borracho —le contesté, y le di una palmada en la espalda —. Estuviste a punto de vomitar anoche, amigo. Fue un espectáculo.

El enfoque de Víctor, con ojos de láser, se desvaneció para volverse algo tímido. Se pasó los dedos por la nuca.

—Gracias por hacer eso.

—No hay problema. Tienes que concentrarte en lo que es importante ahora mismo. Tú y Mely. No te preocupes por mí, y no te preocupes por tu hermana. Estoy seguro de que tiene sus cosas bajo control. Y te juro que no nos peharemos durante tu boda, ¿de acuerdo?

Víctor suspiró, asintiendo.

—Bien. Eso es bueno.

—Ahora, voy a terminar mi tortilla y rezar para que no haya caracoles en ella.

No se podía ignorar lo malo que se había vuelto esto.

Tengo que hablar con Lia, y pronto.

ONCE

Lia

Me concentré en la pila de crepes que había pedido para el desayuno, respirando más fácilmente ahora que Antuan se había excusado. ¿Qué demonios se suponía que tenía que hacer ahora?

Esta mañana estaba siendo incómoda.

No era que ya no lo quisiera, sino que lo quería, y eso era lo que lo hacía todo incómodo. Tenía que fingir delante de Víctor y de todos que las cosas estaban normal. Que no había tirado mi moral por la ventana por un capricho.

Pero así eran las cosas. Estaba decidida a no volver a involucrarme nunca más con un chico, no hasta que mi carrera musical hubiera despegado.

—Lia —dijo Melissa.

Forcé una sonrisa.

—Uh huh?

—¿Qué pasa contigo? Te ves... deprimida.

—Estoy genial. Sólo un poco de resaca de anoche —Levanté mi bebida y tomé un sorbo—. Pero esto está ayudando. No hay champán en la mía.

—Bueno, hay champán en el mío, y parece que me está ayudando —Sin embargo, la intensa mirada de Melissa no vaciló—. ¿Pasa algo entre tú y Antuan?

—¿Eh? ¿De qué estás hablando? —Mi piel se congeló. ¿Cómo se había dado cuenta de eso? Oh, por favor, no es como si no estuvieras siendo obvia al respecto.

—Vamos, Lia. Podrías cortar la tensión con un cuchillo de mantequilla. Ni siquiera puedes mirarlo. ¿Qué está pasando? —Melissa tuvo el tacto de bajar la voz. Las otras damas de honor tenían buitres en vez de orejas—. Puedes contarme cualquier cosa, ya sabes. No se lo diré a Víctor si no quieres que lo haga —Pero lo dijo a regañadientes.

Melissa no le ocultaba nada a mi hermano. Me gustaba eso de ella, pero no me ayudaba en esta situación.

Tendría que llamar a Flor más tarde y dejar todo sobre sus hombros.

—No hay nada que contar, Mely.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —respondí—. No hay nada que contar. Tuvimos un pequeño desacuerdo anoche después de acostar a Víctor. Lo de siempre. Él tratando de ser arrogante y yo evitándolo.

Melissa asintió.

—Bueno, puedo decir que Víctor ya está preocupado por eso. Es tan protector contigo.

—Lo sé.

Era la perdición, ser la hermana pequeña, pero no renunciaría a mi relación con mi hermano por nada del mundo. Era más una figura paterna de lo que mi padre había sido nunca. A pesar de la relación que teníamos, no podía estar segura de que Víctor le hubiera contado a Antuan sobre nuestra infancia temprana y todo el drama que nos había llevado a donde estábamos hoy.

—OK —Mely masticó su labio inferior—. Hablaré con Víctor. Le diré que no hay nada de qué preocuparse.

—No creo que necesites hacer eso, Mely. Amo a mi hermano, pero necesita aceptar el hecho de que soy mayor y que tengo el control de mi propia vida. Deja que se calme. Deja que se concentre en ustedes dos en vez de preocuparse de que yo esté bien —No podía culparlo por ser como era, pero nuestros caminos se habían desviado ahora.

—Muy bien —Mely se encogió de hombros—. ¿Pero y si...? —Se cortó cuando Trisha ocupó la silla vacía que tenía a su lado—. ¿Trish? ¿Algo va mal?

—Uh, no, no pasa nada. Pero tenía que venir y hablar contigo sobre ese tipo. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Oh, por favor, el guapo. El semental de cabello oscuro —dijo Trisha—. ¿Cuál es su nombre?

—Ese es Antuan —dijo Mely—. Dios, este brunch fue planeado para presentar a todos, pero es difícil.

—Así que, este Antuan... —Trisha no cedió el control fácilmente—. ¿Qué le pasa?

Me estremecí por dentro. Trisha no era el estilo de cabello rojo granate que a Antuan le gustaba, y su nariz era falsa, y usaba mucho maquillaje. No había nada malo con su tipo, sólo que no era su tipo. ¿Porque sabes cuál es su tipo? El hombre se acostó contigo dos veces, y ha sido prácticamente alérgico a ti durante años.

—Nada, supongo. Escuchaste la conversación de la cita a ciegas, ¿verdad? —preguntó Mely.

—Sí, pero eso no es nada. La mayoría de los hombres dicen que no salen con nadie hasta que

salen conmigo —La sonrisa de Trisha era insufrible.

Me atuve a hacer un comentario y en su lugar corté mis crepes. Estaban rellenos de crema y fresas frescas. Totalmente deliciosos. Pero el sabor casi pasó desapercibido debido a la conversación.

—Soy el tipo de chica que los hace sentar cabeza. Una noche conmigo y se acabó.

—Es un gran honor —le dije.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Trisha, moviendo su cabeza en mi dirección.

—Exactamente lo que dije.

Trisha puso los ojos en blanco tan fuerte que me preocupaba que se quedaran así. Pero, desgraciadamente, poco después volvieron a su posición normal.

—Bueno, este Antuan es exactamente mi tipo de hombre. Como si fuera a pasar una noche caliente conmigo y eso lo llevara a quererme por el resto de su vida.

¿Quién habla así?

—Tendrás que averiguarlo por ti misma, Trish.

Mely le dio una palmadita en el brazo y le ofreció una sonrisa que era demasiado cálida para mi gusto. ¿Cómo aguantaba a imbéciles como ella? En el nombre de Dios, ¿cuál era la cualidad redentora de Trisha? ¿Había rescatado a Melissa de la cárcel o algo así?

Trisha se mojó los labios.

—Por mí está bien —dijo—. Parece que estoy a punto de tener mi oportunidad.

Antuan se había sentado frente a mí otra vez. Su pie rozó el mío con descuido, y yo me moví y metí mis piernas debajo de mi silla para ahorrarme el rubor. Hizo un breve contacto visual conmigo, pero parecía frío, y apartó la mirada rápidamente.

—Hola —dijo Trisha, saludándole lánguidamente con la mano, con la punta de sus dedos en uñas rojas que combinaban perfectamente con el tono de su lápiz labial. Estaba tan orquestada, pero al menos era pulcra.

Por otra parte, yo me había levantado de la cama esta mañana para darme una ducha rápida y pasarme el cepillo por el cabello descuidadamente antes de salir. Mi vestido también estaba un poco arrugado.

Antuan asintió con la cabeza y se metió en su comida.

—Creo que eres Antuan.

—¿Crees o lo sabes? —preguntó, sin levantar la cabeza.

Ahogué una sonrisa, apretando mis labios. Esto era un clásico de Antuan. Era un imbécil. Era divertido verlo ser un imbécil con otra persona, para variar.

—Quiero decir, Melissa me dijo que eres Antuan. Eres, como, ¿el padrino?

—Sí, soy como el padrino.

Esnifé y me puse un puño en la nariz.

—Disculpen. Estornudo.

—Dios te bendiga —contestó Melissa, y me dio una palmadita en la espalda.

—Bueno, ¿qué te parece si salimos alguna vez? Sé que estaremos atrapados aquí por un tiempo y esta es, ya sabes, la ciudad del amor. Estaría bien aprovecharse de eso.

Antuan terminó su bocado. Sus ojos se movían hacia arriba y hacia abajo en la mesa, como si quisiera mirar a ningún lado y, en particular, a mí.

—¿Uh? —Trisha no sabía qué hacer. Probablemente estaba acostumbrada a que los chicos rebosaran de emoción por la mera sugerencia de una cita con ella.

—No, gracias —dijo Antuan—. No me gustan las citas.

Trisha se acercó más, balanceando su silla hacia un lado, y luego inclinándose hacia la mitad de la mesa. Llevaba un vestido de corte bajo, y le presentó su escote a Antuan. Era como un programa del Discovery Channel. Ella era el pájaro que bailaba, y Antuan era el pájaro que volaba hacia el cielo para no ser visto nunca más.

O no, mejor aún, era uno de esos monos con culos rojos que...

—Así que no tenemos que llamarlo una cita. Podemos tener, como, un momento amistoso o lo que sea. Eso es todo lo que será. Sólo dos amigos.

—No somos amigos —respondió Antuan—. Ahora, si me disculpan, me gustaría terminar mi almuerzo en paz.

Los ojos de Trisha giraban como platillos. Su boca se abrió, dejando al descubierto la línea roja de lápiz labial a lo largo de su interior, y el rosa más allá. Se le escapó un ruido, un suave gemido apenas audible sobre el estruendo de los cubiertos y la charla desde más allá en la mesa. Lo miró fijamente durante un minuto más, luego parpadeó y miró hacia su plato, totalmente derrotada.

Antuan tenía ese efecto en la gente.

Era bueno alzándolos y derribándolos. Era un talento natural, y era parte de la razón por la que era irresistible y altamente frustrante.

—Bueno —dijo Mely, y dejó la palabra colgando en el aire.

Comí mis crepes, luego me limpié los labios e hice un gesto para levantarme de la mesa, pero la mano de Mely sujetó mi brazo.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó—. Sabes que tenemos una reunión de mujeres justo después de esto. Es la fiesta previa al compromiso.

—Yo... uh, ¿estás bromeando?

—Por supuesto que no. La mayoría de las mujeres de aquí aún no se conocen lo suficiente. Es súper importante para mí que pasemos el rato —Mely apretó mi brazo suavemente—. Estarás allí, ¿verdad?

—¿A qué hora?

Mely frunció los labios.

—Viste el itinerario de la semana en tu habitación, ¿verdad? Me aseguré de que todas las habitaciones tuvieran uno. Fui muy explícita al respecto con el personal del hotel. ¿Necesito hablar con alguien sobre esto?

—¡No! No, el itinerario —Me devané los sesos.

Me acordé vagamente de una carpeta de color crema, grabada en dorado con los nombres de Víctor y Mely. Probablemente era eso. No era una chica muy rutinaria, así que me evité el hurgar el contenido.

—Sí, está en mi habitación.

—Bien, entonces deberías saber qué hora es —dijo Mely.

—Claro. Cierto. Voy a subir a la habitación a refrescarme —Y memorizar un itinerario, aparentemente—. ¿Hablamos luego?

—Esa no es una pregunta. Es un hecho.

Mely me besó en la mejilla.

—Gracias por el desayuno —No ayudaba que Mely y Víctor estuvieran financiando todo ellos mismos. Saltarse los eventos planeados con anticipación sería un gran no. Víctor era multimillonario, pero eso no importaba. Simplemente, el haber viajado hasta acá me comprometía a participar en las actividades.

Me levanté de la mesa, saludé a las damas de honor, una o dos me devolvieron el gesto, y caminé para salir.

Gracias a Dios que se acabó.

Tendría unos minutos para recuperarme y descubrir cómo superaría el resto de esta extravagante boda sin tener que llorar por Antuan o irme a la cama con él. Finalmente llegué al pasillo, y luego al ascensor. Las puertas se abrieron y yo entré.

—Espera —Antuan entró detrás de mí, metiendo las manos en sus bolsillos.

Mi estómago se agitó, se enredó y luego se hundió. Presioné el botón del quinto piso silenciosamente y luego retrocedí hacia la esquina del ascensor sin más comentarios.

Si iba a superar el viaje sin tirarme encima de él, así era como lo lograría, evitando profundizar las cosas.

—Lia —dijo.

Demasiado para esa idea.

DOCE

Antuan

—CHLOE —repetí—. Vamos a tener que hablar de ello en algún momento.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó ella—. Podríamos evitar todo el tema y fingir que nunca sucedió.

—¿Eso es lo que quieres? —No puede ser. Me la había imaginado cogiéndomela al menos cinco veces en los últimos dos minutos—. Evitar esto.

—No veo que tengamos otra opción, Antuan. No vamos a hacer nada de esto.

—¿Hacer algo? Mierda, ¿como qué? ¿Una relación?

Lia no contestó. Miró las puertas del ascensor. Era una de las pocas mujeres que había visto que tenía un perfil atractivo. Mierda, ¿era raro que notara eso? La barbilla no era muy fuerte, la suave inclinación de su nariz, la mueca de sus labios.

—Lia.

—No, no es una relación. Te dije que no era una relación —dijo ella, moviendo la cabeza. Unas pocas hebras se desprendieron de su moño desordenado. Hebras que suplicaban ser jugueteadas—. Dios, estás tan jodidamente lleno de ti mismo. ¿Esa es la conclusión inmediata a la que saltas? que soy tan patética que querría caer de rodillas en una relación contigo?

—Tú eres la que saca conclusiones precipitadas.

—No, está ahí. En tu cara. Ya tienes miedo de que te pida más de lo que estás dispuesto a dar. Bueno, déjame ahorrarte la frustración, no estoy interesada en ti de esa manera.

Las palabras de Lia eran lanzas, pero no la culpaba por su ira.

Las puertas del ascensor se abrieron, y ella acechó por el pasillo hacia su habitación. Pasó su tarjeta de acceso y entró. Llegué a la puerta antes de que ella pudiera cerrarla y presioné mi palma contra la madera.

—Espera —dije.

—¿Por qué debería? —preguntó y tiró su bolso en su cama. Nuestras dos habitaciones eran básicamente idénticas, con algunos cambios decorativos aquí y allá. Lia marchó hacia la mesa y levantó una carpeta de manila de ella. La abrió con un gesto y rebuscó entre las páginas.

—Lia, cálmate —Cerré la puerta—. Te estoy hablando por una buena razón. Por tu hermano.

Ella levantó la barbilla.

—Por supuesto. Por mi hermano.

—¿Por qué es un problema?

—No es un problema. Es perfecto. Es exactamente lo que necesitaba oír. Dios no quiera que piense que te preocupas por mí.

—Me preocupo por ti. Lo he dejado muy claro. Pero hay más que eso.

—Lo que sea. No quiero hablar de esto ahora mismo —contestó—. Tengo una reunión de damas de honor a la que asistir. No puedo esperar a sentarme a tomar unas copas con mujeres que no tienen nada de qué hablar más que de sus fondos fiduciarios y sus ricos maridos y de lo exitosas que son sus vidas.

—Deberías probar la ginebra rosa.

—¿Eh?

—Ginebra rosa. Va bien con los amargados. Y nunca te había visto tan amargada.

—Apenas me has visto desde el día que te acostaste conmigo y te fuiste de la ciudad.

Jesús. OK. Tal vez me lo merecía.

—Y tal vez soy una idiota —dijo, cerrando la carpeta. Sus ojos verdes y brillantes eran como dos esmeraldas que brillaban sobre la arena blanca—. En realidad, no hay tal vez ahí. Soy una idiota por haberme involucrado contigo otra vez. ¿Qué estaba esperando? Soy la chica patética que está enamorada del mejor amigo de su hermano, y tú eres... tú.

—Me encantaría saber qué significa eso. ¿Será mi ego capaz de soportarlo?

—Lo que sea. Evitémonos el uno al otro de ahora en adelante. ¿De acuerdo? No más... hablar, sexo, nada más. Lo de anoche fue un error.

—Me parece bien —Me encogí de hombros y caminé hacia la puerta, odiando todo esto. No me agradaba ese plan. Yo la quería a ella. Nunca funcionaría—. Quise decir todo lo que dije.

—¿Eh? —Lia tenía los puños en las caderas.

—Sobre ti. Todas las cosas que he dicho, las he dicho en serio.

—¿Y hoy en el desayuno? ¿El compromiso, las citas?

Así que, eso era lo que le había pasado. ¿Estaba enfadada porque yo no podía ser más que un polvo que ella odiaba?

—¿Cómo funcionaría eso, Lia? ¿Cómo podríamos estar juntos?

—No digo que debamos estar juntos. No quiero eso.

—Pero estás enojada conmigo por decir que no quería salir con nadie.

—No.

—Joder, estamos hablando en círculos —le dije—. Es mejor si me voy.

—Yo también —Lia me siguió fuera de su habitación—. Aparentemente, estoy a dos minutos de tomar tragos con mujeres que no me soportan.

Eran los momentos como este los que me frustraban. Una vez más, quería consolarla, decirle que todo iría bien. A la mierda, salvarla de ir a esa reunión con las otras damas.

Lia exhaló.

—Estará bien. No es gran cosa. Estoy segura de que no son tan malas como las estoy haciendo parecer.

—Claro.

Su mirada vagaba mientras hablaba.

—Así que, sí, nos vemos en el próximo evento programado. Voy a... ¿Qué carajo?

—¿Vas a qué carajo?

—No, Antuan. Quiero decir, qué carajo. La puerta de tu habitación está abierta. Completamente.

Me giré sobre mi talón, frunciendo el ceño.

Ella tenía razón. La puerta de mi habitación estaba abierta de par en par, y la luz irregular se filtraba desde dentro. Había dejado las cortinas cerradas esta mañana. No había tenido la oportunidad de hacer nada más que salir de la cama y prepararme, el sexo hasta altas horas de la noche había dominado mi mente.

—¿Qué carajo? —Caminé por el pasillo, Lia venía tambaleándose detrás de mí. Mi habitación había sido destrozada.

Papeles esparcidos por el suelo, una de las cortinas arrancada de la barandilla, vidrios de la parte superior de la mini-nevera destrozados y esparcidos por la alfombra. Las sábanas habían sido rasgadas, el colchón volcado. Las plumas de las almohadas giraban en el aire con la brisa de la ventana abierta.

Entré, buscando cualquier señal del intruso, pero ya se habían ido hace tiempo. Nada había quedado intacto.

—¿Por qué? ¿Cómo? —preguntó Lia detrás de mí.

Tenía una idea, pero no podía decírsela. En su lugar, agité la cabeza.

—Voy a llamar a la policía. Y la administración.

—No, sin los policías. Eso no será necesario.

No sabía cómo reaccionaría Pritchard ante la atención de la policía. ¿Atacaría a alguien más después?

—¿Qué? Antuan, no seas ridículo. En cuanto el hotel se entere de esto, llamarán a la policía de todos modos. Sólo... los estoy llamando.

Caminó sobre los cristales rotos, haciéndolos crujir, y salió de la habitación, tirando de las correas de su bolso.

¿Qué habían estado buscando?

No tenía la menor duda de que esto estaba relacionado con Pritchard Young. Ni una maldita pizca. Pero, ¿por qué? ¿Por qué habría enviado a matones aquí para arruinarme las cosas? ¿Cuál era su propósito, a menos que sólo fuera para mostrarme que podían alcanzarme en cualquier parte?

Eso ya lo sabía.

¿Qué habían robado?

Todo estaba arruinado, pero nada había sido tomado, al menos así parecía a simple vista. Incluso mi ropa estaba en el armario, una de las puertas colgaba torcida en sus bisagras para revelarla en sus perchas.

—Mierda —murmuré—. ¿Entonces...? —La caja fuerte. Estaba abierta. Y vacía.

Sólo había dos cosas en esa caja fuerte. Dos cajas de terciopelo con los anillos para la boda de Victor y Mely.

—¡Mierda! —Caminé hacia la caja fuerte.

—De acuerdo —dijo Lia—. La gerencia está subiendo y la policía también ha sido contactada. Y... ¿qué pasa?

—Se llevaron los anillos —Me enfrenté a ella—. Se llevaron los anillos de boda de Victor y Melissa.

La policía había venido y se había ido sin poder ayudarnos. La gerencia me había trasladado a otra habitación, un piso más abajo que éste, lo que probablemente era una buena idea dada la forma en que la proximidad a Lia había arruinado mis planes de mantenerme a raya.

Pero ahora que esto había pasado, y justo al lado de su habitación...

¿Y si ella era la siguiente?

Ya había instalado mis cosas en la nueva habitación. Era tan grande como la última, pero estilizada en azul, cereza y dorado. No es que me importara una mierda la diferencia de colores.

Mi teléfono celular estaba en silencio. Desbloquéé la pantalla y fui directo a los mensajes. Le había enviado un mensaje a Smith hacía ya media hora, y aún no había recibido su respuesta. Estaba desaparecido en combate, y eso no era un buen presagio para la supuesta operación.

Mierda, la última vez que supe de él, había sido vago en el mejor de los casos. ¿Estaban teniendo problemas para encontrar a Pritchard?

Lia llamó a la puerta de la habitación y entró, sosteniendo su bolso a un lado. Incluso ahora, me sorprendió lo hermosa que era. Y fuerte. Había logrado lidiar con la mierda del gerente del hotel y había entregado una cantidad significativa de esfuerzo y paciencia.

—Bueno, definitivamente están desaparecidos —No se ha querido separar de mi lado desde el allanamiento—. Los anillos. La policía dice que no hay señales de ellos ahí dentro.

Me agarré la frente.

—Mierda. Esto es malo. Esos anillos estaban grabados, eran especiales. Victor me los dio con instrucciones de protegerlos con mi vida.

—No es tu culpa —dijo Lia. Pero lo era, aunque ella no tuviera ni idea.

—Este tipo de cosas pasan. Probablemente te vieron con los anillos, te siguieron y luego decidieron entrar por ellos.

Y abrir una caja fuerte. Por dos anillos.

—No importa cómo o por qué ocurrió, sólo que se ya no están ahí. Tengo que encontrarlos. O comprar otros nuevos.

—¿No hay vigilancia? —preguntó Lia—. Seguramente, el hotel tiene algunas imágenes de la cámara de quién podría haber hecho esto. ¿Alguien quizás entrando en el edificio?

—Le pregunté. Fueron cautelosos, pero me dijeron que no hay nada en este piso.

Apreté los dientes. Era una excusa poco convincente, y despertó mis sospechas. ¿Hasta qué punto Pritchard se había incrustado aquí? ¿Qué tan cerca estaba de los hombres que trabajaban en este hotel?

—Mierda —Lia tiró de su moño desordenado—. Mierda. Entonces tendrás que contarle a Víctor lo que pasó. Lo entenderá.

—Al carajo con eso. No necesita el estrés extra —Y yo tampoco.

—¿Qué vas a hacer?

Mi teléfono sonó, desbloqueé la pantalla y leí el mensaje.

Manténgase a la espera. En breve nos pondremos en contacto con usted. S.

Eso era todo. No había consuelo, joder, no era que lo necesitara, pero no había ninguna pista sobre lo que está pasando ahí fuera. O cómo Pritchard había entrado en mi habitación sin que el FBI lo supiera.

—¿Antuan? —Lia dio un paso al frente.

Apagué mi teléfono y lo metí en mi bolsillo, estudiando su cara. La ira de antes se había ido. No tenía nada más que preocupación, y hubiera sido entrañable si no hubiera sido una simple interferencia. Cuanto más tiempo pasaba conmigo, más cerca estaba del peligro.

—Voy a reemplazar los anillos —dije—. Tiene que haber un joyero por aquí que me ayude.

—¿Con tan poco tiempo de anticipación? ¿Qué hay de los grabados?

—El dinero habla —Me encogí de hombros y caminé hacia la puerta.

—Voy contigo.

—¿Qué hay de tu evento de damas de honor?

—Ese barco ha zarpado definitivamente. ¿Y estás bromeando? Esta es la excusa perfecta para saltarse eso.

Me detuve, con la mirada fija en sus labios, sus caderas, sus muslos.

Se aclaró la garganta.

—Está bien —dije—. Vamos a rodar.

TRECE

Lia

—¿Rodemos?

Me mantuve a su paso mientras entrábamos a una pequeña joyería en una pintoresca calle lateral pavimentada.

—No vas a superar eso, ¿verdad? —Preguntó Antuan, hombre muerto.

—Es que... sonabas como un Power Ranger. O como un periodista de antaño —Fingí tirar de un sombrero de fieltro y usé un acento fuerte—. Vamos a rodar, muñeca. Estamos a punto de hacer estallar todo este caso.

—Me alegra que tengas sentido del humor, dada la situación —Su voz temblaba con una risa apenas contenida—. Aunque dudo que te aprecien por ello aquí.

Me detuve en la puerta dorada que separaba el exterior de la joyería del interior. Una lámpara de araña proyectaba una luz resplandeciente sobre una rica alfombra granate. Los mostradores de nogal, rematados y cubiertos con vidrio, se extendían alrededor de los bordes de la habitación, y una isla central de vidrio exhibía una tiara de diamantes y una colección de collares que era apropiada para una verdadera reina.

—Uh, ¿Antuan?

—¿Sí? —Me miró, y mis entrañas se volvieron papilla y nervios de nuevo—. ¿No está esto un poco fuera del presupuesto?

—No quiero presumir aquí ni nada, pero ¿sabes quién soy? —Se rió.

Una garganta se aclaró y llamó nuestra atención detrás del mostrador.

—¿Puedo ayudarle? —El vendedor usaba bigote y un traje limpio, que combinaba con su acento francés.

—Sí —dijo Antuan, encendiendo el encanto del Rey—. Estamos en problemas, y pensamos que usted podría ser la mejor persona para ayudarnos.

—¿En serio? —Murmuré.

—Mira y aprende, preciosa —respondió Antuan.

Era tan natural, viniendo de él. Habíamos peleado, pero eso no había cambiado nada. Yo lo quería a él, él todavía me quería a mí, y todo el asunto seguía pareciendo imposible.

—Me temo que necesitaré más detalles que eso —dijo el asistente.

Antuan se pavoneó hacia adelante. Le seguí, realmente intrigada por verlo en acción.

—Mi nombre es Antuan Ford —dijo—. Podrías haber oído hablar de mí.

—No lo he hecho —contestó el hombre.

—¿Cómo te llamas? —Aporté mi granito de arena, tratando de suavizar el desajuste de ego entre ellos. El lugar olía ligeramente a perfume de lavanda—. Soy Lia.

—Pierre —contestó—. Este es un establecimiento exclusivo, madame. Si no va a comprar nada, tendré que pedirle que se marche.

No le impresionó mi vestido.

—Vamos a comprar —dijo Antuan, sonriendo—. Necesitamos anillos de boda. Anillos de boda grabados. Hoy.

El comportamiento de Pierre cambió inmediatamente. Una sonrisa se extendió por sus delgados labios, y abrió bien los brazos.

—Pero por supuesto. Por supuesto. París, como bien sabes, es la ciudad del amor.

—Entonces es el lugar perfecto para casarse —dijo Antuan—. ¿Quién lo hubiera pensado?

—¿Su prometida tiene alguna preferencia por el material del anillo? —Pierre asintió con la cabeza.

—Oh, no, no, no, no, no, no, no —Levanté las manos y las estreché frente a la cara del tipo—. No.

—Un no más y creeré que estás incómoda —Antuan me rodeó la cintura con su brazo y me tiró de él. Me acarició la mejilla con la punta de la nariz y plantó un suave beso allí—. Quiere decir que no, que no tiene preferencias. Pero yo sí.

—¿Sí, monsieur?

—Oro blanco —dijo.

—Ah, dame un momento. Creo que tengo algo que te quedaría bien en la parte de atrás —Pierre se inclinó y entró en una habitación trasera a través de una puerta de madera pulida.

—¿Qué estás haciendo? —siseé en el momento en que desapareció.

—Divirtiéndome. ¿Has oído hablar de eso, no? —Antuan no me había liberado—. Y me imagino que este imbécil será más susceptible a nuestros encantos si trabajamos juntos. Claramente es un escéptico.

—Creo que estaría bien si actuáramos, ya sabes, como dos personas que están comprando anillos para los novios.

—¿Porque los anillos fueron robados la semana antes de la boda? —preguntó Antuan.

—Eso suena creíble.

No me lo creía. Sin embargo, no me salí de su alcance. Se sentía bien tener su brazo alrededor de mí otra vez.

¿Qué es lo que te pasa?

—Victor enloquecería si nos viera así —susurré.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué jugar así? ¿Por qué molestarse?

—¿Siempre piensas tanto las cosas?

Agité la cabeza.

—Cuando se trata de ti, no puedo pensar en absoluto. Es molesto.

—Ídem.

—Entonces, ¿vamos a seguir haciéndolo?

Antuan abrió la boca para responder, pero Pierre se había materializado de nuevo, llevando una bandeja de anillos.

—Aquí están —dijo—. Dime lo que piensas. Podemos hacer que se los instalen de inmediato.

—Oh, no, no hay necesidad de eso —dijo Antuan.

Le di una mirada interrogativa. Los anillos tendrían que estar ajustados.

—Ya tengo nuestras tallas —contestó.

—¿En serio? —Susurré, mientras nos adelantábamos.

—Sí, cariño. ¿Te acuerdas? Yo fui el que se encargó de los primeros anillos —Antuan sonrió en mi dirección—. Lo tengo bajo control. Estos dos.

—Los señaló con el dedo. Él había visto los anillos, y yo no, así que sabía cuáles eran los más cercanos a los originales.

—¿Lo aprueba, señora? —Pierre me preguntó, directamente.

—Sí.

—Espera a la boda —Antuan me guiñó un ojo—. Pierre, ¿te importaría grabar esto?

—Por supuesto, no hay problema, señor. Puedo tenerlos listos en dos días.

—Los quiero en una hora —dijo Antuan—. Es increíblemente importante que los tenga lo antes posible. El dinero no es un problema.

—Monsieur, esto no será posible. El grabador...

—Una hora —Antuan sacó un bolígrafo de su bolsillo junto con una tarjeta de visita, y luego garabateó algo en él. La presionó sobre el escritorio—. Eso es para ti, si lo haces antes que eso.

Pierre dejó escapar un grito de asombro escandalizado.

—Lo tendré hecho a tiempo.

—Bien.

Antuan le dio a Pierre los detalles de los anillos, y ellos los tenían, afortunadamente, junto con los mensajes para los grabados. El francés había sido transformado por el número que había en la tarjeta. Era servil, se inclinaba y no paraba de ofrecer café y tartas azucaradas.

—Merci —dijo Antuan, en su dibujo americano—. Volveremos en una hora.

—¿Una hora? —pregunté, mientras Antuan me guiaba hacia la salida—. ¿Qué vamos a hacer durante una hora? —Un carrete de imágenes de lo más destacado de nuestros cuerpos sudorosos y agitados se proyectó en mi mente—. No quiero volver al hotel.

—No vamos a volver al hotel —dijo, mientras salíamos a la calle.

—¿Entonces a dónde?

—Un pequeño lugar cerca. Un café en la esquina con asientos afuera. Es lindo. Te va a encantar. Vamos.

Antuan tomó mi mano, y una vez más se sintió demasiado natural. Era como si así hubiera sido siempre. Como estaba destinado a ser.

No podría odiarlo como lo hice después de nuestra noche hace años. Era el mismo, pero había diferencias. Los tatuajes estaban ahí, pero la mierda del chico malo ya no estaba. Tenía el control y quería ayudar a Victor. Eso contaba mucho para mí.

En poco tiempo llegamos a un café, con un nombre francés que no podía pronunciar garabateado sobre el voladizo verde que abrigaba las mesas de afuera. Una colección de sillas de mimbre, tapizadas en tela, se extendía entre esas mesas, la mayoría ocupadas por personas que tomaban café, leían libros o periódicos o mantenían una conversación entusiasta.

Antuan me ofreció una silla y me senté. Y enseguida tomó lugar frente a mí.

—Bueno, esto es nuevo —dije—. Para nosotros. Nada de gritos. Y estamos bajo el sol.

—Un milagro —respondió Antuan, mientras un camarero nos traía los menús—. Dos cafés, por favor, directamente de la cafetera. ¿Tienes hambre? —me preguntó después de ordenar las bebidas.

—Uh, no realmente. Comí panqueques.

—Eso es mejor que mi tortilla —dijo, y se puso las manos detrás de la cabeza. Lo observé colocarse en posición de un hombre en control y relajado, aunque ninguno de nosotros debería haber llegado a ese punto.

Su cuarto de hotel había sido destrozado, los anillos robados, sin contar nuestra extraña no relación. No amor y odio, sino algo intermedio.

El camarero interrumpió mis pensamientos entregándonos dos cafés, con pintorescas galletas a los lados, en platillos. Tomé un sorbo y dejé que el aroma y la sensación del café me transportaran.

—Necesitaba esto —dije—. Tanto.

—Sí, tú y yo, ambos.

—Qué día. Los anillos, el pánico, la policía.

—Es un milagro que Victor no se enterara —respondió Antuan.

—Sí —Me callé. Los coches pasaban por la calle, la gente también, y me perdí en el flujo de movimiento de los mismos. Era diferente aquí. Los olores, los sonidos de la gente hablando en un idioma que no entendía pero que quería aprender, ahora. Era fácil olvidar que esto no era parte de un plan más grande para mí. El viaje a París era tiempo prestado.

Tal vez no sería tan malo pasar algo de tiempo con Antuan.

¿Te oyes a ti misma?

—¿Estás bien? —preguntó Antuan, ahora bebiendo de su taza—. ¿Perdida en el pensamiento?

—Sí, se podría decir que sí. Escucha, gracias por lo de hoy.

—¿Qué cosa acerca de hoy?

—Por lo que estás haciendo por Victor. Siempre ha sido la persona más importante de mi vida, y es bueno saber que lo apoyas. No eres tan imbécil como creía que eras.

Presionó una de esas enormes y placenteras manos hacia su pecho.

—Me siento honrado. El mayor cumplido que se me ha hecho nunca.

—Bien, bien, me retracto.

—No, estoy bromeando. Aprecio el sentimiento. Sé lo unidos que ustedes son. Mierda, siempre me pregunté por qué ustedes dos eran tan cercanos, si soy honesto.

Arrastré mis dientes sobre mi labio inferior. Nunca había hablado de esto con nadie antes, y era extrañamente impensable hacerlo con Antuan. Él nunca se había abierto a mí.

—Pasamos por muchas cosas.

Antuan no presionó el tema.

Lo agradecí, y continué.

—Cuando éramos más jóvenes, nuestros padres se peleaban mucho. Sé que sabes cómo es eso, pero fue duro para nosotros. No se separaron, se quedaron juntos y se olvidaron de nosotros. Es la mejor manera de decirlo —Giré mis ojos hacia el cielo, incluso cuando las lágrimas pinchaban las esquinas—. Tonto, ¿verdad? Pobre de mí. Tenía todo lo que necesitaba, padres ricos y un buen hogar. Buena escuela. Amigos. Pero sí, algunos de mis primeros recuerdos son de esa época, y de luchándolas constantes luchas. Y era un asco.

—Eso es duro.

Sorbí mi café y luego puse la taza sobre el mantel blanco. Una suave brisa rozó las flores del jarrón que había encima, y sus pétalos se movieron hacia mí, como si me animaran a continuar.

—Sí, recuerdo una vez que mi mamá trató de obligarme a ir de compras con ella. Debí tener unos siete u ocho años, y fue justo después de una de esas grandes peleas a gritos entre ellos. Me negué a ir. Me escapé y me escondí debajo de la casa.

—¿Debajo de la casa?

—Sí —me reí—. No fue mi mejor decisión, pero oye, yo era una niña. Lo hice para que nadie pudiera encontrarme. Vino la policía, la gente estaba enloqueciendo. Enviaron grupos de búsqueda —Vagos recuerdos de voces elevadas perseguían mis pensamientos—. Él me encontró. Victor Sabía dónde estaba cuando volvió de la escuela esa tarde. Fue directo debajo de la casa y me abrazó, y luego hablamos. Terminamos jugando un juego estúpido, no podemos recordar cuál, y eventualmente, salí de ahí abajo. Mi madre nunca intentó llevarme de compras otra vez.

—Suena como si tu madre fuera una imbécil —dijo—. Sin ofender.

—Oh, confía en mí, no me ofende. Ya ni siquiera hablo con ellos. Con ninguno de los dos —Agité la cabeza—. De todos modos, mis recuerdos de la infancia son más o menos eso. Un balance de Victor estando ahí para mí, protegiéndome, dándome consejos, y de mis padres peleando o dejándome sola en casa con una niñera —Me reí de mí misma otra vez—. Suena como

si estuviera diciendo que lo he pasado muy mal. En realidad, hay muchos chicos que lo pasaron peor que nosotros. Tuvimos suerte de haber sido sólo moderadamente jodidos por nuestros padres.

—Victor siempre ha sido el más cuerdo, ¿entonces?

—Hmm, te golpearía, pero apuesto a que eso está mal visto en los cafés franceses de lujo.

—Gracias a Dios por eso —Era tan genuino, incluso cuando se burlaba de mí.

No me extraña que me enamorara de él cuando era adolescente.

—Ahora que hemos disfrutado mi triste historia...

—Bueno, sabes que mis padres también eran muy malos. Al menos ellos se separaron.

Antuan se encogió de hombros, como si no hubiera nada más en su historia que eso. No habría anécdotas compartidas de su parte próximamente.

Eso era tan Antuan. No estaba dispuesto a mostrar debilidad, o al menos a discutir la realidad. Luché para creer que realmente estaba enamorada de él, aunque la atracción siempre hubiera estado ahí. Era como si lo conociera, pero no lo conocía en realidad. O mejor dicho, había llegado a conocer una imagen de él que había coloreado con expectativas. No era justo para ninguno de los dos.

—Me estás mirando fijamente —dijo—. Diría que mejor tomaras una foto, pero no soy fotogénico.

—Claro, porque una fotografía aquí luciría como un montón de mierda caliente y humeante —dije, un poco fuerte. Las ancianas de la mesa de al lado murmuraban en voz baja.

Antuan se rió.

—No puedo llevarte a ninguna otra parte —Revisó su reloj—. Sólo restan otros cuarenta y cinco minutos. ¿Qué te parece si pedimos el almuerzo? Estoy seguro de que hay algo en el menú que nos gustará. Nos mantendremos alejados de los caracoles —Hizo un gesto con la mano para que el camarero se acercara.

El tipo llegó a nuestra mesa en un instante, sonriendo jovialmente.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó, con el acento francés otra vez.

—¿Cuáles son las especiales de hoy?

—Tenemos un delicioso pato confitado con salsa de ciruela, también pata de cerdo en salmuera, vieiras, y Trotón.

—Lo siento, ¿qué dijiste? —Le pregunté.

Antuan parecía estar a punto de volver a reírse.

—Oui, madame. Trotón —El camarero imitó dedos que caminaban en el aire—. ¿Le apetece?

—Sólo dos especiales de pato —dijo Antuan. —Creo que la gentil constitución de la señora no soportaría demasiado el trotón. Podría no poder seguirle el trote.

—Genio de la comedia —siseé, mientras el camarero se apresuraba a servir nuestras órdenes.

—Cuidado —Antuan levantó su café, devorándome con una mirada—. O le volveré a llamar y cambiaré la orden.

—Eres un demonio de hombre.

—Oh, aún no has visto nada.

CATORCE

Antuan

Eran más de las seis de la tarde cuando volvimos al hotel. Teníamos que ir a cenar en dos horas, y no me interesaba ni un poco asistir. Había sido un día entero con Lia, y estaba muy animado para continuar con ese tema.

—Vuelve a mi habitación —le dije, sonriéndole—. No hemos terminado de hablar.

—¿De verdad? —preguntó Lia, mientras entrábamos juntos en el ascensor.

—Así es. No te morderé, lo prometo. A menos que quieras que lo haga.

Las puertas se cerraron deslizándose y me proporcionaron un reflejo deformado de nosotros, parados uno al lado del otro. Yo era mucho más alto que ella, pero nuestros cuerpos hacían juego. Su pequeña y curvilínea figura estaba ahí a mi lado. Desearía arrancarle ese lindo vestido y hacerla mía de nuevo.

¿Perder el control? ¿Olvidar quién eres? ¿Olvidar lo que está en juego? ¿Qué tan cerca está del peligro por tu culpa?

Era egoísta de mi parte desearla. El hecho es que Pritchard me había seguido a Francia. Todos en esta boda ahora estaban en peligro. Arrugué la frente ante el recordatorio de la realidad y saqué el teléfono de mi bolsillo. Lo desbloqueé y comprobé si había mensajes o llamadas perdidas, pero no había nada.

¿Por qué no me había contactado Smith? ¿Por qué me dejaba aquí en la oscuridad cuando parecía que, bueno, mierda, como si una sogá estuviera a punto de cerrarse alrededor de mi cuello?

—Me parece que ya tienes bastante en la cabeza —dijo Lia.

Me encogí de hombros y guardé el teléfono.

—Sólo cosas de negocios —Técnicamente eso era cierto. Pero técnicamente, eso era mentira. Al carajo, no podía decirle nada sin comprometer lo que tenía que pasar ahora. El plan. Joder, el plan—. Hablaremos. No hemos resuelto nada, sabes.

—Sí —dijo, mientras las puertas del ascensor se abrían hacia el cuarto piso del hotel—. Pero tal vez es porque nos esforzamos demasiado.

Salí a la alfombra marrón. Las lámparas de araña iluminaban el papel decorativo y las puertas de madera.

—Entonces hablaremos de otra cosa. Al carajo, pediremos pizza.

—No puedo comer pizza. Creo que Melissa perderá su mierda si me pierdo otro de los eventos programados. Soy la dama de honor.

—Luego café. Pediremos servicio a la habitación.

Lia se masticó la comisura del labio.

—Vamos —le dije y le ofrecí un guiño—. Mantendremos una zona segura de distancia entre nosotros.

—Al menos dos pies.

Lia salió del ascensor y las puertas se cerraron detrás de ella con cierta firmeza.

—Trato hecho.

Caminamos juntos a mi cuarto y yo esperaba encontrar la puerta abierta y el lugar destrozado otra vez. Pero estaba bien cerrado, y pasé mi tarjeta de acceso para entrar. Todo estaba en su lugar. Caminé hacia la caja fuerte, ingresé el código, y luego puse los anillos grabados dentro.

—Ahí —dije—. A salvo.

—Gracias a Dios —Lia agitó la cabeza—. Me alegro de que el día de hoy ya casi haya terminado. Ha sido una locura.

—Loco, ¿eh? Me divertí.

—Yo también. No debí hacerlo, pero lo hice.

—Ay —dije—. Estoy herido.

—No, no lo estás —Me dio una palmada en el hombro.

—¿Sabes? Cruzaste la zona de separación de dos pies. Debería haber un castigo por eso.

Lia dio unos pasos hacia atrás y se cruzó de brazos, protegiéndose de mí. De mis ojos. De mi deseo por ella. Sí, estaba de vuelta. La quería como nunca había querido a nadie antes, y no podía tenerla.

Había algo sobre eso que me enloquecía. Un desafío: no ser capaz de tomar lo que quería, aunque la persona que yo quería me deseara tanto.

Un silencio, cargado de esa intención, nos separó.

Lo rompí caminando hacia la puerta y cerrándola. Se bloqueó automáticamente.

—Ahí —dije—. Ahora puedes dejar de preocuparte de que uno de los otros nos vea.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque a mí también me preocupa. Victor.

—Realmente no confía en ti.

—No, él lo hace. Él confía en mí. También cree que me conoce —le dije—. Escuchaste esa charla sobre mi alergia al compromiso esta mañana.

—Sí.

—Por eso —Y había más que eso. La promesa. Joder, esa maldita promesa que había roto dos veces y que desesperadamente quería romper de nuevo.

Lia caminó a través de la suite, pasando por el sofá color cerceta, y hacia las gruesas cortinas decorativas que se abrían frente a la puerta de cristal del balcón.

—Es hermoso aquí —dijo—. París. La Torre Eiffel. Pensé que si alguna vez venía aquí sería porque lo había logrado. En vez de eso, estoy aquí tratando de resistirme... —se cortó.

—¿Resistirte a mí? —Caminé hacia ella, admirando una vez más nuestros reflejos juntos. Evité poner mis manos sobre sus hombros, aunque quisiera hacerlo.

Lia inclinó la cabeza y su mirada se perdió sobre la vista de las brillantes luces de la ciudad.

—Así que eres alérgico al compromiso —dijo—. ¿No has tenido ninguna cita recientemente?

Sentí el plomo en mi estómago. Estaba tan cerca de decirle lo que estaba pasando. Pero no podía mentir. Una cosa era omitir la verdad porque la protegería, y otra totalmente mentirle en la cara. Era un imbécil, pero era un imbécil honesto.

—Sí, lo he hecho —dije.

La mirada de Lia se levantó y se fijó en mi reflejo.

—¿Entonces por qué...?

—No funcionó. Ella no era buena para mí. Lo intenté, Lia. Quise que las cosas funcionaran con alguien, pero me di cuenta de que las relaciones no son para mí. Estoy muy ocupado.

Ella tragó, audiblemente.

—Sí. Sí, es lo mismo para mí. Cometí el error de seguir adelante con uno cuando debería haberme concentrado en mis objetivos, y mira dónde me ha llevado eso.

—A una habitación de París conmigo. El imbécil que te quitó la virginidad y te dejó en la estacada.

—Bastante elocuente.

—Nunca quise lastimarte —dije—. Fue algo fatal para ambos. Me disculpé. Todavía odio lo que hice, pero reconozco que es una parte de mí mismo que no puedo superar. Tengo demasiado miedo de arruinarlo todo. Tengo miedo de que pueda terminar en una relación, casado, con un hijo y hacer lo que hicieron mis padres.

—¿Te das cuenta de que tienes el control de tu propia vida, cuerpo y mente? —Lia levantó los ojos y volvió a mirar mi reflejo.

Yo estaba a una pulgada de ella, al diablo con la regla de los dos pies, y así me sentí tentado a apoyar mis manos en sus hombros.

Sólo con ese toque sería suficiente.

—No eres la misma persona que tus padres, y no puedes usar eso como excusa —continuó.

—No lo estoy haciendo. Estoy reconociendo qué tan jodido estoy —Me reí suavemente, dirigiendo mi aliento hacia su cuello. La piel de gallina se fue extendiendo sobre ella—. ¿Intentas convencerme de que debo tener una relación? ¿Es eso lo que quieres? ¿Verme feliz con otra persona?

—No —dijo en voz baja—. Eso no es lo que quiero.

—Sabes que nunca podríamos estar juntos. Eso es imposible. Tu hermano, nuestro pasado combinado, tus sueños, mi negocio. ¿Cómo funcionaría eso?

—No lo sé. No dije que quisiera eso.

—Pero puedo verlo en tu cara.

—Entonces necesitas que te revisen los ojos —dijo con rigidez—. Te dije que estoy concentrada en mi carrera. No voy a ser esa mujer débil que tira todo por la borda por un tipo que no la trata bien. Al menos no otra vez.

—Te vas a enamorar de mí si esto continúa.

—Nada continúa. ¿Y te oyes a ti mismo? Eres tan arrogante. No has cambiado.

Las palabras salieron fáciles de sus labios. Al menos podía decir lo que sentía.

—Yo también me enamoraré de ti —dije, y fue un shock para mi sistema. Era una confesión. Sonaba como si... ya estuviera acabado.

Lia se mantuvo callada.

Se puso tiesa en cuanto lo dije.

Alisé mis manos sobre sus hombros.

—Eso no es lo que quieres, ¿verdad? Sabes que si nos enamoramos el uno del otro, sólo terminaremos heridos. Estaremos realmente jodidos.

Unas cuantas respiraciones después, su mano cayó en la manija de la puerta, la abrió, y caminó hacia la barandilla.

—Necesito aire.

Esperé un segundo, incómodo por lo duro que estaba por ella. No habíamos hecho más que hablar, pero la excitación me envolvía, y no podía deshacerme de ella mientras estuviera cerca de Lia. Tenía un aura que encajaba perfectamente con la mía.

—Yo también —Pero por “aire” me refería a “ella”.

La seguí hasta el balcón y me paré detrás de ella otra vez. Coloqué mis manos sobre las suyas en la barandilla y las apreté ligeramente.

—Creo que si lo hacemos una vez más podemos deshacernos de esto. ¿Estás de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo —contestó, pero presionó su trasero hacia atrás, sobre de mi entrepierna—. Siempre queremos hacer esto.

Los sonidos de la ciudad llegaban hasta nosotros, los coches pasaban iluminando las calles, el lejano parloteo de risas desde algún lugar de abajo se escuchaba, y las vistas se combinan. No podía oler nada más que a ella: un aroma floral, dulce, pero con un toque personal que sólo su piel aportaba.

—Sabes, esto es indecencia pública —le dije, mientras ella golpeaba su trasero contra mi pene—. Si nos descubren aquí, nos meterán a los dos en la cárcel.

—No me importa —Las palabras fueron apenas audibles por encima de la bocina de un coche—. Lo quiero. Te quiero a ti.

—No tengo condón.

—Estoy tomando la píldora —contestó—. ¿Limpio?

—Nunca lo he hecho sin un condón antes —Mi pene palpitaba—. Jesús.

—¿No lo has hecho?

—No. Y me han puesto a prueba.

—Esta es la charla más sexy de la historia —susurró por encima de su hombro, encontrando su mirada con la mía.

Maldición, era preciosa. Su cabello se salía ligeramente de su moño, y sus mejillas se habían ruborizado. Apretó más la barandilla y empujó su trasero contra mí, rozó la separación de sus

glúteos sobre el contorno de mi pene.

—Entremos.

—No —dijo ella—. Lo quiero aquí afuera. Lo quiero rápido y duro. Lo quiero con la vista de París debajo de mí. Quiero que el maldito universo sea testigo de mi locura. Tal vez el pensamiento me detenga la próxima vez.

—Hablo en serio sobre que eso es ilegal —Pero me dejó sin aliento y no pude insistir. Era buena en esto. Mi pene estaba tan duro que dolía—. Al carajo —Levanté un poco la parte de atrás de su vestido y gruñí al ver sus bragas ya empapadas por mí—. Mierda. Joder.

—Ahora —jadeó.

Me bajé los pantalones y saqué mi pene. Estábamos mojados el uno por el otro.

—Por favor. No puedo esperar más.

El aire de la noche se sentía frío sobre mi erección ahora expuesta. La excusa perfecta para enterrarla dentro de ella.

La presioné contra sus labios, luego le quité las manos de encima y puse una en su cadera y la otra en la base de mi pene.

—Antuan. Quiero que me hagas llegar.

Me enterré en ella hasta la empuñadura y gruñí. Su sexo se sentía cálido y húmedo, además del placer un millón de veces mayor al entrar sin condón.

—Oh, joder —gruñí—. Esto va a ser rápido.

—Bien. Hazlo. No me importa. Cógeme duro.

Hice lo que ella me pidió, presionando un dedo en su clítoris y trabajándolo al mismo tiempo. Cada empuje traía una ola de placer vertiginoso, un jadeo de ella, una vista de su cuello, el suave contorno de su espalda, sus nalgas presionando contra el lino de mis pantalones.

Vi su vagina deslizarse arriba y abajo de mi pene, y escuché la humedad hacer esos ruidos irresistibles.

—Voy a llegar —dije.

—Yo también. Antuan. Oh, Dios, Antuan... —Se puso tensa a mi alrededor, y su cavidad se apretó y se soltó repetidas veces, dándome un masaje hasta llevarme hasta el clímax—. Lléname —gimió.

Mi pene pulsó dentro de ella, vaciándome en cuatro poderosos empujones.

Tardé un minuto en bajar de la cima de mi climax. Lo saqué lentamente y luego le subí las

bragas y le enderecé el vestido. Guardé mi pene y me subí la cremallera.

Poco a poco, le puse mis brazos alrededor de la cintura y la sostuve con fuerza.

—Gracias —dijo ella.

Abrí la boca, pero un golpe en la puerta hizo añicos el agradable pensamiento que habría sido mi respuesta.

QUINCE

Lia

—¡MIERDA! —Me escapé de las garras de Antuan—. Oh, mierda, mierda. ¿Y si ese es Victor?

—Joder —dijo Antuan, ni siquiera tratando de hacer de las suyas—. Vamos.

Levantó una mano, mientras el golpe volvía a sonar.

—¿Estás loco?

—Puedes esconderte en el baño.

—La cosa más romántica que alguien me ha dicho.

Pero yo tenía que estar de acuerdo con él aquí. Lo último que necesitábamos era que Victor nos encontrara juntos. O Melissa si al caso vamos. ¿Qué diablos pensarían?

Lo peor.

Nos apresuramos a entrar en la habitación cuando volvieron a llamar, entré en el baño de la suite y cerré la puerta detrás de mí. Me paré frente al espejo tratando de sentir vergüenza, a pesar de que mi vagina estaba muy adolorida y satisfecha.

Era una lucha odiar lo que había pasado, aunque estaba claro que habíamos cometido un error, otra vez.

El estruendo de las voces trajo una ola de miedo en mi pecho. Me acerqué de puntillas a la puerta del baño y presioné mi oreja contra ella.

—...No la he visto.

—¿Estás seguro? Porque se perdió la charla de las chicas esta mañana. Eso fue muy importante para mí, y me dejó un poco preocupada. Antuan, quiero que todos se lleven bien en la boda, y Lia, ya sabes cómo es.

—No, no lo sé.

—Ella es diferente de las otras mujeres. En el buen sentido. Es parte de la razón por la que me gusta tanto tenerla cerca.

Era la voz de Melissa.

No de Victor, pero casi igual de malo.

—No puedo ayudarte, Mely, lo siento —dijo Antuan, y su tono me pareció incómodo.

—Bien —Melissa suspiró apenas audiblemente a través de la puerta del baño—. Bien, pero si la ves, dile que venga a verme... Cenaremos en Le Cinq, sólo las chicas, en media hora.

—Dudo que la vea, pero seguro. Si lo hago, se lo diré. Cuídate, Mely.

—Sí, tú también. Oh, ¿y Victor te preguntó si podías ir a hablar con él? Algo sobre gemelos.

Estaba murmurando.

—Claro.

La puerta se cerró con un clic.

Esperé.

No estaba dispuesta a salir corriendo del baño y estropear todo por la posibilidad de que Mely no se hubiera ido todavía de la habitación.

Golpearon la puerta del baño.

La abrí y miré a Antuan.

—Buena idea lo de esconderse en el baño —susurré.

—¿Escuchaste eso?

—Claro que sí, escuché todo.

—Cena en Le Cinq con las chicas. Tienes media hora para limpiarte y salir.

—Limpiarme —dije—. No creo que vuelva a estar limpia nunca más. Tendría que lavarme en una de esas salas de descontaminación —El hecho de que Mely hubiera estado allí era el recordatorio perfecto del hecho de que lo que habíamos compartido Antuan y yo era una completa abominación. Palabras fuertes, pero aún así.

—Sal de ahí —dijo.

Salí y me sonrió.

—Oh no —Levanté un dedo—. No me mires así. Fueron tu aspecto y tus suaves palabras los que nos pusieron en esta posición.

—Estás exagerando.

—Amigo, me escondí en tu baño. Ni siquiera puedo lidiar con lo tontos que parecemos ahora mismo —Pasé junto a él, pero me sujetó del brazo y me hizo girar para encontrarlo de frente en un

abrazo.

—Aún no te vas.

Bajó sus labios a los míos y me reclamó con otro de esos dulces y cálidos besos.

Me fundí en él, tratando de tensarme contra la presión pero fallando miserablemente. Para cuando se marchó, yo estaba sin aliento.

—¿Qué demonios?

—Ahora puedes irte. Y no olvides lo de esta noche —Me apretó el trasero con firmeza—. Yo no lo haré. Y quiero esto de nuevo.

—Esa no es la mejor idea.

—No, no lo es, pero maldición, necesito más de ti ahora, Lia. Ahora que hemos empezado, no creo que pueda parar.

—Bueno, vamos a tener que encontrar una manera.

Pero lo besé de nuevo, perdida en lo prohibido que era esto. En lo bien que se sentía.

Finalmente, nos separamos, y levanté mi bolso corriendo hacia la puerta. Salí al pasillo, luego caminé hasta el ascensor y presioné el botón. Necesitaba subir a ducharme, o comprobar que tenía un cerebro en mi estúpida, estúpida cabeza.

Es tan asombroso. Tan tóxico. Y desconocido.

El viaje a mi habitación fue borroso, pero llegué a la cama y me dejé caer sobre ella, presionando ambas manos contra mi frente.

—Piensa —susurré—. Piensa.

Tenía pensamientos entrelazados con imágenes. No había nada cohesivo ni bien orientado en mi interior. Sólo un abismo sin soluciones.

Mi teléfono sonó en mi bolso, sobre la cama de al lado. Lo levanté y contesté.

—¿Hola? —Fuertes respiraciones se escucharon en la línea.

—Uh? ¿Hola?

Nada. Y luego la persona misteriosa se desconectó.

—¿Qué demonios? —Levanté el teléfono y miré fijamente a la pantalla. Era un número que no reconocí. Probablemente francés. La tarjeta SIM que había comprado en el aeropuerto era principalmente para llamar a mi mejor amiga en casa. O que ella me contactara a mí. Nadie más tenía el número.

Abrí los contactos en el teléfono, marqué el número de Flor y luego llevé el celular en mi oído.

—Hola —dijo Flor, entusiasmada—. Ahí estás.

—Aquí estoy.

—Uh oh, ¿qué pasa?

—Me conoces demasiado bien.

Las palabras cayeron de mis labios, y se las arrojé a Flor. Fue algo egoísta de mi parte, pero necesitaba a alguien que escuchara lo que tenía que decir y que entendiera lo mal que había actuado.

Flor se quedó callada después de que terminé mi historia.

—Vaya —dijo ella, por fin—. Wow. OK. Mierda. Eso es intenso.

—¿Qué debería hacer?

—¿Desde cuándo pides consejo? —Flor contraatacó—. Tú eres la que me pateas el trasero cuando cometo errores tontos sobre hombres.

—Sí, y a mí también me robó mi canción un tipo llamado Franco. Franco. Por el amor de Dios. ¿Qué clase de persona deja que un Franco se aproveche de ella?

—Estás siendo demasiado dura contigo misma. Como de costumbre.

—No, creo que está justificado esta vez. Lo he estropeado todo.

—Claramente te gusta este tipo. Es el mismo de tu primera vez, y tú estás...

—Estoy loca. Eso es todo. Ha invadido mi mente.

—Parece que también ha invadido otras partes de ti.

—Eso es útil —le contesté, agitando la palma de la mano y moviendo la cabeza—. Y ahora tengo que ir a cenar con Melissa y fingir que todo está bien. Que no me odio a mí misma en silencio.

Tuvimos otro momento de silencio y escuché el tictac del reloj en mi mesita de noche.

—¿Estás ahí? —pregunté.

Flor se rió.

—Sí, estoy aquí. Me pregunto...

—¿Qué?

—Ustedes han hablado de que esto no puede suceder, pero todavía van a por ello —dijo Flor—. Y yo te conozco, Lia. Eres tan terca como un demonio. Cuando pones tu mente en algo, lo consigues.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que significa que, si realmente quisieras evitar a este tipo y no estar con él, lo harías sin problemas. Me parece que ya estás demasiado metida y lo sabes. Todo lo que te queda por decidir es si estás dispuesta a recibir el golpe cuando este tipo finalmente te rompa el corazón.

Era una dura verdad.

Flor continuó.

—Porque te va a romper el corazón. Si lo que has dicho es cierto, ha dejado bien claro que no quiere tener una relación. En mi experiencia, nada puede hacer cambiar de opinión a un hombre. Si no está dispuesto a comprometerse, entonces no lo está y punto.

—Seguro que sabes cómo patearme el trasero.

—Bueno, lo necesitas. Puede que estés dispuesta a hacerte daño con este tipo, pero no voy a dejar que vuelva a pasar. Te mereces algo mejor que eso, Lia —Flor se detuvo—. Sé que es duro para ti oírlo, pero tienes que volver a la Tierra. No podías confiar en este tipo en un comienzo, así que ¿cómo sabes que puedes confiar en él ahora?

—No se trata de confianza. Se trata de... que yo estoy demasiado metida.

—Sácate de ahí tú misma. No dejes que se te meta en la cabeza. No dejes que te robe el corazón otra vez. Dijiste que querías centrarte en tu carrera, hazlo. Hazlo, Lia.

—Gracias —dije.

Ella tenía razón. Me gustaba demasiado Antuan. Estaba demasiado emocionada al respecto, y deseaba que eso fuera mentira. Una mentira que me había dicho sobre él. Él no quería estar conmigo, y ambos sabíamos que nunca podría funcionar, pero en el momento en que nos tocábamos, nos besábamos, follábamos, perdía la pista de eso, y una pequeña parte de mí creía que podría suceder algo bueno entre nosotros.

Era un núcleo de esperanza que había guardado en mi pecho durante años. Y tenía que aplastarlo.

—Tienes razón —dije—. Tienes razón, Kath.

—Para eso estoy aquí. Sabes cuánto me gusta tener razón —Se rió.

—Muy bien. Basta de hablar de mí —Me senté, moviendo la cabeza para despejar la mierda

que cruzaba mi mente—. Háblame de tu obra antes de tener que irme a la cena. Dame algo de qué reírme.

—Bien, ¿recuerdas al suplente Georgie?

—Oh sí, claro. ¿Para Romeo?

—Correcto. Bueno, hoy se ha mojado los pantalones en el escenario.

—¡¿Qué?!

Flor se echó a reír a carcajadas y se adentró en su relato, y lentamente, muy lentamente, pero muy lentamente, los pensamientos sobre Antuan se disiparon, y mi mente se despejó.

DIECISÉIS

Antuan

—Siento como si hubieras estado desaparecido los últimos días —dijo Víctor—. Te veo en las comidas, pero mierda, apenas pasamos tiempo juntos.

—Tiempo de hermanos, ¿eh? —Le di la caja de terciopelo negro que contenía los anillos. Los ladrones no la habían tocado, aunque había estado a la vista en mi tocador en el momento del robo.

—Sí, tiempo de hermanos. Ni siquiera salimos bien en la despedida de soltero —dijo Víctor y abrió la caja. Comprobó los anillos, sacando uno de ellos del cojín de terciopelo y escudriñándolo—. Es como si me estuvieras evitando.

—Creo que necesitas acostarte con alguien —le dije—. Suenas cada vez más como Melissa. Es como si la necesitaras para equilibrarte.

—Hablo en serio.

—Apenas hubo tiempo para pasar juntos la otra noche, Víctor. En cuanto llegamos, los tequilas ya estaban alineados en la barra. Fantástica interpretación de *Gangster's Paradise*, por cierto —Le dibujé una sonrisa comemierda—. Entonces, ¿cuáles son tus planes para la noche?

Victor cerró la caja y me hizo una seña.

—Gracias por esto —dijo, y se acercó al tocador—. No lo sé. Las chicas están cenando solas. Los chicos quieren salir y embriagarse de nuevo.

—Pero no sabes.

—No, no lo sé. He terminado con la bebida por ahora. Quiero llegar a la parte de la boda donde estoy de vacaciones y disfruto la luna de miel —se dejó caer sobre la cama—. Estar separado de Mely me está volviendo loco.

—Puedo imaginarlo.

Se pasó los dedos por el cabello.

—Joder, ni siquiera sé qué hacer conmigo mismo. Parece muy feliz, ¿no? Tiene a sus amigas, y está disfrutando de París.

—¿Pero tú no lo estás?

—Lo estoy. Mierda, supongo que no soy exactamente del tipo que disfruta mucho de las vacaciones. Sabes que lo mío es el trabajo. Tú y yo somos iguales —dijo Víctor.

—¿Quieres ir a comer algo? Podemos comer pommes frites.

—Mátame ahora.

—Son patatas fritas —dije, y me reí de la expresión de su cara—. Puedo decir que no vienes aquí por negocios a menudo.

—Eso suena bien, en realidad —dudó, sin embargo, miró alrededor de su habitación de hotel. Era una de las suites grandes, tan lujosas como las otras, pero decorada en oro y blanco—. Tenía la intención de hablarte de algo.

—Dispara —dije, y me senté en el sofá. Me incliné hacia atrás, y apoyé los pies en el otomano—. Soy todo oídos.

—Es sobre Lia.

Apenas mantuve un tic a raya al escuchar su nombre.

—Y crees que puedo ayudarte, ¿porque...?

—Porque eres mi amigo. Y porque si viene de ti, puede que ella no se asuste por ello.

—¿Si viene de mí? —pregunté. Jesús, no podía hablar con Lia sobre ninguna mierda sin que mi mente retorcida hiciera de las suyas.

Victor se levantó de la cama y caminó hasta el final de la habitación y luego de nuevo hacia atrás, con las manos detrás de de su espalda.

—Está decidida a hacer esto.

—¿Qué cosa?

—Seguir su ridícula carrera como cantante. No está ni cerca de tener éxito, e insiste en continuar con su ilusión. No puedo aprobarlo....

—Victor —lo interrumpí—. Es su vida, no la tuya. No tienes que decidir eso por ella.

—Pero debería decidirlo. Ella es mi hermana. Ella... hemos sido unidos desde que éramos pequeños. La cuidé entonces, y tengo que cuidarla ahora.

—Amigo —Hice un gesto levantando las palmas de mis manos—. Estás demasiado preocupado por ella. Está bien por su cuenta. Ella es una adulta. Estoy seguro de que si necesitara tu ayuda, te lo pediría. Pero ella no necesita tu ayuda. Necesita distancia, que la dejen sola para hacer lo que tiene que hacer.

Victor entrecerró los ojos hacia mí.

—¿Y tú eres un experto en lo que ella necesita?

Joder, puede que haya ido demasiado lejos.

—No. Pero como un adulto completamente funcional e independiente, puedo entender lo frustrante que sería tener a alguien interfiriendo en mi vida. Lo intento, al menos.

Esnifé. Eso nunca pasaría.

—Sí, ella es así, pero también es mi hermana. Y es muy testaruda. No aceptará mi ayuda, y está sucediendo algo que no me está contando. Me está evitando, y nunca hace eso. Ya sabes lo cercanos que somos.

Exhalé lentamente.

Mantén la calma. No arruines esto.

—Amigo, ¿qué puedo decirte? Tu hermana es una mujer adulta, y hace lo que quiere hacer. Si tuviera respuestas, te las daría, pero no las tengo. Mi sugerencia es que la dejes hacer lo que ella quiera hacer.

—¿Cómo puedo?

—Puedes porque tienes cosas más importantes en las que concentrarte —Finalmente me levanté de mi silla, me movilicé hacia él y detuve su incesante caminar sujetándolo por los hombros—. El hecho es que estás a punto de casarte, Victor. Tu vida está a punto de cambiar drásticamente. Pronto, puede que tengas hijos, ¿y luego qué? ¿Vas a dejar todo para perseguir a Lia y decirle qué debe hacer con su vida? Ya no es una niña.

Victor palideció un poco.

—Joder. Oh mierda, no lo había pensado de esa manera.

—Tranquilo, tigre.

—Tengo que sentarme.

Llevé a mi amigo a una silla y se hundió en ella.

—Mierda, eso es....bueno, mierda. No lo había pensado así. No me di cuenta —Se pasó los dedos por el cabello una y otra vez, hasta que se le paró de puntas—. Esto es enorme. Es un gran cambio.

—Eso ya debías saberlo. Me imagino que es por eso que estás tan asustado por Lia —Lo que no me ayudaba, ya que definitivamente no estaba en la lista de *tipos aceptables para Lia* según su opinión. O en la de ella, en realidad.

—Tal vez —dijo—. Mierda, necesito recostarme —Cayó de espaldas en la silla y cerró los ojos por un minuto—. Joder.

—¿Quieres que vuelva más tarde? Podemos comer algo.

—Sí, sí, eso estaría bien —dijo distraídamente—. Eso sería bueno.

Me levanté, salí de la habitación, y cerré la puerta silenciosamente detrás de mí. Una vez fuera del lugar, dejé escapar largo suspiro de alivio.

Esto era una mierda. Toda la situación era una cagada, y todo por mi culpa.

El teléfono sonó en mi bolsillo. Lo saqué, abrí la pantalla y me puse en camino hacia el ascensor. Necesitaba tomar un descanso de esta mierda, tal vez relajarme en mi habitación por un tiempo o salir a caminar.

Había recibido un mensaje.

Era de un número anónimo.

Sé lo que has estado haciendo. Su nombre es Lia. Has hecho cosas con ella que no debías. Si no te alejas de ella ahora mismo, tendrás un infierno que pagar, y ambos estarán acabados.

Se me enfriaron las entrañas. Debajo de las líneas del texto, se había adjuntado un enlace. Lo seleccioné con el pulgar.

Se abrió una página web. Un reproductor de video.

Y ahí estaba ella en la pantalla, balanceándose de lado a lado mientras cantaba *Tougher than the Rest*. Había sido grabado desde el backstage, y mientras la cámara la grababa, me vi en la parte de atrás del restaurante mirando a Lia en el escenario.

—Mierda —murmuré.

Tenía que ser Pritchard. Estaba aquí, en el hotel. Joder, ¿estaba tan loco como para haber entrado él mismo en la habitación? ¿En vez de enviar a sus matones?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Corté el video y volví al mensaje. Me había quedado en el pasillo fuera de la habitación de Víctor, pero no me importaba. Esto era demasiado. Había ido demasiado lejos, y era mi maldita culpa.

Le reenvié el mensaje a Smith, luego marqué su número y llevé el teléfono a mi oído. Sonó incesantemente. Cuanto más tiempo sonaba, mi enojo y mi ansiedad se disparaban. La llamada fue al buzón, sin respuesta.

—Joder —gruñí—. Mierda. ¿Dónde estás?

El teléfono sonó en mi mano, mostrando el número de Smith en la pantalla, y enseguida contesté.

—¿Dónde has estado? —gruñí—. ¿Qué demonios está pasando?

—Por favor, Sr. Ford, mantenga la calma. Todo está bajo control.

—Como el infierno que es. ¿Viste el mensaje que te envié?

—Sí, lo recibí, y entiendo su preocupación. Que no cunda el pánico. Tenemos todo bajo control.

—¿Cómo? —pregunté—. No me has dado información sobre lo que estás planeando o cómo eso me puede afectar.

—Seguimos colocando a la gente en posición y haciendo reconocimiento —La voz de Smith sonaba reacia—. Una vez que tengamos una comprensión más firme de los movimientos de Pritchard...

—¿Estás bromeando? ¿Eso es lo que me estás diciendo? No tienes un plan. Estás improvisando, mientras yo recibo mensajes amenazantes y acaban con mi habitación. ¿Qué vas a hacer al respecto? Me pediste ayuda y yo acepté, pero no acepté esta mierda.

—Por favor, cálmese, Sr. Ford. Todo está siendo manejado por profesionales.

—Más vale que así sea.

—Las amenazas no lo ayudarán, Sr. Ford. Ahora, le aconsejo que mantenga un perfil bajo. Aléjese de la mujer en cuestión y...

—No estarás sugiriendo en serio que haga lo que él quiere. Estoy en una boda. No puedo alejarme de nadie.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. ¿Smith o alguno de los otros agentes con los que trabajaba tenían idea de lo que estaban haciendo?

—Estaré en contacto pronto, Sr. Ford. Mantenga los ojos abiertos.

Y luego colgó.

Me colgó, joder. Me picaba el dedo por llamarlo de vuelta y gritarle, pero eso no sería de ayuda. No tenían ni idea.

Lia.

Salí por el pasillo, presioné el botón del ascensor y golpeé mi talón con impaciencia.

—Abre, hijo de puta. Abre.

Si él hubiera llegado a ella primero, si estuviera en peligro... nunca me lo perdonaría.

Las puertas se abrieron, y presioné el botón del quinto piso. El viaje fue doloroso. Corrí por el pasillo y patiné hasta su puerta. Golpeé mis puños contra ella, maldiciendo mentalmente para que se abriera.

Pero no lo hizo.

—¿Lia? —llamé a la puerta—. Lia, ¿estás ahí?

—¡Oye! —gritó un tipo desde el final del pasillo—. ¿Puedes callarte, por favor? Estás haciendo mucho ruido.

Me giré en el acto y miré fijamente a ese cabrón. Me echó un vistazo a la cara, que tenía que parecer a algo salido directamente del infierno, y entró de vuelta en su habitación.

Volví a girar hacia la puerta de Lia y levanté el puño. Pero no sirvió de nada. No estaba en la maldita habitación. Había ido a esa cena.

Pritchard podría haberla seguido allí. Podría fácilmente encontrarla y llevársela.

Corrí de nuevo hacia el ascensor, apreté el botón y rechiné los dientes al tener que esperar a que se abrieran las puertas. Lo hicieron, y revelaron a Víctor, que me levantó las cejas.

—Oye —dijo—. ¿Qué demonios? ¿Estás bien?

—Bien. Sólo, uh, tuve una llamada de negocios.

—Oh, bueno, estoy listo para salir a comer algo. Vamos, hombre.

No podía decir que no. No podía regalar el juego y ponerlo en peligro a él también. Pero Lia... Tenía que llegar a ella antes de que fuera demasiado tarde.

DIECISIETE

Lia

Me tambaleaba un poco mientras caminaba por el vestíbulo del hotel, bajo las brillantes lámparas de araña. Nos quedamos mucho tiempo en el restaurante, y por primera vez, me llevé bien con todas las chicas. Bromeé, reí, y disfruté de sus compañías. Aparte de Trisha, por supuesto. Que seguía furiosa por haber sido rechazada por Antuan delante de mí.

—Buenas noches —le dije al tipo detrás de la recepción.

Me saludó alegremente y me contestó en francés. Pero yo estaba demasiado cansada para registrar sus palabras. Presioné el botón del ascensor, luego esperé, sacando el teléfono de mi bolso para comprobar la hora. Eran más de las once y estaba llena, cansada, y lista para mi cama.

Y para olvidar a Antuan y las complicaciones de quererlo.

Las puertas del ascensor se abrieron deslizándose y revelaron el brillante interior a una mujer que esperaba de pie. Llevaba el cabello rubio platino y un lápiz labial que haría sonrojar a una stripper.

Me miró fijamente, con los ojos estrechos.

Ella me resultaba familiar, pero yo estaba demasiado cansada como para molestarme en tratar de ubicar dónde la había visto antes. Asentí con la cabeza y sonreí mientras entraba, luego golpeé el número de mi piso y retrocedí.

Las puertas se cerraron.

La mujer se aclaró la garganta.

La vi mirándome fijamente, con una ceja levantada.

—¿Hola? —Parpadeé. ¿De qué se trataba todo esto?

La mujer no respondió.

—Uh...? —No me gustaba hablar con extraños al azar, pero esto lo justificaba—. ¿Te conozco?

—No.

La mujer estiró un brazo y apretó el botón de parada de emergencia. El ascensor fue frenándose hasta detenerse por completo.

—¿Qué carajo? —Presioné una mano contra la pared y mantuve el equilibrio—. ¡Oye! ¿Qué

estás haciendo? —El miedo me golpeó en el pecho, pero lo controlé enseguida. Esta mujer era más pequeña que yo y no tan amenazadora. Aunque, podría tener un arma—. ¡Hey! —grité—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Cállate —Se volvió contra mí—. Cuanto antes te calles y escuches, antes podremos volver a movernos y podrás volver a cualquier agujero de puta del que hayas salido.

—¿Agujero de puta?

Era un insulto un tanto... diferente. Quedé impresionada y en silencio.

—Mi nombre es Carolina —dijo—. Y tú eres una rompe hogares.

Me alejé de ella y apoyé mi espalda contra la pared del ascensor. Tenía que mantener un poco la calma y la cordura. Pero mi mente y mi cuerpo estaban en alerta máxima. Rastreeé su rostro con mi mirada, tratando de absorber sus rasgos y memorizarlos.

Nariz aguda, labios falsos, pecho pequeño, cabello largo y rubio, no poco atractivo. Llevaba una camisa estampada de leopardo y un par de vaqueros, y su perfume era demasiado dulce.

—Lo siento —dije—. ¿Se supone que ese nombre significa algo para mí?

Ella señaló.

—Aún no, pero lo hará. Lo hará. Ves, cara de puta, te estoy haciendo un favor acorralándote aquí.

Cara de puta. Jaja. Aunque no tan original como el agujero de puta. Mentalmente, deduje una secuencia de insultos por estilo de su recuento.

—Dame una razón por la que no debería llamar a la policía ahora mismo —Le mostré mi celular.

—Porque involucra a Antuan Ford, y vas a querer escuchar esto —Eso llamó mi atención—. Sí, eso fue lo que pensé.

—¿Qué hay de Antuan?

Se acomodó el cabello hacia atrás.

—Antuan es mío. Siempre ha sido mío. De hecho, estamos comprometidos —Levantó su mano izquierda y me mostró su dedo. Llevaba un anillo brillante—. O lo estábamos, hasta que llegaste tú.

—¿Qué?

—No soy estúpida, sabes. Él rompió conmigo, y justo después, ¿lo veo contigo? Caminando por ahí, actuando como... apenas puedo soportarlo. ¿Ir juntos a una joyería? Sabes, él me hizo lo

mismo a mí también. Fingió que le importaba y luego, cuando se aburría, me tiró a un lado como si fuera basura.

Me dio vueltas la cabeza. ¿Qué? Eso no es... No.

Antuan no era ese tipo. Me dijo que su relación no había funcionado.

Sí, pero no te dijo cuándo terminó. Y esta mujer... Ella parecía tan familiar. ¿No la había visto antes en alguna parte? Un recuerdo me golpeó justo entre los ojos, y lo analicé bruscamente.

Era la camarera que había visto al fondo del restaurante, hablando con Antuan. Excepto que claramente, no era camarera. Estaba aquí en Francia. ¿Había venido aquí con él? ¿Y luego la dejó? ¿Se acostaron juntos durante el viaje?

Pero él no era ese hombre. Él no haría esto.

¿Cómo lo sabes? Te abandonó.

Mi pulso se aceleró, y sudor en la parte de atrás de mi cuello empezó a hacerse sentir. El placer, la calidez, la felicidad que había sentido con él se filtró en mi mente y se volvió una realidad amarga.

—No te creo.

—No tienes que hacerlo. Podemos ir a su habitación ahora mismo y preguntarle cara a cara si es verdad. Sé lo que hizo. Me dejó por ti.

—No estoy con él —dije.

—Me dejó para follarte, lo que es mucho más patético —Ella agitaba sus pestañas postizas hacia mí—. ¿No me crees? Vayamos a su habitación.

La miré fijamente, moviendo la cabeza. Sólo con esta situación ya era suficiente para alejarme de Antuan. ¿También tenía que probarlo?

Tú lo viste venir. Sabías que él terminaría hiriéndote de nuevo, pero aún así te dejaste involucrar con él. Te hiciste esto a ti misma.

—Vamos, perra —dijo—. He estado esperando toda la semana para hacer esto.

—Toda la semana.

—¿En qué piso está? Estoy segura de que sabes dónde se está quedando —Hizo el clásico movimiento de cabeza, impaciente—. Está en el cuarto piso.

Presionó el botón y luego presionó el 1 para que el ascensor se moviera de nuevo.

—Debiste haber comprobado que no estaba involucrado con nadie antes de acostarte con él.

La ignoré.

Estaba furiosa y entendía que tenía que ser una perra dado todo lo que había pasado. Si lo que decía era verdad. Pero incluso si no lo era, esto era una patada en el culo. Un recordatorio de que nunca debí dejar que las cosas se complicaran de esta manera.

Las puertas del ascensor se abrieron en el cuarto piso.

Carolina salió con sus tacones altos, pero yo me quedé atrás, moviendo la cabeza.

—Esto no puede ser real —le dije.

—Oh, lo es. ¿Vienes o qué? —preguntó ella, con un acento que era clásico de Nueva York.

—Ya voy —dije, aunque era lo último que quería hacer. Merecía dormir y descansar, y posiblemente culparme por esto por el resto de la eternidad.

Salí del ascensor y la guié por el pasillo. Cada paso me acercaba un poco más a la puerta de Antuan y me traía otra ola de ira. Una encima de la otra. Estaba enojada conmigo misma y con él por el hecho de habernos permitido que esto sucediera.

Finalmente, llegamos a la habitación. Me paré frente a su puerta, temblando.

—Ugh, quítate del camino —Carolina me quitó hacia un lado, y luego golpeó el puño contra la madera—. ¡Oye! Abre, imbécil.

—Baja la voz —le dije—. Despertarás a todos en el pasillo.

—No me importa un carajo —Siguió golpeándola—. Abre esta puerta ahora mismo.

El cerrojo se abrió y Antuan apareció. Sin camisa, con sus tatuajes garabateados sobre el pecho y los bíceps, el cabello ligeramente despeinado y los ojos rojos. Parecía que no había pegado ojo.

¿Qué había pasado?

Eso no importa ahora mismo.

—¿Qué carajo? —La mirada de Antuan se movía entre nosotras—. ¿Carolina?

—Ya la conoces —dije, y se me revolvió el estómago. Así que era verdad—. Ella es tu ex.

—Sí, ¿y qué?

—Tu ex a la que dejaste para follar conmigo —le contesté.

—¿Eh? ¿De qué demonios estás hablando? —La voz de Antuan se quebró—. ¿Qué carajo es esto, Lia? ¿Por qué la trajiste aquí?

—Yo no la traje aquí. Ella me trajo aquí.

—Imbécil —dijo Carolina—. Sabía que no me dejarías a menos que fuera por otra persona. Yo lo sabía. Y ahora te encuentro aquí con esta perra fea.

—Gracias —dije secamente.

—No te dejé por Lia. Te dejé porque nuestra relación no iba a ninguna parte, y tú no valías mi tiempo, Carolina. Eso fue hace meses. Te dije que te fueras. Voy a llamar a la policía.

—Espera, espera, espera un segundo. ¿Meses atrás? —Parpadeé. Entonces no pudo haberla dejado por mí.

—Sí, claro —Sacudió la cabeza otra vez—. No trates de actuar como si no lo hubieses sabido todo el tiempo. Te lo estuviste follando todo el tiempo, puta. Sé quién eres, Lia. Tú fuiste su primera. Perra. Maldita perra.

—Jesús, eres vitriólica y estás completamente desinformada. Qué combinación —Agité la cabeza—. Y yo soy una idiota. No puedo creerlo. No puedo creer que dejara que esto pasara.

—¿Dejar que pase qué?

—Me engañaste —gritó Carolina.

—Cállate, Carolina —Antuan y yo dijimos, al unísono.

Otra vez, mi cabeza tembló. ¿Cómo se supone que iba a reaccionar de otra manera?

—No te engañé, y no tengo tiempo para ti ahora. Déjanos a Lia y a mí en paz.

—No —Levanté una mano—. No. No tengo nada de qué hablar contigo. Esto fue un error, y ya me voy.

—Lia, no seas ridícula. Esto es un extraño accidente. Carolina no debería estar aquí, ella lo sabe. Pero tengo algo importante de lo que hablar contigo. Ven aquí, por favor.

El por favor fue agregado al final, pero sonaba como una orden más que como una petición.

Y yo estaba tan cansada de eso.

—No —dije—. He terminado aquí. Esto ha sido un error. Sólo olvida que alguna vez sucedió.

Me dirigí al ascensor.

Unas pisadas golpeaban la alfombra detrás de mí, y una mano se posó en mi brazo y me sujetó.

—Espera, Lia.

—No —dije, y me liberé de su agarre.

Al final del pasillo, las puertas se abrieron y la gente que venía de pie, se quedó mirándonos fijamente.

—No, no quiero saber lo que tienes que decir. No quiero hablar. Estoy tan jodidamente decidida, punto —Presioné el botón del ascensor—. Olvídate de esto, por favor. No vuelvas a hablarme.

—Ja, incluso tu perra no te quiere —dijo Carolina, pero se tambaleó y quedó en libertad su pecho desnudo—. Vamos, cariño. Vamos a hablar de esto tú y yo. Tu cabeza está despejada ahora, ¿verdad? Estamos listos para esto.

—Sí —dije—. Estás listo para eso. Es todo tuyo, Carolina.

Las puertas del ascensor se abrieron. Entré enseguida y presioné el botón que llevaba a mi piso.

Levanté una mano para evitar que Antuan me siguiera. Un último gesto de despedida. Me sentí tentada a mostrarle el dedo medio, pero no lo hice. Las puertas se cerraron y me ofrecieron la vista de mi reflejo.

Presioné manos contra mi cara, cubriéndola, protegiéndome de mí misma.

DIECIOCHO

Antuan

A primera vista...

Hago mi camino hasta las puertas delanteras de la mansión, bien iluminadas entre la oscura noche. Es la primera vez que vengo a la casa de mi nuevo amigo, y será genial. Sin fiestas falsas, sin citas, sólo una noche para chicos: juegos, comida chatarra, y relax.

Mis padres también lo aprobaron, aunque no es que me importara un carajo lo que pensarán.

Las puertas tenían un brillo dorado que parecía real. Presioné el botón del intercomunicador en la pared, metí mis manos en los bolsillos y esperé.

Un clic sonó, seguido de una voz que podría haber sido la de un ángel.

—¿Hola?

Mierda, ¿Victor se había retractado de todo el trato e invitado a una chica?

—Hola —dije—. Aquí para Víctor.

—Oh. ¿Quién eres? —preguntó la chica, era joven.

—Antuan.

—Oh, OK. —Y entonces el intercomunicador hizo clic de nuevo. Y hubo un silencio. No se abrieron las puertas. ¿Qué demonios...?

Volví a llamar.

—¿Sí? —La chica otra vez.

—Es Antuan. ¿Vas a abrir las puertas?

—Está en el baño —contestó ella—. No puedo preguntarle si eres real o no hasta que se baje del maldito inodoro, así que no. No voy a abrir las puertas.

—Más información de la que necesitaba, pero está bien.

—¿Puedes esperar como... cinco minutos? —Una pausa—. O mejor que sean diez. ¡Ja!

—Uh?

—Estoy bromeando. Te dejaré entrar. —Hubo un ruido, y las puertas se abrieron hacia dentro.

Llevaba mi mochila en los hombros. Pasé a través de las puertas y por el largo y sinuoso camino que conducía a la parte delantera de la casa. Quienquiera que fuera esta chica, tenía sentido del humor. Llegué a la casa, subí los escalones y crucé el porche.

La puerta estaba cerrada.

Levanté una ceja y la golpeé.

—¿Hola?

Es la primera vez que visito a mi amigo, pero qué demonios.

Unos pasos se acercaron hasta la puerta principal, y la figura borrosa de una mujer apareció a través de la incrustación de vidrio de colores.

—Hola —dije, pasando un pulgar por debajo de la correa de mi mochila—. Es Antuan. Estoy aquí por Victor —Como si quienquiera que fuera no lo supiera antes.

¿Será la madre de Victor? Pero no, la mujer que respondió se escuchaba más o menos mi edad. El cerrojo hizo clic y apareció la chica más hermosa que jamás había visto.

Llevaba un par de pantalones cortos y una camisa suelta, su cabello estaba desordenado, cayendo alrededor de su cara, y no había ni una gota de maquillaje a la vista. Tenía una boca como si estuviera algo malhumorada que se sentaba bajo una nariz de botón recta, y sobre ella, dos ojos verdes y brillantes.

—Hola —dije, y mi voz se quebró. Mierda, qué idiota. Esta chica tenía que ser la chica de Victor, y aquí estaba yo, mirándola.

—Hola —dijo ella—. Supongo que eres Antuan, ¿verdad? —Me señaló con el dedo. Llevaba sostenida una manzana en su otra mano y le dio un mordisco gigantesco. Crujió debajo de sus dientes blancos.

—Sí —Pero ella había estado bromeando, por supuesto. Probablemente porque me había anunciado como veinte malditas veces—. Ja, claro.

—Bueno, como dije, está en el baño, así que... puedes entrar y relajarte en la sala de estar o en la cocina o lo que sea —Dio un paso atrás y pasé junto a ella.

Ella era de estatura baja, y delgada. Eso me gustaba.

—Genial —dije, y giré en círculo—. Bonita casa —Cerró la puerta.

—Es sólo un gran espacio vacío. No es tan genial.

Ese gran espacio vacío era un vestíbulo de entrada con suelo de parquet pulido y un conjunto de escaleras alfombradas a la izquierda, una gigantesca lámpara de araña colgada en el centro del techo.

—OK. —¿Qué más se suponía que tenía que decir?—. Mi casa es similar.

—¿A qué? —Le dio otro mordisco a su manzana.

—Nada.

—OK.

Había algo raro entre nosotros que no tenía nada que ver con el hecho de que nos acabáramos de conocer. Una imagen de nosotros besándonos apareció de la nada. Me aclaré la garganta y miré a mi alrededor.

—¿Dónde está la sala de estar?

—Cocina. Quieres la cocina. ¿Te vas a quitar la mochila?

Me encogí de hombros lentamente, flexionando mis músculos lo mejor que podía mientras lo hacía. Definitivamente se dio cuenta, pero apartó la mirada.

—Claro. ¿Por qué la cocina?

—Ahí es donde está la comida. ¿Tienes hambre?

—Claro.

—Puedo hacerte algo. Me gusta cocinar. ¿Qué quieres comer? ¿Una hamburguesa? ¿Papas fritas? Croissant con queso.

—¿Me vas a hacer una hamburguesa? —Le pregunté, incrédulo. No recordaba la última vez que había tenido una comida que no hubiera sido gourmet o preparada a manos de un chef al que mi madre simplemente llamaba *Chef*.

—Claro, si quieres una —dijo.

—¿También tienes pan horneado y queso?

—Yo, uh, seguro, ¿un croissant de queso?

Me recompensó con una sonrisa de un millón de vatios.

—Genial. Por aquí —dijo, haciendo señas.

La seguí hasta un pasillo, luego giré a la izquierda a través de un arco abierto y entré en una cocina que era tan grande como la casa de cualquier persona normal.

—Siéntate en la isla —dijo, señalando a la masa de mármol en el centro.

Me senté en un taburete y observé cómo corría por todo el lugar, agarrando ingredientes.

—¿Cómo te llamas? —El pensamiento se me había pasado por la cabeza, y se había mezclado con los demás. ¿Cómo había conseguido Víctor una chica así? ¿Cuánto tiempo habían estado juntos? ¿Por qué no me lo había dicho?

Tenían que ser establecidos si ella estaba lo suficientemente cómoda para vagar por la cocina y dejar que la gente entrara en su casa sin consultarlo primero con él.

Se detuvo, con su mano cerrada alrededor de la parte superior de una bolsa de papel marrón.

—Oh, soy Lia —dijo ella—. Encantada de conocerte y todo eso.

—Igualmente.

Lia caminó hacia el mostrador y trajo un croissant. Abandonó su manzana a medio comer sobre la isla.

—Así que —dije—. ¿Cuánto tiempo ha pasado para ustedes dos?

—¿Eh? —Ella tenía un cuchillo y una tabla de cortar ahora y trabajaba en el queso. Lo hacía todo sin problemas, como si fluyera de una actividad a otra, ya fuera cortar el queso, untar con mantequilla o preparar los platos.

Admiraba la forma en que se movía, y una parte de mi cerebro no podía dejar de notar lo apretados que estaban sus pantalones cortos.

—Tú y Víctor —dije.

—¿Qué hay con nosotros?

—¿Hace cuánto que son pareja?

Lia dejó caer el bloque de queso sobre el mostrador con un ruido sordo.

—Oh Dios mío, ew. No hablas en serio.

Se giró hacia mí, con las manos extendidas a los costados y los dedos arqueados como si acabara de tocar algo podrido.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Crees que Víctor es mi novio?

—¿Uh?

—¡Es mi hermano! —Lia explotó.

La humillación y el alivio llegaron en partes iguales. No pude evitar sonreír.

—Mierda, lo siento.

—Eso es asqueroso, amigo. En serio —Me dio la espalda de nuevo, esta vez para poner el queso en el croissant. Ella preparó el pan en un plato, luego lo trajo y lo colocó frente a mí, haciendo que la porcelana resonara contra el mármol—. En serio, no puedo creer que pensaras eso. Me perseguirá por el resto de mi vida.

—Lo siento —dije, encogiéndome de hombros—. Fue un error fácil de cometer.

—¿Cómo? ¿Crees que Víctor dejaría que una chica extraña dejara entrar a la gente en su casa, o que...uh, su novia hablara sobre él cagando? —Apretó los dedos contra su boca, riendo debajo de ellos—. Oh Dios mío, ¿puedes imaginarlo?

—Hablando de eso, está tardando un poco ahí dentro.

—Sí, comimos burritos anoche. A Víctor no le cae bien la comida picante.

Los dos nos reímos de eso, y me gustó cómo sonó la armonía. Su risa era un tintineo que se extendía por la cocina, rebotando en los azulejos del suelo. Era femenina, pero no demasiado dulce.

El calor empezó a emanar de mi pecho.

La miré fijamente, y ella me devolvió la mirada.

—Así que —dije—. No te he visto por la escuela.

—Eso es porque eres demasiado popular para verme en la escuela. Pero sé quién eres. Me enteré de ti por las otras chicas de mi grado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tú eres el jugador.

Esnifé. No era verdad. Había tenido un par de citas, claro, pero no iba por ahí sacando chicas y luego dejándolas. Ni siquiera me gustaban las citas o las relaciones. Esa mierda era débil.

—No lo soy.

—Es curioso, eso suena exactamente como algo que diría un jugador.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me encogí de hombros.

—Nada —Su frente se arrugó, pero no hizo más comentarios al respecto—. De todos modos, siempre estoy en clase de arte o en la biblioteca, y canto en el coro, por eso no me conoces. Eres el tipo del equipo de fútbol. Así que, sí. Lo que sea.

—Claro —Asentí con la cabeza, y un silencio incómodo volvió a caer entre nosotros.

—¿No quieres el croissant?

—Sí. Sólo estoy distraído.

Se sonrojó como si le hubiera dicho lo hermosa que me parecía. Tan hermosa que apenas podía quitarle los ojos de encima. Levanté mi comida sin romper el contacto visual entre nosotros. Tomé un bocado y saboreé la mantequilla.

—Demonios... esto está bueno.

—Genial —dijo ella, y miró hacia a sus pies, y luego hacia arriba y a mí otra vez—. Encantada de conocerte, Antuan.

—No te irás, ¿verdad? Acabamos de empezar a hablar.

—Tengo deberes que hacer y ese tipo de cosas. Estaré en el comedor haciéndolo, si necesitas algo de mí —Se mojó los labios—. A menos que... ¿quieras un trago? ¿Una soda? ¿Un batido?

—Una soda estaría genial —dije—. Pero yo puedo conseguirla. No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo —Mostró su blanca sonrisa nuevamente, y caminó hacia el refrigerador—. Tenemos Coca-Cola y Sprite.

—Sprite suena bien. Gracias —Lo sirvió en un vaso y lo colocó frente a mí. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos—. ¿Quieres un poco? —Levanté mi croissant para ofrecerle un bocado.

—Uh...

—¡Jake! —Victor entró en la cocina, pero se detuvo a unos pasos. Sus ojos se entrecerraron, moviéndose de un lado a otro.

—¿Lia?

—¿Sí?

—Ella me hizo un croissant asesino —le dije.

—Él pensó que yo era tu novia.

No tenía ni idea de por qué importaba cada una de esas cosas.

Victor no dejaba de mirarnos, de manera sospechosa. Mierda. Así que, él era uno de esos tipos.

El tipo de *sigue el código de hermanos y no te acerques a mi hermana*. Pero yo no había hecho nada.

Piensas que es adorable. Te imaginaste besándola. Te alegraste de que no fuera la chica de Victor.

—Lia, ¿has terminado aquí? —preguntó Victor.

—Sí, voy a hacer los deberes.

—Bien.

—Bien —dijo ella, asintiendo. Me disparó una última sonrisa—. Nos vemos, Antuan.

—Nos vemos.

Y luego salió de la cocina. No pude evitar verla salir, se balanceaba maravillosamente cuando caminaba.

—Amigo —dijo Victor.

Le dirigí la mirada.

—¿Sí?

—¿Estás mirando a mi hermana? Porque eso no está bien, hombre.

—No. De ninguna manera, ni hablar.

Me mordí mi croissant, masticando con entusiasmo.

—Bien, porque está fuera de los límites.

Me encogí de hombros como si no fuera gran cosa para mí, aunque era una mentira. Nunca me había enamorado antes, pero tenía la sensación de que se sentiría así. Lia me había hecho sentir como un niño, y fue una suerte tonta que resultara ser la hermana de mi mejor amigo.

—Genial, entonces termina tu comida y vámonos. El nuevo GTA es jodidamente increíble. Vamos a sacarle toda la mierda.

Asentí con la cabeza y palé el último de los croissants. De repente, un fin de semana de juego y relajamiento en la casa de mi amigo no me parecía tan divertido. De hecho, fingir que no me gustaba Lia sería una tortura.

DIECINUEVE

Lia

Idiota. Idiota. Idiota.

Era un canto que se repetía constantemente en mi cabeza mientras me encontraba de pie, esperando para participar en la procesión nupcial. El interior de la iglesia era precioso, con paredes de piedra, ventanas de vidrio de colores y arreglos florales de pie. Seguramente les costó una fortuna a Victor y Mely. Aunque la belleza de todo esto se veía empañada por toda la mierda de la semana pasada.

Me las había arreglado para evitar a Antuan durante todo el proceso, o al menos, para hablar con él. Verlo era inevitable, desafortunadamente. Estaba en todos los eventos, y no había dejado de intentar establecer contacto visual. Una o dos veces, me desperté con el sonido de alguien llamando a la puerta de mi habitación, pero cuando la abrí, no había nadie.

—Imbécil —murmuré.

—¿Qué has dicho? —Melissa había entrado en la iglesia, y estaba de pie con la cara rosada bajo su velo. Nerviosa, pero radiante.

—Oh, Dios mío, Mely, te ves increíble —susurré, llevando una mano hasta mi cara. La presioné sobre mi boca y traté de no llorar; sólo estropearía mi maquillaje y estresaría a Mely.

Llevaba un vestido de novia de diseño en color crema, sin tirantes y elegante. Su velo estaba hecho de encaje fino y decorativo, y su cabello rubio había sido peinado a la perfección. Ya la había visto en varias etapas del proceso de preparación, pero no el resultado final.

Y estaba a punto de casarse con Victor. Mi hermano mayor finalmente tendría la felicidad que se merecía.

—¿Me veo bien?

—¿Bien? —Me reí y caminé hacia ella, abriendo los brazos—. Mely, ¡estás perfecta! —La abracé.

Mis problemas no importaban ahora mismo. Sólo Mely y Victor lo hacían. Hoy era su día.

—¿Estás segura? ¿Crees que le gustará? —Mely rozó su vestido con las manos.

—Estás bromeando, ¿verdad? Victor va a dejar caer la lengua como si fuera un dibujo animado.

Hizo una risita nerviosa.

La música ya había empezado. La marcha nupcial, tocada por violines.

—Esto es todo —susurró—. Este es el día en que me caso.

—El comienzo del resto de tu vida.

Y mi estómago se retorció. Nunca tendría esto.

Esto no se trata de ti, ¿recuerdas?

—Todo será perfecto hoy —le dije—. Todo lo que siempre has querido.

—Es la hora —dijo el organizador de la boda, y llamó a las damas de honor.

El padre de Mely se adelantó, sonriéndole a su hija, y con sus ojos brillando con lágrimas. Hicimos una fila y repartí los ramos de flores que cada una de las mujeres llevaría en su procesión por el pasillo. Eran colecciones de rosas y aliento de bebé, atadas con cinta dorada y a juego con los vestidos de rosas que llevábamos.

Los nervios bajaron por mi estómago. Este no era mi gran día, pero era enorme. Y después de este día, saldría de París y volvería a Los Ángeles. Tendría que volver a trabajar en mi música y olvidar que algo había pasado con Antuan. Eso debería hacerme feliz.

Entonces, ¿por qué no lo hace?

—Vamos, gente —dijo el planificador, chasqueándonos los dedos.

Mi ansiedad se duplicó, se triplicó. No sólo tendría que verlo de nuevo, sino que tendría que caminar por el pasillo para hacerlo. Esto era una legítima tortura.

Me uní a la procesión y luego esperé mi turno e hice lo que se me había instruido en las prácticas para el gran día. Un paso, espera dos tiempos, dos pasos. Era el paseo más ridículo que jamás había hecho, pero era lo que Víctor y Mely querían, así que era lo que tenía que hacer.

Mi mirada se posó sobre la gente que estaba de pie en el frente, bajo la vidriera. Ahí estaba mi hermano, luciendo muy apuesto en su traje, sonriendo, cambiando su peso de un pie al otro. Esperando por su novia.

Y ahí estaban las otras damas de honor haciendo cola, una por una.

Me negué a mirar al padrino.

Directo.

Sólo lograba hacer que me sonrojara o que me enfadara, y ninguna de esas cosas sucederían en este momento.

Tomé mi lugar y vi a Melissa acercarse al frente del pasillo, sonriendo de oreja a oreja.

Victor se había adelantado para recibirla, y nunca había visto a mi hermano tan feliz.

Un suspiro colectivo había salido de la gente en el pasillo en el momento en que Mely apareció, y no los podía culpar, ella se veía radiante.

Dio uno de esos pasos lentos, luego se detuvo, a mitad del pasillo, con su mirada fija en mi hermano. Luego otro paso y una pausa.

Esto está tardando una eternidad.

Una explosión sonó desde la parte de atrás de la iglesia, y algunas de las personas que estaban en las bancas saltaron, se movieron para encontrar la fuente del disturbio. Pero no había nada a la vista.

¿Qué diablos había sido eso?

Yo también busqué con la mirada, y accidentalmente capté la atención de Antuan. Abrió la boca para decir algo, o lo que sea, pero rápidamente rompí el contacto visual.

Los violines habían flaqueado durante sólo un instante. Retomaron la marcha nupcial y se reanudó la larga caminata hacia el frente.

Llegó otra explosión. Esta vez, acompañada por la aparición de un tipo desaliñado en la parte de atrás del pasillo. Llevaba una sudadera con capucha y un par de pantalones de chándal, y con cara de comadreja. Con la nariz afilada y el cabello pelirrojo, miraba a la gente de la iglesia con los ojos inyectados de sangre.

Ninguno de los asistentes a la boda se había dado cuenta todavía y Mely tampoco, ella estaba demasiado fijada en Victor, pero los que estábamos de frente sí lo habíamos visto.

Di un paso hacia adelante y capté el movimiento de Antuan con el rabillo del ojo.

—¡Que nadie se mueva! —gruñó el intruso, y sacó un arma de su bolsillo—. El primer hijo de puta que se mueva recibe una bala entre los ojos —¿Acento americano, de Brooklyn? Los detalles no importaban, pero me llamaron la atención.

Una ráfaga de gritos resonó desde el otro lado del pasillo, pero nadie se levantó ni corrió.

Victor estaba congelado, mirando al hombre.

—¿Qué quieres? —gritó—. Esto es privado. Este es...

Su gran día, en proceso de arruinarse.

Victor había cortado sus palabras porque el tipo, quienquiera que fuera, se adelantó.

Se detuvo al lado de Melissa, y mis entrañas se disolvieron en un charco.

Agarró su brazo y luego le apuntó el arma a la sien.

—Una novia tan bonita —dijo—. Una mujer tan hermosa.

—Suéltala —ladró Víctor.

Antuan había levantado los puños.

Presioné mi mano contra mi estómago. ¿Qué carajo significaba todo esto? ¿Quién era este tipo?

—¿Quién eres tú? —Antuan gritó, haciéndose eco de mis pensamientos—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Oh, creo que sabes por qué está pasando esto, Ford.

Retuve un grito ahogado. Esto tiene algo que ver con Antuan.

—Suéltala ahora mismo —ordenó Víctor.

—Harás lo que te digan —continuó la comadreja—. O ella morirá. Recuérdalo.

Luego caminó hacia atrás, llevándose a Melissa con él. Soltaba chillidos temblorosos con cada paso, se había convertido un ratón atrapado en una trampa cada vez más apretada.

—No —gruñó Víctor, y dio un paso adelante.

Varios hombres, a los que no reconocí, se levantaron por la habitación sacando armas de sus bolsillos. Mi confusión se agudizó.

¿Quién...? ¿Cómo...?

El secuestrador se movió tan rápido que no pude registrar lo que pasó después. Hubo un estallido de un arma de fuego, y Víctor se cayó.

—¿Ves? —gritó el hombre—. ¿Ves? —Apuntó la pistola a la sien de Mely—. Si alguno de ustedes se mueve de nuevo, ella será la próxima.

Los otros hombres, vestidos de traje y armados, lo siguieron con su puntería pero no dispararon. Y luego Melissa fue sacada de la iglesia por la puerta trasera y desapareció de nuestra vista.

—¡Víctor! —Corrí hacia mi hermano. Me arrodillé a su lado, horrorizada por la sangre que se filtraba a través de su chaqueta—. Víctor, no. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

VEINTE

Antuan

—Vas a explicarme qué ha estado pasando—. Me senté en el borde del sillón en mi habitación del hotel, con el agente Smith frente a mí.

Era un tipo moreno, alto, fuerte, pero con una cara que no revelaba nada. Si no cambiaba la expresión pronto, lo agarraría por las solapas y atravesaría la pared con su cabeza. Maldita sea.

Mi mejor amigo estaba en el hospital con una bala en el hombro izquierdo. Melissa se había ido, y Pritchard se la había llevado.

No el propio Pritchard, sino uno de sus matones.

—Por favor, Sr. Ford, mantenga la calma.

—Me he mantenido en calma —troné—. He permanecido calmado las últimas dos semanas mientras ustedes, imbéciles, se sentaban en sus oficinas y veían cómo sucedía esta mierda. ¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué no le disparaste a ese imbécil cuando entró por la puerta trasera? ¿Por qué no...?

—No esperábamos que aparecieran en la boda. Esperábamos que el trato de la hija de Pritchard con usted nos condujera a él.

—¿Y?

—No lo hizo. Parece que Carolina no está aquí con su padre, después de todo. Ella no está trabajando con él. Lleva una semana en el hotel, y...

—No me importa ella. Me preocupo por Mely y Victor. Dime qué vas a hacer para salvar esta situación antes de que pierda la cabeza y le rompa la cara a alguien por la mitad —Apreté los dientes para no decir nada más.

—Tenemos alguna información, pero no es necesario que la compartamos...

—Será mejor que no digas lo que creo que vas a decir. Se supone que soy parte de tu operación, pero me has mantenido en la oscuridad. Ahora sería un buen momento para decirme lo que estás planeando y lo que necesitas de mí, porque si crees que voy a sentarme y dejar que esto suceda termine de ir a la mierda, estás jodidamente equivocado. Encontraré a Pritchard con o sin tu ayuda.

Smith enrolló la punta de su lengua sobre sus labios secos. Miró por encima de su hombro a otro agente, que estaba un poco más atrás, cerca de la puerta, asintió, y luego extendió una mano.

—Mantendremos esto breve —dijo Smith, mientras el tipo se presentaba con una carpeta y se

la entregaba—. No hay mucho que necesites saber, y no hay mucho que sepamos que pueda llevarnos a Pritchard ahora. Nuestra mejor esperanza es que se ponga en contacto con usted con más información.

—¿Contacto conmigo?

—Está claro que quiere llegar a ti. Secuestró a la novia para hacerlo. Y en casos como este, un secuestrador siempre contactará con el objetivo. Tú sigues siendo el objetivo. Él tendrá demandas, y usted nos las transmitirá para que podamos planear el camino que debemos seguir — Smith abrió la carpeta y extrajo una imagen. La volteó y la puso en la mesa de café entre nosotros —. Este es el hombre que se llevó a Melissa.

El calor corría por mis venas.

—Es él —gruñí.

—Su nombre es Brett 'El Psicópata' Simpson. Ha estado trabajando de cerca con Pritchard durante años, como su hombre de confianza, excepto que permanece en segundo plano y opera en secreto. Es buscado por asesinato, extorsión, chantaje, tráfico de drogas, prostitución, todo. Nuestro único problema ha sido atraparlo. Es increíblemente resbaladizo, opera en las sombras.

Este era el hombre que tenía a Melissa.

—Nuestra información nos dice que llegó a París esta mañana. No teníamos información previa sobre su paradero, y no sabemos si va a volar con Melissa o no. O incluso si planea hacerlo. No hace falta decir que está en la lista de vigilancia de todos los aeropuertos del país. Si intenta abordar un avión, lo sabremos, y lo atraparemos antes de que pueda salir del territorio francés.

—Pero no crees que vaya a hacer eso, ¿verdad? —Smith escondió la foto.

—No, no lo sabemos —contestó Smith—. Hemos estado trabajando estrechamente con la Interpol y la policía francesa desde que nos enteramos de que Pritchard estaba en Francia rastreándote. Sabemos que se ha movido mucho, pero le perdimos la pista hace dos días. Nuestra mejor apuesta era que se había retirado al campo para no ser descubierto.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —contestó Smith.

—¿Y Carolina? ¿Por qué no la detuviste en cuanto apareció? Joder, ¿por qué no la pones bajo custodia ahora?

—Porque no ha hecho nada malo, y no tenemos pruebas de que haya trabajado con su padre o incluso contactado con él desde que entró en París.

—Joder —murmuré—. No puedes creer en serio que no esté involucrada.

Carolina no había causado nada más que mierda desde que la conocí.

—No podemos hacer nada sin pruebas —dijo Smith, y cerró su carpeta—. Esperamos que Pritchard o uno de sus asociados se comuniquen con usted pronto. Todo lo que podemos hacer es esperar.

—Esperar. ¿Tengo que esperar a que el secuestrador de la prometida de mi mejor amigo se ponga en contacto conmigo? —Estaba llegando rápidamente a mi límite—. Tiene que haber algo que pueda hacer al respecto.

—Desafortunadamente, no hay nada por ahora.

La puerta de mi dormitorio se abrió antes de que pudiera lanzarme a una línea de interrogatorio de seguimiento. Lia estaba ahí, de pie, usando el su vestido de dama de honor, con su maquillaje perfecto, pero con las fosas nasales abiertas de par en par.

—¿Qué está pasando? —ladró—. ¿Dónde está Melissa, quiénes son estos tipos, por qué está mi hermano en el hospital ahora mismo, y cómo estás involucrado en todo esto, Antuan? No me mientas. Sé que tienes algo que ver con esto.

El agente Smith se levantó, deslizando su mano fuera de la funda de la cintura. Él asintió con la cabeza.

—Señora.

—¿Quién eres tú?

—Soy el agente Smith, del FBI. Hemos estado trabajando estrechamente con Antuan para encontrar al hombre que secuestró a la prometida de su hermano.

—Mi hermano... ¿Cómo? ¿Qué demonios?

—Creo que sería mejor que el Sr. Ford se encargara desde aquí.

Smith asintió con la cabeza, luego pasó junto a Lia y salió por la puerta. Su compañero le siguió poco después, asintiendo a Lia mientras se marchaba.

¿Podría ese hijo de puta ser más inútil?

La puerta se cerró tras ellos, y Lia se cruzó de brazos. Tenía la cara enrojecida.

—¿Qué demonios está pasando, Antuan? ¿Por qué está pasando esto? ¿Qué hiciste?—

—Es complicado —dije—. Y tiene que ver con la aplicación de la ley. Confía en mí, yo tampoco quería que nada de esto pasara.

—Oh, bueno, eso es genial. Muy reconfortante. Es bueno saberlo. ¡Mi hermano está en el hospital!

—Deberías estar con él.

—Deberías besarme el culo.

—Esto no te involucra a ti, Lia. Tienes que mantenerte al margen de esto. No te necesito involucrada y siendo parte del daño colateral.

—Haré como que no acabas de llamar a Victor daño colateral.

—No fue lo que quise decir, Lia. No quiero que te involucres.

—Lo haré —Me señaló—. O me dices lo que está pasando o salgo y lo averiguo por mi cuenta. No me importa lo que cueste. No voy a dejar que esto suceda —Sus ojos se habían llenado de lágrimas—. Victor merece ser feliz, más que nadie. Esto no es justo.

—Lo sé —le dije y la arrastré a un abrazo—. Lo sé.

Se echó a llorar, me golpeó el pecho con los puños cerrados y luego se alejó.

—No. No me vengas con esa mierda. Dime por qué pasó esto. Merezco saberlo.

—Bien —dije—. Ven y siéntate.

Caminó hasta el sofá y se dejó caer sobre él, se pasó los dedos por el cabello y se liberó del peinado que se había hecho para la boda, sacando las horquillas y dejándolas caer.

Me senté frente a ella.

—Es mi culpa.

—Me lo imaginaba.

—Me involucré con la gente equivocada.

—¿Cómo?

—Conocí a Carolina hace medio año en la fiesta de uno de mis contactos de negocios. Estaba bien vestida, bien hablaba y actuaba... joder, todo lo contrario de como lo hace ahora.

—¿Carolina? ¿Tu ex hizo esto?

—No, pero ella es parte de la historia —le dije.

Odiaba tener que discutir esto con nadie, mucho menos con Lia.

Su expresión era neutral, como si me odiara por lo que había pasado, y no la culpaba por ello.

—Carolina es la hija de Pritchard Young. Después de haber estado saliendo durante un mes,

Carolina me preguntó si me gustaría conocer a su padre. Estaba renuente, pero pensé que no haría daño intentarlo. Desafortunadamente, la fase de luna de miel de la relación no había terminado — Exhalé—. Le caí bien a Pritchard. Me pidió que le hiciera un trabajo y me dejó claro que haría cualquier cosa para mantener a su hija feliz.

—¿OK? ¿Qué significa eso?

—Que quería que le diera drones. Al principio, yo estaba a bordo, hasta que recibí el contacto de Smith y el FBI. Pritchard quería usar los drones para entregar drogas. Tráfico, básicamente, cubrir rutas de contrabando.

Los ojos de Lia se abrieron de par en par.

—Es un gángster, y yo no tenía ni puta idea hasta que ya era demasiado tarde. En cuanto me enteré de esto, rompí con Carolina. Nuestra ruptura había tardado mucho en llegar. Ella no era la mujer para mí. Cuanto más tiempo compartíamos juntos, más posesiva se volvía. Y me pedía favores relacionados con su padre.

—Vaya —dijo Lia—Y esto es... ¿Viniste a París sabiendo esto?

—Smith me dijo que era muy improbable que Pritchard me siguiera.

—Pero lo hizo.

—Sí, lo hizo —le dije—. Pero hay más que eso —Me tomé un respiro—. Pritchard ha estado tratando de forzar mi mano. El FBI cree que Carolina no está involucrada, pero sé que eso no es cierto. Quiere que me case con ella, porque cree que mi dinero y mis contactos lo convertirán en el próximo Pablo Escobar, excepto que... americano.

Lia palideció.

—¿Por eso está aquí? ¿Por qué no la arrestaron?

—No hay pruebas de que estén trabajando juntos, y sin esa evidencia, no hay nada que ellos puedan hacer.

—Entonces, ¿vas a dejar que esto suceda? ¿Vas a dejar que se salgan con la suya? —Lia saltó de su asiento—. Al carajo con eso. No lo permitiré...

—Lia, detente. No voy a dejar que nada suceda. Sé que Pritchard me ha estado observando. Sé que se ha estado burlando de mí. Fue él quien robó los anillos. Tiene que haber una forma de enviarle un mensaje.

—Un mensaje —Lia asintió—. Muy bien, entonces lo haremos.

—¿Nosotros? No hay un nosotros en esto. ¿Crees que voy a dejar que te pongas en peligro? —Le pregunté—. ¿Después de lo que les pasó a Mely y Víctor? Me mataría si algo te pasara.

—Me conmueve que te importe. Gran motivación, tan pura, pero que te jodan, Antuan. Estoy

dentro. Te ayudaré te guste o no, porque estamos hablando de mi hermano. De Mely, por el amor de Dios. Es la mujer más dulce del mundo. Ninguno de ellos se merece esto.

—Lo sé.

—Es su mala suerte que Victor se haya hecho amigo tuyo.

Me lo merecía. Estaba enfadada, y tenía derecho a estarlo. Si me hubiera alejado de Carolina, si hubiera evitado encontrarme con su padre...

—Bien —dije y me acerqué al teléfono en la mesita de noche—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a pedir servicio de habitaciones. Si vamos a resolver esto, no lo haremos con el estómago vacío.

Mi mente ya estaba zumbando. Tenía que haber una manera de resolver esto pronto. Una pista de cualquier tipo.

Lia suspiró, y yo sentí el peso de haberla involucrado sobre mis hombros. Era una carga más pesada que las otras que tenía que soportar.

VEINTIUNO

Lia

—No hay nada sobre él en Internet —le dije—. El psicópata.

Sostenía una papa frita entre dos dedos mientras tocaba la pantalla táctil de la portátil de Antuan y hojeaba los resultados en Internet.

—No vas a encontrar nada así en él. Tendrías que acceder a la red profunda, y no voy a mostrarte cómo hacerlo.

Esnifé.

—Claro, porque por supuesto que sabes cómo acceder a la red profunda.

—Mi punto es, no vas a encontrar nada sobre este tipo.

Comí otra papa frita y me limpié las puntas de los dedos en una servilleta, usando la otra mano para escribir una nueva búsqueda.

Pritchard Young.

—¿Qué más se supone que debo hacer? —Le pregunté.

Era la una de la mañana y no se nos había ocurrido ninguna idea nueva. Mirar a Antuan traía emociones encontradas, y aún así, después de todo, la maldita atracción hacia él seguía ahí, latente.

Con sus hombros anchos y los codos apoyados en los muslos. Apenas había comido un poco. Tenía una mano en la frente y el teléfono en la otra.

—¿Qué estás haciendo?

No se suponía que saliera tan hostil como lo había salido de mis labios. Pero la ira era la única forma de lidiar con esta mierda.

—Buscando contactos —dijo.

No me molesté en preguntar qué contactos. No me importaba en este momento. Estaba exhausta, y estaba muy preocupada por Víctor. Llamé al hospital después de mi primera visita, y me dijeron que estaba estable, fuera de peligro y curándose. Durmiendo por los sedantes.

Lo visitaría por la mañana, si tuviera la oportunidad.

Mi atención se centró en la pantalla. Abrí la primera página web que mencionaba a Pritchard

y la leí.

—Dice que es un filántropo. Apoyó a los hospitales infantiles de Nueva York y Los Ángeles.

—Por supuesto —dijo Antuan—. Es un maldito imbécil, así que por supuesto que hace obras de caridad públicas.

—Astuta observación. Aunque, no creo que sea justo para la gente que hace obras de caridad por bondad.

Volví a los resultados de mi búsqueda y me desplacé hacia abajo. Hice clic en la pestaña de imágenes y busqué a través de ellas. Había unas cuantas con Pritchard y su hija, uno al lado del otro. En estas fotos, Carolina no llevaba nada de mal gusto. No había huellas de leopardo a la vista. Y llevaba una sonrisa que parecía genuina.

—¿Qué? —preguntó Antuan.

—¿Eh?—

—La mirada rara en tu cara.

—Nada —dije y cerré la portátil. Suspiré y presioné mis manos contra mis ojos—. Estoy exhausta. Pero no creo que pueda a dormir.

Antuan colocó su teléfono en la cama, junto a él.

—Igual yo.

Me mordí la comisura del labio.

—¿Por qué pasó esto, Antuan? ¿Por qué te involucraste con Carolina?

—¿Por qué te involucraste con Costalo?

—Oh, Dios mío —dije, y me reí—. ¿Qué?

—Al carajo, no sé, el tipo de EDM. ¿Cómo se llama?

—Franco. Se llama Franco. Yo no soy la que se involucró con un mafioso. O lo que sea que sea esta gente. Young no me parece un nombre de la mafia italiana.

—Porque la mafia italiana es el único tipo de criminal, ¿verdad?

Le levanté una ceja.

—Tú lo sabrías mejor que yo.

—Golpe bajo, Lia.

Gruñó. Estaba herido por lo que había pasado. Estaba enfadado, pero no era tan imbécil como para no poder sentir empatía con él.

—Estoy tratando de entenderlo, Antuan. Pensé que te conocía, al menos hasta cierto punto — Me detuve, agité la cabeza—. ¿A quién estoy engañando? Nunca lo hice.

—Salí con ella porque parecía una buena opción en ese momento. Era una buena persona. Actuó como si estuviera cuerda

—¿Cuerda? Es un buen indicador para una pareja romántica.

—A la mierda —dijo Antuan, y levantó las manos—. No soy un experto en eso. Lo intenté. No me gusta el compromiso, pero lo intenté.

—¿Por qué?

—¿Realmente me estás preguntando eso? ¿Por qué querría estar con alguien?

Mi estómago se agitó. ¿Por qué no pude haber sido yo? Dios. Soy patética.

—No. Olvídalo, ¿de acuerdo? Fue una pregunta tonta para empezar. Tenías todo el derecho a elegir una pareja, incluso si resultaba estar conectada a un criminal.

Antuan exhaló por la nariz.

—¿Qué fue eso? —Le pregunté.

—¿Qué?

—Ese pequeño suspiro que acabas de hacer. ¿Qué fue eso? ¿Tu suspiro de enojo?

—Lia. Deja de presionarme. Quieres que reaccione y no vas a conseguirlo esta noche. Tengo un pez más grande que freír. Y tú también.

—No estoy tratando de hacerlo, o tal vez lo hago. No sé qué estoy tratando de hacer. Estoy cansada y confundida. Tal vez debería irme —dije, y me levanté del sofá. Coloqué la laptop en la mesa de café, desempolvé mis manos sobre mi vestido y me di cuenta de lo ridícula que era.

—No —contestó Antuan—. No te vayas.

—¿Qué?

—No te vayas. No quiero que duermas en tu habitación esta noche. Quiero que duermas aquí.

—Creo que dejé claro que ya no me interesan esas cosas contigo, Antuan. Es demasiado complicado.

—No es por eso —Se levantó pero mantuvo su distancia. Asintió en dirección a la cama—. Tú te quedas con la cama y yo con el sofá. Le pediré al servicio de habitaciones que me traiga

almohadas y mantas de repuesto para la noche.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Vamos, Lia, ya sabes por qué. Tu hermano está en el hospital, Mely se ha ido, y si Carolina está involucrada en esto, te conoce, y sabe lo que pasó entre nosotros. Vendrá por ti. No dejaré que eso suceda.

Mi corazón se derritió y me odié por ello.

—Quédate, Lia —Su teléfono sonó y lo recogió de la cama.

—Eso sonó como una orden.

—No lo fue. Fue una petición.

Antuan desbloqueó su teléfono. Su rostro se transformó de preocupación a rabia.

—¿Qué? Oh Dios mío, ¿qué sucede?

—Es un mensaje de Pritchard —Me ofreció el teléfono—. Léelo tú misma —Tomé el teléfono y leí el mensaje.

Te reunirás conmigo mañana en el mapa que te he adjuntado. Te vas a casar con Carolina.

Y eso era todo. Había una ubicación adjunta, en algún lugar a lo largo de la costa norte del país.

—¿Es él... qué? —Mis ojos se abrieron de par en par—. ¿Qué demonios?

Antuan me quitó el teléfono.

—Se lo estoy enviando a Smith.

No podría entender esto.

—¿Esa es su motivación? Pensé que te quería como socio de negocios.

—Lo hace. Creo que de eso se trata, pero es una prueba de que Carolina está involucrada.

—Como... ¿casarse para entrar en el negocio? —Parecía algo antiguo y en definitiva extraño. Me eché para atrás, y me senté en el sofá—. Guau.

—No lo sé. Obviamente, no va a suceder —El teléfono de Antuan sonó de nuevo, y lo miró—. Smith está subiendo para hablar de ello.

—¿Subiendo? ¿Está aquí?

—Aparentemente, están dando vueltas por los alrededores —dijo Antuan, y volvió a apagar

la pantalla del teléfono—. Dios, esto es un desastre.

Presioné mis manos contra los lados de mi cabeza otra vez, agitándola.

—¿Cómo vas a...?

—No lo sé, Lia, pero obviamente voy a tener que hacer algo al respecto. Smith tendrá más información cuando llegue aquí.

Él tenía el control, y yo lo apreciaba. Una parte de mí necesitaba que estuviera calmado para que yo pudiera darme el lujo de entrar en pánico por los dos.

—Todo va a estar bien, ¿verdad? —Era una pregunta patética. ¿Por qué estaba así?

Tal vez porque tu mundo se está desmoronando. Tu hermano está en el hospital.

Es un miedo válido.

Antuan se acercó a mí y me sacó de mi asiento. Me sujetó los brazos y me miró fijamente a los ojos.

—Oye —dijo—. Escúchame. Estoy aquí, y me encargaré de que las cosas estén bien muy pronto. No importa lo que cueste.

Caí hipnotizada en sus ojos por un momento, pero me endurecí contra la sensación, mentalmente.

—Necesito que creas eso, Lia. Necesito que creas en mí —Antuan estaba muy serio, con la mandíbula apretada—. ¿Crees que puedo arreglar esto?

—Sí, lo creo —Mi aliento se acumula en mi garganta—. Vamos a salir de esto.

—Bien. Eso es lo necesitaba oír.

Llamaron a la puerta y nos separamos. Smith estaba aquí. Era hora de resolver este asunto de una vez por todas.

VEINTIDÓS

Antuan

—Estoy tratando de ser paciente, Smith, pero estoy luchando. Explícame cómo eso ayudará —Me quedé de pie. Me ayudaba a sentirme como si estuviera en movimiento.

—Hay una razón por la que quiere que te cases con su hija —dijo Smith—. Apalancamiento.

—Pero no puede hacer eso —interrumpió Lia. Estaba sentada en el sofá, mirando al agente de enfrente como si fuera un libro que podía leer o una rana para diseccionar—. Es un matrimonio ilegal. No estoy muy familiarizada con las leyes en Francia, pero seguramente necesitarías una licencia de matrimonio. Tiene que ser algún tipo de truco.

—Definitivamente es una estratagema. Es una forma de obtener una reacción de Antuan. Pritchard sabe que estuvieron juntos aquí, y quiere hacer salir a Antuan.

—O está completamente loco —Lia agitó la cabeza—. No lo entiendo. Pero espera, espera un segundo...

—¿Qué? —Le pregunté.

—Carolina dijo que estaban comprometidos antes de que rompieran. ¿Podría ser parte de esto?

Smith no respondió, pero se volvió hacia mí, levantando una ceja. Era la emoción más humana que había visto desde nuestro primer contacto.

—No estábamos comprometidos —le dije—. Ella quería comprometerse, pero yo no.

—¿Qué quieres decir con que quería comprometerse? —preguntó Lia.

—Exactamente lo que dije. Ella lo quería, yo no. Llegó a hacer una fiesta de compromiso en la casa de su padre. Rompí con ella allí. Traté de no hacer una escena, pero ella ciertamente lo hizo.

—¿Esto sucedió delante de su padre? —preguntó Smith.

—Sí —contesté—. Pero dudo que su padre se ofendiera, realmente. Es un hombre de negocios. Y es algo común que mantengan separados el negocio de la familia.

—Sí, eso es totalmente cierto —Lia me señaló y me guiñó el ojo—. Excepto, ya sabes, ¿la mafia?

—Ella tiene razón —dijo Smith—. Esto podría ser tan simple como haber ofendido el honor de su hija y el suyo propio. Quiere matar dos pájaros de un tiro. Forzarte a que te comprometas y a

que hagas un trato. Tiene lo que necesita para que suceda ahora. Melissa.

Se me hizo trizas el estómago. Mierda, era difícil olvidarlo, pero cada vez que se mencionaba el nombre de Mely, mis entrañas se revolvían aún más. Yo la había puesto en esta posición.

—Entonces, lo que estás diciendo es que la vida de Melissa ahora depende de si Víctor está dispuesto a casarse con la chica de los pantalones de puma?

—¿Pantalones de puma? —preguntó Smith.

Lia hizo un gesto con la mano.

—Tiene que haber una forma de evitarlo.

—En pocas palabras, Antuan va a la reunión con un micrófono. Nos acercamos a su ubicación. Elegimos el momento oportuno y entramos para salvar a ambos y hacer los arrestos pertinentes.

—¿Qué es lo que no nos estás diciendo? —lo miré directo a los ojos cuando le pregunté.

—El hombre es resbaladizo. Si no lo fuera, lo hubiéramos detenido hace meses. Necesito algo de él. Una mención de las drogas, cualquier cosa que sirva como prueba de que está involucrado, personalmente, en la producción o contrabando —Smith se detuvo, su mirada de acero se movió de mí hacia Lia, y luego de vuelta—. Pero no lo conseguirás fácilmente. Sospechará de juego sucio.

—¿Por qué? —preguntó Lia.

—Debe saber que entregar un mapa de su ubicación le traería problemas. Asumirá lo peor: que has ido a la policía o que ya has recibido ayuda externa de otra autoridad, como nosotros. No es un idiota.

—Así que, esto es una trampa —Lia presionó su mano contra su estómago—. Es una trampa, ¿y vas a dejar que Antuan se meta en ella?

—No hay otra opción —le dije—. Encontraré la manera de tomar el control de la situación. Es lo que hago.

—No con tipos como este. ¿Nunca has visto El Padrino?

—No.

—Eso es... vaya, en realidad estoy decepcionada contigo.

El agente Smith aclaró su garganta, y nos callamos.

—Lia tiene razón en este caso. Tendrás que hacerlo enojar si quieres sacarle algo. ¿Cuál fue su impresión de este hombre cuando lo conoció?

—Tranquilo, siempre en control, ligeramente petulante —le dije—. No pasé mucho tiempo con él. La suma total de nuestras conversaciones consistió en que me pidió envíos de aviones no tripulados y yo me negué a entregárselos. Luego se lanzó algunas amenazas. Terminé mi relación con Carolina poco después.

Smith se tocó la barbilla y guardó silencio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lia.

—Ya te lo he dicho antes, y te lo volveré a decir, Lia, no hay *nosotros* en esta situación. Soy yo. Yo soy el que va a resolver esta mierda. No te quiero en peligro.

—En realidad —dijo Smith, y se golpeó la barbilla.

—No —Levanté la palma de mi mano—. No, no, no, no. Lo que sea que estés pensando, la respuesta es no.

—¿Qué pasa? —preguntó Lia.

—¿Dijiste que esta mujer habló contigo? —Smith le preguntó a Lia.

—¡Olvidalo! —Repetí—. Ella no se va a involucrar en nada de esto. No dejaré que la pongan en peligro.

—Esa no es tu elección —dijo Lia, en un tono bastante frío—. Victor es mi hermano y Mely es mi amiga. Si quiero ayudar, ayudaré —Se enfrentó a Smith de nuevo—. ¿Qué necesitas que haga?

—Necesitaría que fingieras ser su prometida, o al menos su novia.

—¿Eh?

—¿Eh?

Lia y yo nos hicimos eco el uno del otro.

—Fingirán estar comprometidos. Pritchard se enfadará cuando se entere, y así podemos usar eso a nuestro favor, para convencerlo de que revele algo. Lo último que esperará es que traigas a una mujer contigo. Lia, en particular.

—Esto está mal —Me obligué a caminar y a acercarme a la puerta—. No lo toleraré. Deberías irte, Smith, y volver cuando tengas una idea mejor.

—Esta es la única idea —dijo Smith—. Si entras solo, él gana. Si vamos contigo, él gana. Está esperando todo, menos esto. Lia, ¿estás dispuesta a arriesgarte a ver a esta gente cara a cara? Estarás desarmada y en gran peligro.

—Si eso ayudará a que Mely vuelva a casa a salvo, entonces sí. Claro que sí.

—No —Puse mis manos en puños—. Ella no. No haré eso con Lia. Encontraremos a alguien más.

—¿Quién? —preguntó Smith—. ¿Quién más podría ser una alternativa creíble?

No se me ocurrió nadie. Y Lia era la única con la que había pasado tiempo la semana pasada. Si Pritchard había estado mirando, y lo había estado haciendo, considerando el video de Lia que había recibido, entonces esto era... inevitable.

—Tendrás que ser convincente —dijo Smith, como si fuera una conclusión predecible de que iría con ella—. Tendrás que hacer que parezca que esto ha sido real desde el principio.

—Pero Carolina nos vio pelear —Lia me miró, ahora incierta. Su cabello era un desastre alrededor de sus hombros, y yo anhelaba tirar de él con los dedos. Si hubiera podido mantenerla en esta habitación y protegerla de mañana y de Pritchard, lo habría hecho.

—No importa. Las parejas se pelean todo el tiempo. Ustedes dos tendrán que ser convincentes —dijo Smith y se levantó de su asiento. Caminó hacia la puerta y puso una mano sobre mi hombro—. Nos encontraremos mañana al mediodía en el restaurante del hotel. Te informaré de todo lo que hay que hacer antes de que puedas reunirte con Pritchard —Y luego salió por la puerta y se fue, llevándose sus zapatos estándar para besar culos.

Le di un empujón a la puerta y la cerré.

—Carajo, ese tipo es molesto.

—Es la única manera —dijo Lia.

—No me hagas empezar. No tenías que meterte así.

—¿Qué se supone que debo hacer, Antuan? ¿Sentarme y ver cómo todo se va a la mierda a mi alrededor? —Su voz estaba cargada de emoción. Un nudo que yo había ayudado a causar—. No voy a dejar que esto sea peor de lo que ya es. Prometiste que todo estaría bien, y te dije que te ayudaría a hacerlo, y eso es todo.

Mantuve mi distancia. Acercarse demasiado sólo llevaría a tocar, y tocar, a follar...

—Estás decidida a hacer esto.

—Sí —dijo ella, levantando la barbilla.

—Bien —Me dirigí a la caja fuerte de la esquina. Escribí el código y luego lo abrí. La caja que contenía los anillos estaba allí otra vez. Los había colocado allí esta tarde, después del horrible fracaso de la boda.

Los saqué, abrí la caja, y luego me acerqué a Lia.

—¿Qué estás haciendo?

—Si estamos fingiendo, tendremos que hacer el papel —Quitó un anillo y lo puse en mi dedo, luego levanté su mano y presioné el anillo de Melissa sobre el suyo. Le quedaba un poco suelto—. Ahí. Eso funcionará.

—Hablas en serio. ¿Estás de acuerdo con esto ahora? —Preguntó Lia, con su mano aún apretada contra la mía.

—Tengo que estarlo, ¿no? La alternativa es que hagas lo que quieras de todos modos. Así es como te conozco.

—Cierto —La sonrisa de Lia fue breve, la primera que había mostrado desde que esto empezó—. Cierto. OK. Bueno, supongo que es hora de que vayamos a dormir.

—Toma la cama —le dije y soltó su mano de la mía.

Hubo un momento de tensión. Ninguno de nosotros se movió, sólo nos miramos fijamente, respirando, y eso fue todo.

Si la tomas ahora, ¿podrás dejarla ir otra vez? No, no podría. Nada había cambiado entre nosotros, aunque todo había cambiado a nuestro alrededor. Cuando todo esto terminara, yo seguiría siendo el tipo que no quiere comprometerse, y ella seguiría siendo la hermana de mi mejor amigo y alérgica al romance.

Presioné mi mano contra su mejilla y la sostuve allí.

—Siento que esto haya pasado, Lia. No soy bueno para disculparme, pero lo siento. Asumo la culpa de esto.

Algunas lágrimas se acumularon en sus ojos, pero ella parpadeó y las hizo desaparecer.

—Vamos a dormir un poco —dijo, y luego pasó junto a mí hasta la cama—. Puedes ducharte primero. Me arreglaré aquí.

—Gracias.

No me atreví a dar la vuelta y verla caminar hacia el baño.

Escuché el clic de la puerta detrás de mí.

Me giré, con esperanzas a media de encontrarla esperándome allí, pero la puerta estaba cerrada y yo estaba solo.

VEINTITRÉS

Lia

Las lágrimas caían por mis mejillas en la oscuridad.

Era patética. Seriamente patética.

Pasaba mucho tiempo llamándome así, pero por una buena razón. Era difícil aceptar lo que había sucedido. Mely había sido secuestrada, Víctor estaba en el hospital, y mañana sería un día decisivo. Nunca había sido una mujer débil y llorona, y me frustraba mucho haberme convertido en una ahora. Cuando realmente contaba.

Me arranqué las lágrimas de las mejillas, haciendo muecas en la habitación vacía.

Las luces de París brillaban entre los bordes las cortinas. La noche había terminado hacía mucho rato. Probablemente, el sol saldría pronto y revelaría mis vergonzosos ojos rojos.

Tienes que ser más fuerte que esto.

Por Víctor.

Por ti misma.

—Lia —Escuché la voz de Antuan desde el sofá, suave, y llena de lástima.

No lo necesitaba. Pero las lágrimas no paraban.

—¿Sí? —Me las arreglé para no lloriquear como una niña—. ¿Qué?

—Todo va a estar bien.

—Lo sé —dije, tratando de endurecer mi tono. Pero salió pequeño—. Dios, no sé qué diablos me pasa —Me estiré en busca de los pañuelos de papel, había una caja en mi mochila, la agarré y apreté uno en mi rostro para limpiarlo—. Sólo... olvídame de mí. Estoy bien.

Antuan se movió, y una figura se levantó del sofá. Se acercó al costado de la cama y se quedó allí.

—¿Qué necesitas? ¿Qué te ayudará a dormir?

—Nada me ayudará a dormir. No veo cómo se supone que pueda hacerlo ahora mismo.

La silueta de la cabeza de Antuan se balanceaba hacia arriba y hacia abajo.

—Llámame si necesitas algo.

Se volvió a dar la vuelta, para volver a su improvisada cama a pasar la noche.

—Espera.

Antuan se detuvo.

—Acuéstate conmigo.

—Lia...

—Nada de sexo. Sólo acuéstate conmigo. Me sentiré mejor así.

Y era verdad. Me hacía una idiota, pero era verdad. Al menos entonces tendría calor y otro ser humano a mi lado que respiraba con normalidad, uno que entendía lo que había pasado, alguien con quien pudiera empatizar.

La figura de Antuan no se movió. Su olor me envolvió, ahí estaba esa mezcla de limón y cuero. Me calenté al pensar en él, a pesar de que había jurado no hacerlo nunca más. Admitió que era su culpa. Y me había hecho sentir enfadada, pero celosa al mismo tiempo.

Celosa de haberse arriesgado con Carolina.

Y no conmigo.

Antuan echó hacia atrás las sábanas de la cama, y yo me moví para darle espacio. Se deslizó a mi lado, apoyó la cabeza en la almohada y miró al techo.

—Lo prometo.

—¿Qué? —pregunté.

—Que haré que esto termine bien. Saldremos de esta, todos nosotros, ilesos —Volvió la cabeza hacia mí, y la luz del exterior brillaba en sus ojos—. Te protegeré, Lia. Te protegeré y arreglaré esto.

—Antuan —susurré—. No es así. No espero que resuelvas esto.

—Es mi culpa.

No podría negar eso. Pero no era exactamente su culpa, ¿cómo podía saber que Carolina estaba relacionada con alguien tan peligroso?

—Ojalá nunca la hubieras conocido.

Odiaba haberlo dicho. Era un sentimiento desesperado.

—¿Por qué no?

—Pensé... Mira, no importa.

No podía darle la espalda. Lo miré fijamente, al menos a la mitad de su rostro que no estaba escondido en la sombra.

—Dime.

—Pensé que yo te gustaba.

—Me gustabas, Lia.

—Pero te fuiste después. Nunca me dijiste por qué —le dije—. Y una parte de mí, la parte tonta, quiere saber por qué había sido así. ¿Qué fue lo que te asustó tanto de mí?

—Te deseaba demasiado. No soy capaz de... de mantener la mierda del amor. La relación. Quedarme en un solo lugar, permanecer unido a alguien más. Siempre lo estropeo o pierdo el interés. No quería que eso pasara contigo. Y luego está el problema con Víctor.

Escuché, tratando de darle sentido.

—Me dijo que te fuiste para estar con otra persona.

—¿Qué?

—Víctor. Después de que desapareciste, le pregunté adónde habías ido. No creo que él supiera lo que había pasado entre nosotros, pero tenía una mirada extraña en su cara y luego me lo dijo. Que te habías ido a encontrar con una chica con la que habías estado en contacto por internet, que te gustaba y que te ibas para estar con ella.

—¿Y te lo creíste?

—No lo sabía, Antuan. Apenas te conozco.

—¿Qué se supone que significa eso? —Se giró completamente hacia su lado, presionando sus nudillos contra el colchón—. Ya me conoces. Nos conocemos desde hace años.

—Lo único que sé de ti es que tienes un gran pene y que eres amigo de mi hermano. Nunca hablamos demasiado.

—Una vez me hiciste un queso a la parrilla. De hecho, es el mejor queso a la parrilla que he comido en mi vida —dijo Antuan—. Y esa lasaña. Oh, ¿y recuerdas el Día de Acción de Gracias?

—Sabes a lo que me refiero. No hablamos. Y cuando lo hacemos, es tan limitado. Creo que estaba enamorada de ti por todo el misterio que representabas. Y el hecho de que fueras bueno con Víctor, y conmigo en cierto modo.

—¿Y por mi apariencia diabólica? —Me sonrió.

Alivió un poco la tensión entre nosotros. Quería resolver esto para que pudiéramos seguir

adelante después de que todo el asunto terminara. Movernos en direcciones separadas.

Mi corazón se apretó con el pensamiento.

—Lo que sea. Estoy tratando de ser real. Nunca dejas que nadie se acerque. Excepto Víctor.

—Porque Víctor es un amigo.

—¿Y yo no lo soy?

—Lia.

—¿No soy tu amiga?

—Me odiabas al principio de estas pequeñas vacaciones —dijo—. ¿Ya no lo haces?

—Me he acostado contigo dos veces, amigo. Desafortunadamente, mi barco del odio ha zarpado —Me palmeé la cara.

—De acuerdo. Te mencioné que te considero una amiga.

—Pero no, no lo somos.

—¿Intentas confundirme o algo así? —preguntó Antuan.

—No, digo que no podemos ser amigos porque no nos conocemos. No sé cuál es tu color favorito o tu comida favorita o incluso mucho de lo que haces para ganarte la vida.

—Estás bromeando. Esa mierda no importa.

—¿Entonces qué lo hace? —le pregunté.

—Saber quién es la persona que está dentro. Saber de lo que es capaz.

—Creo que puedo decir que sé de lo que eres capaz —No pude evitar la amargura en mi tono.

—Es muy amable de tu parte, Lia.

—Lo siento. La fuerza de la costumbre.

Un silencio cayó entre nosotros. Me tocó la mano ligeramente con sus dedos. Eso fue todo. No me agarró, ni intentó hacer un movimiento. Había leído bien la situación. No me iba a acostar con él.

Ugh. Estaba en la cama con él.

Pero no me lo iba a tirar otra vez. Ese era el punto.

—OK, así que mi color favorito —dijo Antuan, su voz hizo erizar la piel en mis brazos—, es probablemente naranja.

—¿Naranja? Eso es... interesante. No es lo que esperaba.

—El naranja es un color increíble, y funciona bien en la publicidad online.

Me reí.

—¿Ese es tu criterio para un color favorito?

—No, sólo me gusta —Me dio un golpecito en el dorso de la mano—. Tu turno.

Era surrealista, hablar con Antuan, sabiendo lo que vendría, pero la distracción me ayudaba a respirar después del horrible día que cambió mi vida por completo.

—Púrpura.

—Juntos hacemos una fruta de la pasión.

—¿No es la fruta de la pasión amarilla por fuera? —Le pregunté.

—Naranja —contestó con firmeza—. Comida favorita, siguiente.

—Todos dicen que les encanta la pizza, pero mi favorita es definitivamente la lasaña. ¿Tú?

—El croissant que me hiciste a los 16 años.

Me reí.

—No puedo creer que aún recuerdes eso.

—¿Estás bromeando? Fue la primera vez que nos vimos. Por supuesto que lo recuerdo —contestó—. Te veías increíble, y en ese momento, recuerdo que odiaba el hecho de que fueras la novia de Víctor. Y luego su hermana.

—Oh sí, es cierto. Pensaste que yo era su novia.

Mi alegría se desvaneció. Víctor estaba en el hospital, y los años entre esa reunión y ahora parecían bastante lejanos. No nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, Antuan y yo.

—Me gustan las hamburguesas de pollo. Y la pizza Hawaiana.

—Sabes, es ilegal en algunos estados —dije.

—Oh, no me digas que estás en el grupo del odio a la pizza con piña —Antuan me pasó los dedos por el antebrazo y luego por la mano otra vez—. Porque eso sería decepcionante.

—No, no lo estoy. Realmente no me importa.

—Indiferencia, aún mejor.

La conversación fluía fácilmente entre nosotros. Hablamos de los viejos tiempos, de todo lo que nos había separado desde el principio, y de Victor. Cómo queríamos que fuera feliz. Eso sólo me hizo pensar en Mely.

—Hemos estado hablando durante una hora —dijo Antuan, levantándose levemente para espiar el despertador—. Probablemente deberíamos dormir un poco —Hizo una pausa—. Ven aquí —Abrió sus musculosos brazos.

Volví a dejarme caer en su abrazo. Me pareció bien, pero me mantuve alerta en todo momento. No le dejaría entrar en mi corazón.

Ya está ahí dentro, chica.

—No creo que pueda dormir —dije, mientras un bostezo me estiraba la mandíbula.

—Lo harás —Su nariz descansaba contra la parte posterior de mi cabeza, y su aliento me calentaba—. Sólo relájate.

El silencio regresó, incluso las calles cercanas no tenían casi nada de tráfico. Se escuchaba el tic-tac de un reloj y nuestras respiraciones, nada más.

—Cuéntame un secreto —dije.

Antuan se puso tenso y luego se relajó.

—Mierda, estaba casi dormido.

—Lo siento.

—¿Un secreto? —Me acarició el cabello—. ¿Cuál?

—Cualquiera.

—Una vez me arrestaron. Victor me pagó la fianza.

Jadeé, y giré la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Robar autos —contestó—. Tuve una racha rebelde después de la secundaria. Victor fue el que me sacó de allí. Me pateó el trasero y me dijo que apreciara el privilegio que tenía, y que lo usara para hacer algo bueno.

—Guau.

—Así que, lo hice. He puesto en marcha una iniciativa en centros de recuperación de barrios de bajos recursos para que los niños se mantengan fuera de las calles y hagan algo útil después de la escuela. Diablos, para ayudarlos a seguir en la escuela también. Vamos a tener tutores y todo eso.

—Antuan, no tenía ni idea. Eso es increíble.

—Quería que los niños que no tenían mi privilegio tuvieran ventaja. Joder, eso suena cursi—, dijo. —Olvida que lo mencioné. Sólo lo mencioné por la pregunta secreta—.

—Lo sé—, dije,—pero aún así es increíble. Honestamente, lo último que esperaba de ti.

—Gracias por el voto de fe.

—Ja, lo siento. Eso no salió como yo quería que saliera. Sólo quería decir que fue algo inesperado, eso es todo. Pero entonces, una vez más sería porque no teníamos mucho tiempo para hablar.

—Por una razón, Lia. Ser amigos es más peligroso que ser conocidos. Te dije que siempre te quise —Me besó en la nuca—. Ahora, duerme, antes de que ambos terminemos haciendo algo de lo que nos arrepintamos.

Cerré los ojos y me alejé, reconfortada por su olor y su calor, y por el hecho de que estaría a salvo en sus brazos, al menos hasta que llegara la mañana. Y entonces todo terminara.

VEINTICUATRO

Antuan

Habíamos tardado más de dos horas en llegar de París a la costa de Francia. Estábamos en algún lugar fuera de Dieppe, aparcados cerca de una villa junto al mar en un coche de alquiler.

—¿Estás lista para esto? —Le pregunté.

Lia estaba preciosa esta mañana. Mierda, siempre se veía muy hermosa, pero hoy lo estaba aún más. Su cabello estaba suelto alrededor de sus hombros, rizándose suavemente, y se había puesto un poco de rímel y un toque de brillo en los labios. Llevaba un par de pantalones cortos y una camiseta combinada con zapatillas deportivas. Asumí que era por la comodidad.

Lia estaba concentrada en la villa y las escaleras que llevaban a ella, a lo largo de un camino de tierra entre ramas colgantes.

—Lia.

—No lo sé. Tengo que estarlo —Movié el anillo de su dedo—. Sí, estoy lista. Hagámoslo —Smith ya nos había enviado la información a ambos, y por lo que sabíamos, las autoridades, Interpol, FBI, y probablemente la DEA, se han colocado en posición alrededor de la villa. Pritchard tenía que saber que eso pasaría como consecuencia de revelar su ubicación. Debe estar preparado para ello.

—Vamos —dije y salí del auto. Di la vuelta hasta su lado del coche y le abrí la puerta. Le ofrecí mi mano y ella la cogió para salir—. No importa lo que pase ahí dentro, quédate a mi lado. A menos que te diga que te pongas detrás de mí. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo tengo.

—Lia —dije, y la cogí de las manos—. No importa lo que pase ahí dentro, haz exactamente lo que te diga.

—Te oí la primera vez.

—Pero yo te conozco. Sé que intentarás ser la heroína si tienes la oportunidad, y no se trata de eso. Se trata de sacar a Mely de ahí a salvo.

—Quiero que todos salgan de allí a salvo —dijo.

—Bien —Tragué, rocé una de sus mejillas con mi mano—. Bien. Porque eso es lo que va a pasar. Todos estarán a salvo pronto. Lo lograremos.

La necesidad de besarla me abrumó. Acerqué mis labios a los de ella.

Ella levantó su cara para encontrar la mía.

—Lo conseguiremos —susurró ella.

Mis labios estaban a una pulgada de distancia. Nuestras respiraciones se entremezclaban. La estudié, la acogí. Si esta fuera la última vez, ¿me gustaría irme sin besarla? ¿Ayudaría a la situación si lo hiciera?

Lia parpadeó hacia mí y luego se salió de mis manos.

—Vamos a llegar tarde —Cortó la situación.

—Correcto —La tomé de la mano y la llevé por el camino hacia los escalones delanteros del lugar—. Sígueme la corriente.

—Lo sé, Antuan. Ya hemos hablado de esto.

—Correcto —Le apreté la mano mientras ascendíamos. Una vez ahí, llamé a la puerta.

Se abrió y Pritchard apareció, ese hijo de perra de cabello gris vestido con un traje y una sonrisa de tiburón.

—Ahí estás. Casi llegas tarde —Su sonrisa se desvaneció en el momento en que puso sus ojos en Lia—. Y trajiste a alguien contigo. Pasen adentro dentro. Los dos —Dio un paso atrás y reveló a dos hombres de traje. Eran ordinarios y fornidos.

Entramos.

La puerta se cerró detrás de nosotros. Nos flanquearon y nos escoltaron a una gran sala de estar. Era elegante, decorada con sillones antiguos y una tumbona, con las cortinas estaban corridas sobre las ventanas para bloquear la vista al mar.

Carolina estaba sentada en una de las sillas, usando un vestido de novia.

Jesús. ¿Qué carajo...?

Levantó la vista y la sonrisa tonta que llevaba desapareció.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Carolina—. Ella es la del hotel. La destrozahogares.

—Esto será divertido —murmuró Lia.

Le apreté la mano, en parte para darle apoyo, en parte para decirle que me dejara manejar esto.

—Creo que a todos nos gustaría saberlo —dijo Pritchard, caminando hacia la ventana. Movié la cortina ligeramente hacia un lado, y luego la dejó caer en su sitio otra vez—. Esperaba trucos de la policía, no esto. Viniste aquí hoy bajo la instrucción de que te casarías con mi hija.

—No voy a casarme con tu hija —dije, y las palabras me supieron tan amargas como parecían.

—Ya insultaste a esta familia Una vez —Pritchard se paró detrás de la silla de su hija y puso una mano en el hombro de ella—. Dos veces, si cuento tu negativa a cooperar conmigo en los negocios. No permitiré que vuelva a pasar.

—Eso no puede ser de lo que se trata todo esto. ¿Matrimonio? ¿No es sobre los drones?

—Podemos hablar de negocios después de que ustedes dos estén comprometidos y casados —dijo Pritchard, apretando el hombro de su hija. Ella alargó la mano y le dio una palmadita a su padre—. Ahora, saca a esta libertina de aquí.

Los hombres se dirigieron a Lia.

Me volví contra ellos, con los dientes apretados.

—Si la tocas, te mato.

—Para —dijo Pritchard, señalando a sus matones—. ¿Matarlos? Eso es ambicioso, Ford. ¿Cómo los matarías?

—No puedo casarme con tu hija —dije, poniéndome entre Lia y los matones. La sostuve frente a mí y me encontré con la mirada de Pritchard—. Ya estoy casado. Con Lia —Levanté mi mano izquierda para presentar el anillo de bodas.

—¡No! —Carolina dijo—. No, no, no, no. Eso no puede ser verdad. Ustedes dos pelearon la otra noche en el pasillo. Lo vi con mis propios ojos.

Los hombros de Lia se tensaron bajo mis manos.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dijo ella.

Habíamos acordado que negaríamos cualquier explicación de esa lucha para evitar complicaciones.

—Estamos casados —dije—. Esto se acabó.

—No —Carolina se encogió de hombros de la mano de su padre y se puso de pie con dificultad—. No, no puedo creerlo.

Lia movió el anillo en su dedo hacia Carolina.

—Créelo. Por eso estoy aquí hoy, para decirles que se retiren y dejen a mi hombre en paz.

Habíamos practicado esto, las cosas que diríamos y cómo las diríamos. Cosas que los enfurecerían más a los dos y cómo usaríamos eso a nuestro favor, pero sonaba real en mis oídos. Lia siendo protectora conmigo.

No es real. No metas tus emociones en esta mierda.

—Así que, eso es todo. Nos vamos —le dije.

—No —Pritchard sacó un arma de su bolsillo—. No irás a ninguna parte —Apretó los dientes audiblemente—. Carolina, sal de la habitación. Llévate a la chica contigo.

—No la tocarás —dije, apretando mi mano sobre Lia—. Ella se queda aquí conmigo —¿Y Mely? ¿Dónde demonios estaba Mely? Jesús, ¿qué pasaría si no pudiera sacarle información? ¿Y si no pudieran salvarnos sin las pruebas? Seguramente, el hecho de que tuviera hombres armados aquí, y que tuviera a alguien cautivo, ¿era suficiente evidencia?

No entendía cómo funcionaba, pero no tenía tiempo de hacerlo.

—Se irá con Carolina, o la mataré ahora mismo —dijo Pritchard y apuntó con el arma a la frente de Lia.

—No quiero llevármela —dijo Carolina—. Está mintiendo. No pueden estar casados. La oí decir que ella no quería estar más con él. Es un truco.

Cada frase era un golpe a nuestra cubierta, pero mantuve mi cara impassible.

—Lia y yo nos casamos hace dos noches. No queríamos robarle el protagonismo a mi mejor amigo.

Pritchard entrecerró los ojos hacia mí.

—Carolina, lleva a la chica a la habitación de al lado.

—No me la llevaré —se quejó Carolina, y me acordé de ese lado de ella. Uno que había mostrado al final de nuestra relación. El que me había desanimado y que me ayudó a darme cuenta de en qué mierda me había metido.

—No iré. Pertenezco aquí, con mi marido.

Lia me acarició el brazo.

—¡Mentirosa! —Carolina gritó—. Eres una sucia mentirosa —Se lanzó a por Lia, con los dedos extendidos en el aire—. ¡Te voy a matar! ¡Te mataré!

Levanté un brazo y protegí la garganta de Lia.

Un disparo estalló en la habitación, y ambas mujeres gritaron. Lia presionó su cuerpo contra el mío, protegiendo su rostro. Carolina se tiró al suelo y se cubrió la cabeza con los brazos.

Pritchard se paró con su arma apuntando hacia arriba. Había hecho un agujero en el techo, y los hombros de su traje estaban empolvados con el rocío de yeso.

—Carolina —dijo—. Levántate y saca a esta mujer de aquí.

—No te la llevarás.

—Está bien —dijo Lia, y me miró—. Está bien.

—Lia —Esto no era parte del plan. Aún no le habíamos sacado nada, y sólo Dios sabía qué demonios estaba pasando ahí fuera. Smith ya debería estar aquí, después del disparo y las amenazas.

—No. Está bien —susurró.

—Lia, no te dejaré...

—No es tu decisión —siseó ella y se apartó de mi agarre.

Carolina sujetó el brazo de Lia y la acompañó fuera de la habitación. Los dos matones se dieron la vuelta hacia mí, por si se me ocurría hacer algo raro. Miré a Pritchard, con los ojos entrecerrados. Este hombre me había causado demasiados problemas.

—Desde el principio dejé claro que no me interesaba ser parte de tu mundo —dije—. Nunca te ayudaré.

—No te precipites, Antuan. Sólo quiero hablar —Pritchard señaló con su pistola a uno de los sillones.

Revisé las cortinas, maldiciendo el hecho de que estuvieran cerradas. Si al menos pudiera ver hacia afuera, podría evaluar lo que se avecinaba: un equipo SWAT. Alguien que nos apoyara aquí.

—¿Buscando a tus amigos? —preguntó Pritchard.

Mi mirada volvió a su cara.

—Como dije, Antuan, siéntate. Ahora.

No me iba bien con las órdenes, pero este hombre no me estaba dando muchas opciones. Si no me sentaba, me volaba los sesos.

Hice lo que me pidió.

—Bien, eso está muy bien —Pritchard tomó su lugar en la silla frente a mí. La habitación estaba iluminada sólo por los rayos del sol que se colaban por las cortinas. Apoyó el arma sobre su rodilla, sosteniéndola hacia mí—. Ahora, podemos hablar.

—No trabajaré contigo.

—¿No lo harás? Eso es una pena. Si no lo haces, mataré a la gente que amas. No estoy seguro de que tu matrimonio sea un ardid o no, pero no lo creo. Te casarás con mi hija, y harás como yo digo.

—No —Moví la cabeza hacia la puerta.

—No van a venir. No pueden escuchar ni una palabra de nuestra conversación —dijo, y se inclinó hacia adelante, llamando mi atención—. Mírame, Antuan. Yo no te mentaría. Soy un traficante de drogas. Soy la cabeza de un negocio criminal, una *familia* si se quiere, y Carolina será mi heredera. Quiero que tenga buenos contactos, no patéticos, y tú eres el único bueno con el que me he encontrado. Vas a ser parte de mi legado te guste o no. Si realmente estás casado con esa otra mujer, el problema se resuelve fácilmente.

Mi pulso se aceleró. Cerré los puños contra la tapicería de la silla.

—Mencioné que me dedico al tráfico de personas, ¿no? Es una mujer bonita, un poco vieja, pero algunos hombres están bien con eso. Puedo hacer que se la vendan a un príncipe en alguna parte. Un jeque, incluso.

Pritchard mostró sus dientes.

Tenían que haber oído eso. Había sido una confesión categórica. Esperé a que las paredes temblaran, las ventanas se rompieran, lo que fuera, pero no pasó nada.

—Nadie va a venir —dijo Pritchard, y levantó un dedo—. Yo soy el responsable del auge de la adicción a la heroína en la costa este de los Estados Unidos —Mantuvo el dedo erguido, y lo giró en círculo—. ¿Ves? Nada. ¿Quieres saber por qué? Tengo un dispositivo en esta habitación. Un bloqueador de audio. Tan simple como eso.

Se me estremeció el estómago, pero no dejé que se me notara en mi expresión.

—Ni idea de lo que estás hablando —le dije.

—Por favor, Antuan. No insultes mi inteligencia. No te culpo por querer ganar. Aprecio a un hombre que disfruta de la competencia. Por eso te necesito en mi organización. Tienes el dinero, los medios y el cerebro para ello. A diferencia de Carolina. Es patética como mente de negocios. No puedo dejar que se haga cargo de mi legado. Necesito un heredero.

—Encuentra a alguien más.

—Es demasiado tarde para eso ahora. Carolina te quiere y te tendrá, y yo tendré mis drones —Levantó el arma y me apuntó—. Nada me impedirá hacer lo que quiero. Lo harás, o traeré a las dos mujeres aquí, Melissa y Lia, y las mataré delante de ti.

¿Qué otra opción tenía?

Abrí la boca para responder, pero un grito resonó desde lo más profundo de la villa.

VEINTICINCO

Lia

Carolina gritó de nuevo, mientras yo la sujetaba por el cabello.

La tenía al alcance de mi mano. Ya la había obligado a arrodillarse. Ella había tomado la desacertada decisión de tratar de intimidarme en uno de los dormitorios.

Me metió dentro y cerró la puerta con llave, pero no tenía un arma ni medios para detenerme, y los matones estaban afuera sin poder hacer nada, excepto tumbar la puerta para poder entrar.

Que lo intenten.

—¡Putas! Te mataré por esto. ¡Suéltame el cabello! —Carolina se movió hacia atrás, sacudió la cabeza, pero no la ayudó en nada. Ella tenía la fuerza muscular de una niña de dos años, y yo tenía algo de carne en los huesos por lo menos.

Para eso había hecho Pilates. Todos esos calambres estaban a punto de dar sus frutos.

—Cállate —le dije, y le puse una mano en la boca.

Ella luchó contra mi agarre, pateando y escupiendo como un gato salvaje, pero a mí no me importaba. En cuanto me obligó a entrar en esta habitación y vi al otro ocupante, el mundo se tornó rojo.

Mely estaba atada en la esquina, en la cama. Sus ojos estaban muy abiertos, y sus mejillas manchadas de lágrimas y rímel estropeado. Su vestido de novia estaba arruinado, rasgado en el pecho, así que algo de su piel se asomaba. Si habían lastimado a mi amiga, haría algo drástico.

Coloqué un brazo alrededor del cuello de Carolina y lo apreté, obligándola a ahogarse. Fue un movimiento que aprendí en una clase de defensa personal muchos años atrás. Victor había insistido en que tomara uno de esos cursos si quería quedarme en mi propio apartamento.

La estrangulé, apretando mi mano.

Ella soltó gritos ásperos, y un ruido sordo golpeó la puerta detrás de mí.

Finalmente, la lucha de Carolina se detuvo, y se desplomó en mis brazos. La dejé caer como si fuera una serpiente, técnicamente, lo era, y corrí hacia Mely en la cama.

—Está bien —dije, pero había pánico en mi voz.

—¡Abran! ¡Carolina! —Una voz tronó a través de la puerta, seguida de otra explosión. Alguien había agarrado el pomo de la puerta y lo había sacudido con furia.

—Haremos esto rápido. Date la vuelta, Mely.

Mi amiga se puso de costado y me mostró la corbata que le ataba las muñecas. Busqué en la habitación cualquier cosa afilada, con el corazón en la garganta.

Mely gimió de nuevo, moviéndose en el colchón.

Salté de la cama y corrí al escritorio de la esquina. Abrí los cajones de a tres por vez y busqué entre ellos un par de tijeras. No había nada. Nada.

—Vamos —murmuré—. Vamos, vamos, vamos.

Si pudiera liberar a Mely, podríamos escapar por la ventana. Nada de lo había sucedido hasta ahora había salido según lo planeado.

La puerta se abrió con un ruido sordo justo cuando mis manos se cerraron alrededor de un par de tijeras.

Me giré, sosteniendo mi arma.

Un tipo enorme con un traje entró. Tenía la cabeza del tamaño de una puta bola de bolos, los ojos demasiado juntos y los labios finos. El sudor cubría su frente.

—Baje eso, señorita —dijo, sin mirar a Carolina.

—No —dije—. Retrocede —Sacudí las tijeras en su dirección. Era ridículo, por supuesto. No tenía ninguna oportunidad contra esta montaña de hombre. Definitivamente había comido sus Cheerios esa mañana, y todas las mañanas desde el principio de los tiempos.

—Ahora, vamos, no hay necesidad de eso. Deme esas tijeras y arreglaremos todo esto.

Me sorprendió que pudiera terminar una frase. ¿Cómo es que sus músculos no consumían los nutrientes de su cuerpo? No tenía palabras para responderle. Dejé las tijeras apuntándole y volví al escritorio. Si no hacía un movimiento pronto, él me capturaría.

¿Quizás si me zambullo hacia él?

Tenía la ventaja de la agilidad, al menos. No hay forma de que un hombre de ese tamaño se mueva lo suficientemente rápido como para detenerme.

Ahora. Hazlo. ¡Ahora!

—¡Ahora! —Grité, y me agaché hacia él empujando las tijeras en su dirección.

La mano del hombre se sacudió y me sujetó la muñeca con facilidad. Me apretó con fuerza, y mis dedos se abrieron. Las tijeras se estrellaron contra el suelo. Mely dejó escapar un sollozo apagado detrás de mí.

—Mierda.

—Bien, así —dijo el hombre y me arrastró hacia la salida—. Volverás a la sala de estar ahora. Creo que Pritchard querría hablar contigo sobre tu comportamiento.

—¡Suéltame! —Grité—. Suéltame ahora mismo.

—Silencio, señorita.

Su agarre era increíblemente apretado, y los huesos de mi muñeca dolían.

—Me estás lastimando.

—Bueno, deberías haber pensado en eso antes de intentar destriparme con aquellas tijeras.

Tenía razón en lo que decía. Mi intento había sido una idiotez, pero Dios, ¿qué otra cosa podía haber hecho en esta situación?

¿Agachada? Es una idea horrible.

—Aquí dentro —dijo el matón, y me arrastró de nuevo a la sala de estar.

Vi brevemente a Pritchard, sentado en un sillón con un arma, y a Antuan, medio fuera de su asiento, con una señal de alarma por toda su cara, antes de que el matón se moviera delante de mí.

—Sr. Young —dijo—. La señorita no se comportó. Noqueó a Carolina y trató de apuñalarme con tijeras.

Un gran suspiro resonó.

—Déjala aquí conmigo. Lo solucionaré.

—Sí, señor —El matón me arrastró delante de él, con sus manos presionando sobre mis hombros.

—¿Quiere que la ate?

—Sí, Joel.

El matón tenía un nombre.

—Manos a la espalda, señorita —dijo, y movió mis brazos en su sitio sin esperar. El plástico se deslizó contra mi piel y se apretó—. Está lista, Sr. Young. ¿Dónde la quiere?

—Siéntala aquí. A mi lado —Se había trasladado a la sala de descanso, y estaba acariciando el lugar vacío a su lado. Antuan se movió, pero Pritchard le apuntó con el arma, casi perezosamente—. Yo no haría nada estúpido si fuera tú, Antuan.

El matón me empujó al asiento de al lado de Pritchard y luego se retiró. La puerta pulida se cerró con un clic apenas un momento después.

—Ahí —dijo Pritchard—. Ya que no puedes comportarte sin mi supervisión, tendrás que sentarte aquí con los grandes.

—¿Grandes? —Le pregunté—. Lo dudo mucho.

Los labios de Antuan se movieron hacia arriba en las esquinas durante un milisegundo, y luego se volvieron a acomodar. Estaba dolorido, las líneas de su frente se veían pronunciadas.

—Eres una luchadora —Pritchard puso su brazo sobre mis hombros—. Odio eso en una mujer. Odio a las mujeres que no conocen su lugar, y parece que tú eres una de ellas. Por eso Antuan va mejor con Carolina. Es una mujer que sabe cómo complacer a su hombre.

—Eso es asqueroso, amigo —dije, alejándome de él—. ¿Hablas así de tu hija?

—Voy a engrapar tu lengua en tu labio inferior si no cuidas tu boca —dijo, y buscó en mis ojos por miedo.

Estaba allí, en la boca del estómago, pero me negué a dejar que se me notara en la cara para darle el placer de este imbécil. Había estado tan asustada anoche, asustada por mi hermano y por Mely, e incluso por mí y por Antuan, pero ya había superado eso.

Era pelear o morir.

—Me das asco —dije—. Ve a buscar tu grapadora si crees que hará una diferencia.

—Lia —Eso vino de Antuan—. No.

—No voy a sentarme aquí y escuchar a este tipo —¿Por qué no lo había arrestado ya el FBI?—. Eres un pedazo de mierda.

—Lia, detente —dijo Antuan.

—Ah, ya veo —Pritchard se rió y se me acercó—. Descarada y sexy, pero estúpida —Me estampó un beso baboso en la mejilla, con sus bigotes raspando contra mi piel—. Verás, nadie viene a salvarte. El micrófono que llevas no capta ningún sonido. Hay un dispositivo instalado en esta habitación, es un interferente.

Un interferente.

Pero no sólo había estado en esta habitación. Yo había estado al final de la villa. Y Carolina había gritado y todo lo demás.

Y tan pronto como el pensamiento llegó, se produjo un choque.

Las ventanas explotaron hacia adentro, y los hombres uniformados entraron en la habitación. Gritaron órdenes. Los acontecimientos se prolongaron, más de lo que deberían. Pritchard levantó su arma, el gatillo parpadeó, y hubo un estallido, pero nadie cayó.

Pritchard fue derribado, y ahora estaba con las manos atadas a su espalda. Lo mismo se le hizo a Antuan, y luego a mí. Todos nos vimos obligados a tirarnos al suelo.

Pasó el tiempo y, finalmente, llegó Smith. Fuimos liberados tanto Antuan como yo. Melissa fue traída a la habitación. Y eso había sido todo.

VEINTIÉIS

Antuan

—No deberías estar aquí, Antuan —Mely agarró la puerta por la manija y me hizo una mueca de dolor, como si fuera a hacerme desaparecer—. No quiere hablar.

—Entonces, ¿qué?, le dije, ¿se supone que debo dejar que las cosas sean así y ya? No voy a hacer eso, Melissa. Necesito verlo —Me paré en el pasillo del hotel, con las luces brillando, avivando un dolor de cabeza que había desarrollado por falta de sueño. Y de tener que dar declaraciones incesantes a los federales, a la Interpol y a quien sea que las hubiera solicitado.

Había pasado un día desde el enfrentamiento en Dieppe. Victor se había negado a hablar conmigo desde que sucedió. Había sido dado de alta del hospital poco después de que Melissa regresara al hotel, y había estado ignorando mis llamadas e intentos de comunicación desde entonces. Lia también, pero sus razones eran diferentes.

Yo había ido a su habitación primero, pero ella no había estado allí. Necesitaba hacer que las cosas volvieran a estar bien. Con todo el mundo.

—Tengo que hablar con él.

—Lo siento, Jake, no creo que sea una buena idea...

—¿Quién está ahí? —La voz de Victor sonó desde dentro de la habitación—. ¿Quién está en la puerta, Mely? —Su prometida, que aún no es esposa, suspiró—. Es Antuan.

Siguió un silencio.

—Déjalo entrar.

—¿Qué? Pero, Victor...

—Está bien. Puedo manejarlo. Déjalo entrar.

Melissa se encogió de hombros y se alejó de la puerta, abriéndola de par en par. Esperó a que estuviera dentro y luego se dispuso a salir.

—Volveré pronto —dijo Mely, por encima de su hombro—. Voy a ir un poco de café.

—Mely —dijo Victor, en tono de advertencia.

—Estaré bien, Charles. Estoy bastante segura de que nadie va a saltar de la máquina de café a secuestrarme de nuevo.

Pero se estremeció al decir las palabras.

Cerré la puerta de la habitación, luego crucé la alfombra y me detuve frente a la cama. Victor estaba acostado sobre ella, apoyándose sobre la madera y mirando la televisión en la pared. Su brazo estaba envuelto en gasa a la altura del hombro.

—¿Qué tan malo es?

—Es una herida superficial. No tocó ninguna vena o arteria importante. Estoy bien —dijo Victor, y puso una mirada fría en mi dirección—. Si no lo estuviera, no estaría aquí. Estaría muerto.

—Victor, yo...

—¿Qué carajo pasó, Antuan? ¿Y por qué sucedió en mi boda? —Me tomé un respiro.

—Pritchard Young...

—Conozco los detalles —dijo Victor, haciendo un gesto con la mano—. Lo que quiero es entender por qué permitiste que esta mierda te siguiera hasta aquí. A la boda. A mi boda —Tembló de rabia, y su rostro se enrojeció.

No permitía que la gente me interrumpiera, excepto Victor, aparentemente. Y Lia. Y los hombres armados.

Mierda, esto ha sido una pesadilla.

—Victor, no hice nada de esto a propósito.

—Melissa... es todo para mí. ¿Y Lia se involucró? ¿Lia?

—Eso fue una insistencia ella. Ella tomó la decisión.

—Pero aún así la dejaste.

—No había nada que pudiera hacer para detener a tu hermana. Lo intenté, pero ella toma sus propias decisiones.

—Se suponía que la protegerías. Cuando no puedo estar allí, se supone que es tu deber... —Se pasó una mano por la frente—. No puedo lidiar con esto ahora mismo. Me está haciendo temblar. Estoy tan jodidamente enfadado, hombre. Esta era mi boda. Y ahora, solo sigo comprometido y estoy a punto de volar a casa con una herida de bala en su lugar.

—Lo siento —gruñí.

Me costaba tener que disculparme cuando estaba tan enojado, pero Victor se lo merecía. Habíamos sido amigos durante años, y yo lo había puesto en peligro.

—No entiendo por qué no me lo dijiste —continuó Victor, respirando más fuerte aún—. Pensé que éramos unidos, hermano. Hemos pasado por muchas cosas juntos.

Me apoyé en el costado del sofá.

—Lo hemos hecho.

—Te pagué la fianza cuando estabas en la mierda. Nunca lo mencioné, pero estuve ahí para ti cuando me necesitaste. Yo fui quien te dio una inyección de capital porque tu estúpido padre no lo hizo.

—Lo sé, Víctor —dije, revuelto por dentro—. La cagué.

—No se trata de la cagada, amigo. Ni siquiera se trata del hecho de que pusieras en peligro nuestras vidas, sino de que me mentiste.

—¿Cómo he mentido?

—Omitiste todo el tema. No me dijiste lo que venía. Ni siquiera me dijiste lo que pasaba entre tú y Carolina. ¿Cuál era el problema con eso? Pensé que éramos hermanos, ¿hombre?

—No sabía que éramos hermanos que hablábamos de todo.

—Cuando todo puede poner en peligro nuestras vidas, entonces sí lo somos —Víctor levantó el puño y lo golpeó contra el colchón—. Pensé que éramos más cercanos que esto.

—No quería preocuparte. Era tu boda.

—¿Esa era tu forma de proteger mis emociones o algo así? Puedo manejar mis malditas emociones. Es que me disparen y secuestren a mi prometida delante del altar, lo que no puedo manejar —gritó la última parte.

—Bien —dije—. Debí habértelo dicho —Él también tenía razón, pero el tema era clasificado. Smith me había dado instrucciones de no hablar con nadie, y mucho menos con Víctor. También tenía contactos—. Hice algo malo, y todos pagamos el precio por ello. Lo siento mucho, Víctor.

Mi mejor amigo suspiró después de un minuto. Su mano se relajó.

—Está bien, amigo. Quiero decir, es una mierda, ¿pero qué puedo hacer al respecto? —Me miró fijamente—. Pero tenemos que ser realistas. No puedes hacer esto de nuevo. No más secretos, especialmente si afectan nuestras vidas, por el amor de Dios.

Me encontré con su mirada. La culpa corría por mis venas.

—No más secretos —dije, y me senté en el sofá, intentando ponerme más cómodo, aunque nada parecía ayudarme. Todavía tenía un secreto importante guardado. Lo que había pasado con Lia.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —Le pregunté—. Sobre la boda?

—La hemos pospuesto. Naturalmente, el viaje se arruinó, así que no vamos a ser capaces de seguir adelante con lo que queríamos, pero todo saldrá bien. Lo haremos en Los Ángeles.

—¿Voy a recibir una invitación?

Victor se rió.

—Lo pensaré.

—Así que, todos ustedes se van a ir a casa ahora. Y seguirás en los negocios, como de costumbre.

—Sí. Todo el mundo está volando tan pronto como puedan. Ya ayudé a Lia a organizar su vuelo y me despedí. Debería estar en el aeropuerto ahora, en realidad.

Mi cabeza no se agitó, aunque mi estómago se hundió por completo.

Mierda.

Lia se había ido. Estaba casi fuera de París ahora, y no se había molestado en decirme adiós. Ella había entendido lo más importante aquí, que nosotros no podíamos permitir que lo que había pasado en este viaje continuara.

Se había acabado.

Bien, así no tendría que guardar más secretos. No iba a perseguirla. Me olvidaría de ella y seguiría como antes.

Simple.

Pero ya me sentía vacío. La idea de ella volando sola y yo sentado aquí...

—¿Estás bien, hombre? —preguntó Victor—. Te has quedado mirando la ventana por una eternidad. Como un idiota.

Asentí con la cabeza.

—Sí, estoy bien.

La puerta se abrió y Mely entró, salvándome del escrutinio.

—Traje café —dijo, y me dio uno y luego le llevó el otro a Victor. Ella lo besó en la frente. Su mirada era suave y cálida, y... joder, ¿por qué se me hacía un nudo en la garganta?

Aclaré mi voz y me levanté, sosteniendo la taza para llevar.

—Gracias por esto, Melissa. Será mejor que vuelva a mi habitación, tengo que empacar y toda esa mierda.

—Oh, ¿no te vas a quedar a charlar? —me preguntó.

Victor hizo señales detrás de ella, arrastrando su mano por el aire.

Apenas pude evitar reírme.

—No, tengo la sensación de que ustedes dos necesitan un tiempo a solas.

Mely se volvió hacia Víctor, frunciendo los labios. Él dejó caer su mano un milisegundo demasiado tarde.

—Huh —dijo ella—. Me pregunto de dónde sacaste esa idea.

Salí de la habitación, el café calentaba mi palma, pero el resto de mi cuerpo y mi alma estaban fríos.

VEINTISIETE

Lia

—¡Estoy tan feliz de verte! —Flor chillaba, y me abrazaba hasta el cuello. Era la quinta vez que lo hacía desde que había entrado en el apartamento. Organizó una fiesta sorpresa de bienvenida para dos personas.

La primera era ella, con sus mechones dorados y su sonrisa brillante, y la otra invitada era su gata Tabitha, que no se preocupó en lo absoluto de que yo estuviera en casa, y se acostó en el sofá para lamer la parte inferior de su pata trasera.

—Es bueno estar en casa —le dije.

El interior de mi apartamento era el mismo que el que había dejado, pero todo se sentía diferente. Como si hubiera cambiado mis viejos ojos por unos nuevos. Los colores no habían cambiado, pero era como... un recuerdo de una persona que yo ya no era.

La última vez que estuve de pie en mi sala de estar, había experimentado un dolor emocional. Me había dolido el hecho de que hubiera perdido mi canción, que me hubieran traicionado, y ahora... Dios, no sabía ni siquiera qué sentir.

Estaba confundida, solo, extrañando a Antuan aunque había jurado que no volvería a hacerlo.

No podía volver a hablar con él. No hasta que supiera cómo lidiar con mis sentimientos.

—No estás contenta —dijo Flor, su entusiasmo había disminuido—. ¿Es porque hice hummus? Pensé que te gustaba el hummus.

Una colección de golosinas y bebidas adornaba la mesa, nuestros bocadillos favoritos nos esperaban para una sesión nocturna de repeticiones de The Big Bang Theory. Era algo así como un Superbowl acompañado de alitas de pollo BBQ y salsa de queso azul, era perfecto.

—Es genial —le dije, y la abracé—. Gracias por ayudarme con mis maletas.

—No hay problema —Flor se echó hacia atrás y me sostuvo a la distancia de sus brazos—. En serio, ¿estás bien? ¿Te ves un poco... incómoda?

—Supongo que es raro estar de vuelta —Me senté en el sofá al lado de Tabitha, la gata atigrada. Ella hizo un ruido despreciativo y saltó al sillón—. Bueno, discúlpeme, su majestad.

—Ya sabes cómo es Tabby —dijo Flor, y se sentó a mi lado. Me rodeó con su brazo y me acercó a su lado, moviéndome de un lado a otro—. Ella te odia, pero seguramente dormirá sobre tu cabeza esta noche.

—Estoy deseando que llegue ese momento —Definitivamente era una broma. Me había

despertado unas diez veces con el gato masticando mi cabello, ronroneando suavemente sobre mi cabeza o cubriendo hasta la mitad de mi cara. Flor decía que era porque yo le agradaba, pero yo me imaginaba que era una extraña forma de venganza por negarme a rellenar su plato de croquetas cuando en primer lugar ya había croquetas perfectamente buenas servidas en él.

—Es realmente extraño estar de vuelta —dije, escaneando el espacio. Mis velas en el atril, junto a nuestro televisor de pantalla plana. El viejo reloj de la esquina que había dejado de funcionar pero que Flor insistía en que conserváramos porque era el primer regalo que su madre le había dado como regalo de bienvenida.

El apartamento era lo suficientemente grande para los dos, pero lo suficientemente pequeño como para recordarnos que no lo habíamos logrado.

—Entonces, cuéntamelo todo —dijo Flor—. ¿Cómo estuvo la boda?

Me reí, en una pequeña serie de sonidos extraños.

—¿Qué? ¿Me he perdido algo? Aparte de la boda, quiero decir.

Flor asomó la lengua por la esquina de su boca y me soltó. Se echó hacia atrás en el viejo y gastado sofá beige. Lo habíamos conseguido de segunda mano y con el tiempo nos dimos cuenta de que alguna vez debió haber sido blanco o al menos crema. Arrastró un plato a su regazo, luego lo sirvió con alas, palitos de zanahoria, pepinos y aderezo.

—Te lo perdiste todo.

—Eres tan dulce.

—No, quiero decir, bueno, mierda, fue una locura. Ni siquiera sé por dónde empezar —Busqué las palabras correctas—. No hubo boda.

Flor dio el grito de asombro apropiado en respuesta a eso.

—¿Estás bromeando?

—No — Entré en la historia, de principio a fin. Flor era la audiencia perfecta: el público se asustaba en todos los puntos correctos, movía la cabeza cuando era necesario y se reía cuando le decía lo terriblemente mal que había ido algo. Pero al final, estaba incrédula.

—¿Y eso es todo? —preguntó—. ¿No pasó nada más? ¿Qué hay de ti y Antuan?

—¿Qué hay de nosotros? —respondí—. Ugh, olvida eso. No hay un nosotros. Nunca ha existido, y ese es el punto. Era un cuento de hadas mental. Dios mío, ¿a quién estoy engañando? Fue una pesadilla. Me acosté con él, y luego sucedió todo esto.

—Cariño.

—Tú fuiste la que me dijo que lo evitara, Kath. Lo intenté, lo hice. Y este es el resultado.

—Sí, pero nunca habría dicho eso si me hubiera dado cuenta de que te afectaría así.

—Vaya, gracias —Giré mis ojos hacia el techo—. Me siento aún mejor ahora.

—Hablo en serio, Lia. Tal vez deberías hablar con él. Aclarar las cosas o algo así. Averigua cómo se siente, porque si él se siente como tú entonces... no lo sé, tal vez deban tener una discusión más profunda.

—¿Hablas en serio? —pregunté, mordiendo mi labio inferior.

—Claro que sí, lo digo en serio —Me sujetó del brazo y me apretó ligeramente—. Vamos, Lia. Te mereces un final, y está claro que no lo tienes.

—¿Por qué está tan claro?

—Por cómo hablas de él. Cada vez que lo mencionas, te iluminas como un maldito árbol de Navidad —Flor agarró mi bolso de la mesa auxiliar y lo rebuscó con los dedos que sólo podían estar húmedos por todo el pollo y la salsa—. Aquí —dijo, y me pasó el teléfono.

—Es el teléfono que usé en Francia. Necesito el otro.

—Oh, OK —Se levantó del sofá, colocó su plato en la mesa y fue a mi cuarto. Siempre habíamos sido así, tan acostumbradas a nuestra compañía que éramos tan cercanas como hermanas.

Tabby saltó de su sillón, se subió a la mesa de café y comenzó a oler los huesos de pollo desechados.

—¡No, Tabby! —Siseé—. Bájate.

Dio otro prrt de indignación y saltó al suelo. Se metió en la habitación de Flor, con la cola recta como un atizador.

Flor salió corriendo un momento después.

—Ahí —dijo—. Lo encendí y todo.

Le quité el teléfono y luego lo mantuve en mi mano unos segundos.

—No tengo su número —La realización me sacudió. Me gustaba, y ni siquiera tenía su número—. Dios, ¿qué estoy haciendo? Esto es una locura.

—Dámelo —dijo Flor, y extendió la palma de su mano.

Le di el teléfono, y ella se puso a trabajar tocando y desplazándose y haciendo lo que mejor sabía hacer cuando se trataba de teléfonos.

—¡Allí está! —Lo devolvió a mi mano—. El número está en la pantalla.

—Esto es un teléfono fijo.

—Es el número de su oficina aquí en Los Ángeles. Estoy segura de que tendrá a alguien allí.

—Son las siete de la noche.

—¿Y qué? Todos en esas grandes empresas trabajan horas extras. Es probable que consigas a su asistente, y luego ella te pondrá en contacto con su teléfono celular, y luego hablarás con él, y te dirá cuánto te extraña —dijo, sonriéndome y apretando sus manos contra su pecho.

—Bien, ¿quién eres y qué has hecho con mi amiga? —Le di un codazo en la rodilla—. ¿Desde cuándo te importan todas estas cosas románticas?

—Lo que sea. Sólo haz la llamada. No seas gallina.

Y ella me tenía allí, y yo estaba definitivamente entreteniéndome. Miré fijamente la pantalla y finalmente golpeé mi dedo contra el icono verde del teléfono. Presioné el celular contra mi oído y escuché.

La línea hizo clic y los repiques comenzaron. Los conté mentalmente.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

—No hay respuesta —dije—. No hay respuesta.

—Inténtalo de nuevo —Flor me dio una palmadita en la rodilla.

—No, Kath, no hay nadie allí. Nadie responde, y aunque lo hicieran, esto no es lo que yo debería estar haciendo. ¿Llamando a su número de trabajo para poder hablar con él? ¿Sobre qué? —Le pregunté, con el teléfono aún en mi oreja—. Para decirle que yo...

—¿Hola? —La voz de Antuan bajó por la línea.

Fue un shock para mi sistema. Miré directamente a Flor, pero sin verla realmente. Había sido reemplazada por una imagen de él en mi mente.

—Hola, habla Antuan Ford. ¿Quién está ahí?

Estaba en el trabajo, tarde. Como si hubiera vuelto de Francia y decidiera que tenía que estar trabajando todo el día. No había intentado ponerse en contacto conmigo. Me mojé los labios. Esto era una tontería. Separé el teléfono de mi oreja y colgué.

Flor gimió.

—¿Estás bromeando? Te acobardaste totalmente.

—Amiga, ¿cuál es la regla cardinal sobre las citas? ¡La chica nunca llama al chico! La chica nunca llama al chico.

—¿Qué clase de mierda sexista de los noventa es esa? No actúes como si estuvieras haciendo esto por algo más que por el hecho de que te estás acobardando —contestó Flor, señalándome—. Llámalo ahora mismo y dile que quieres que se encuentren para hablar.

—No.

—Lo harás —dijo Flor y se tiró al otro lado del sofá para coger el teléfono—. ¡No! ¡Flor! ¡No!

Mi amiga me puso una mano en la cabeza y buscó el celular. La sostuve, las dos gruñendo y jadeando. Un maullido de preocupación vino de la puerta de la habitación de Flor.

—¡Gerroff! —Chirría cuando el teléfono empezó a vibrar en mi mano.

—Arrgh At.. iende.. ahora! —dijo, mientras su cara estaba aplastada contra el sofá. Me las había arreglado para ponerla en una posición de semi ahogamiento.

—¡Flor! —Siseé.

—Dame el teléfono —gruñó.

—Flor, está sonando. El teléfono es... ¡¿Podrías dejar de moverte por cinco segundos?! ¡El teléfono está sonando!

Ella se liberó de mi agarre, y acomodó su cabello detrás de su cara enrojecida.

Ambas miramos fijamente la pantalla.

Era el número que acabábamos de marcar.

La oficina de Antuan.

—Dios mío, tiene identificador de llamadas en su oficina —susurró—. Contesta. ¡Contesta!

—¡No!

—Demasiado tarde —dijo Flor y pasó su dedo por la pantalla.

La llamada estaba conectada.

Jadeé, y apreté el teléfono contra mi oído, aguantando la respiración.

—¿Hola? ¿Quién habla? —Antuan contestó—. Recibí una llamada de este número.

Me empujé del sofá y caminé por la habitación, con el aliento atrapado en mi garganta.

—Sí, hola. Soy yo.

—¿Quién?

—Soy Lia —le dije.

Qué incómodo.

Tan, tan incómodo.

Y de hecho, el silencio hizo más incómoda la situación.

—Oh —dijo Antuan lentamente—. Hola. ¿Qué necesitas de mí?

¿Eso era todo? ¿Nada de *cómo estás* o *es bueno saber de ti* o algo así?

—Yo... de acuerdo. OK, esto va a sonar muy tonto, probablemente, pero pensé que tal vez deberíamos reunirnos para hablar de las cosas.

Hice un gesto con mi mano libre, seguido de una mueca a Flor.

Me dio doble pulgar hacia arriba.

—Sí —dijo Antuan, con su tono de hielo. Nada de la atracción que habíamos compartido estaba presente en su voz.

No había ningún deseo.

Te usó. Eso era todo lo que las vacaciones habían significado para él.

—Sí. Sólo porque no dejamos las cosas en buenos términos. Me fui sin despedirme.

—Claro.

Otro silencio. Terrible, oh tan terrible.

—Así que, uh, ¿te gustaría ponerte al día?

—No lo sé. No creo que sea una buena idea —dijo Antuan.

Mi estómago se derrumbó y cayó en picada a través del suelo y hacia el centro de la tierra.

Oh. Mi. Dios.

Mis mejillas se enrojecieron de un rojo brillante, y presioné mi mano contra mi cara para cubrirla.

—No lo sabes —le dije.

—No lo sé. Creo que deberíamos mantenernos alejados el uno del otro, Lia. Como acordamos. Es mejor de esa manera. Tú tienes tus metas y tu vida para seguir adelante, y yo tengo las mías —Sonaba tan seguro y malhumorado al respecto.

—Está bien. Sí. Totalmente. Que tengas una buena noche.

—Lia...

—No, eso es genial. De acuerdo, que estés bien. Adiós.

Terminé con una nota ridículamente alta y colgué. Tiré el teléfono al sillón más cercano y estreché mis manos como si la llamada las hubiera ensuciado. Pero era un sentimiento de vergüenza que se había aferrado a mí, a cada centímetro de mi mente y mi alma.

—Oh Dios, oh no. ¿Por qué me dejaste hacer eso?

—¿Qué? ¿No funcionó? —Preguntó Flor, y se borró todo rastro de emoción de la cara.

—No, no funcionó. No. No quiere verme. Cree que será una mala idea. La atracción que teníamos el uno por el otro se ha ido, y ahora probablemente soy su hazmerreír. No puedo creerlo. Ni siquiera puedo...

Pero él tenía razón. Habíamos acordado eso, mantener la distancia. Yo era la que estaba dispuesta a ponerme ahí fuera cuando no debería haberlo estado. Me quitó la virginidad. Me había roto el corazón. Dos veces.

—Vamos —Flor extendió los brazos—. Comamos alitas y veamos la tele. También hay Ben & Jerry's en el congelador.

—¿Sabor?

—Chocolate Fudge Brownie —contestó ella.

Me senté y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Eres un ángel —No lloré, aunque las lágrimas se alojaron en mi garganta.

Tabby apareció y saltó corriendo sobre mi regazo. Se instaló allí, ronroneando. La acaricié y dejé que las lágrimas salieran.

VEINTIOCHO

Lia

Cinco semanas después

—Creo que me voy a enfermar —dije, y apreté mi mano contra mi boca.

Estaba en el Club Flapper en el centro de Los Ángeles a punto de subir al escenario para empezar mi set. Había aterrizado la semana pasada, y todo había ido bien hasta ahora. Mi estilo de canto sensual se adaptaba al club temático de los años veinte, y tenía la oportunidad de usar disfraces increíbles con abalorios.

—¿Qué pasa? —preguntó Flor.

Tenía la noche libre en el restaurante y había decidido venir a verme cantar. Sin presión ni nada. No es que mi amiga me presionara, pero era extraño tener a alguien con una cara familiar entre el público. Incluso si esa cara se iluminara de alegría mientras cantaba.

Había escaneado el club. La concurrencia era bastante buena para ser un martes por la noche, la mayoría de las mesas estaban llenas, iluminadas por lamparitas, y la gente comiendo y bebiendo, hablando amablemente mientras disfrutaban música de fondo.

El pequeño escenario de madera en la parte delantera estaba respaldado por cortinas de terciopelo y sostenía un solo micrófono. El pianista se sentaba detrás de mí. Era un micrófono de pie, así que podía moverlo de un lado a otro en el escenario pero no podía agacharme para interactuar con el pianista o el público.

Tuve el cien por ciento de la atención cuando subí al escenario, lo cual se sintió bastante bien. Me gustó, pero me provocó náuseas también, aparentemente.

—¿Cariño? —Flor me dio un golpecito en el brazo.

Forcé una sonrisa. Se había arreglado para la noche, con un vestido elegante que no era exactamente de los años veinte, pero que se ajustaba perfectamente a su esbelto y atlético cuerpo. Su cabello estaba peinado de acuerdo con la época.

—¿Sí? —Le pregunté.

—¿Qué pasa? Nunca te había visto así antes. ¿Estás nerviosa o algo así?

—Siempre estoy nerviosa antes de una actuación —Pero no de esta manera. Ya había cantado frente a un público más grande. Tragué bilis y traté de concentrarme en otra cosa que no fueran las náuseas.

—¿Quieres un trago? Tal vez te calme los nervios.

—Nunca bebo antes de cantar —dije, lo que era cierto, pero esa no era la razón ahora. El olor del té helado de Long Island de Flor sólo empeoró mis náuseas. Y eran tan fuertes.

Me lo tragué por segunda vez.

—Si tú lo dices. Bueno, yo, por mi parte, estoy súper emocionada de verte hacer esto. Sé que vas a estar increíble.

—Gracias —le dije, sonriéndole—. Eres demasiado dulce.

—¿Lia? —El gerente me hizo un gesto y luego asintió al escenario.

Le di un pulgar hacia arriba y caminé hacia el frente.

El gerente, Clyde, se me adelantó y tomó el micrófono. El suave zumbido de la música de fondo fue silenciado.

—Damas y caballeros, el Club Flapper se enorgullece en presentar a nuestra cantante favorita y belleza local, Lia Richard!

Un pequeño aplauso recorrió la sala, interrumpido por una gritería del bar: Flor, por supuesto. Forcé una sonrisa y subí al escenario, haciendo un acto sensual, lo mejor pude. Hice un pequeño movimiento de hombro, luego tomé el micrófono y asentí a mi pianista.

Él tocó los primeros acordes de mi canción original, un ritmo lento que apaciguaría al público de la cena de la noche.

Empecé lento y suave, parpadeando bajo las luces. Mi mirada se extendió sobre el público, y por un breve instante, un rayo de locura total, imaginé que Antuan estaba ahí fuera, mirándome.

Mi pulso se aceleró, el sudor recorrió mi espina dorsal, y las náuseas volvieron a aparecer. Me tropecé en letra, y unas cuantas cabezas aparecieron, girando hacia mí.

Mierda. Mierda, la estoy cagando.

Dejé de cantar, la bilis estaba subiendo por la parte de atrás de mi garganta ahora.

—Lo siento —me las arreglé, antes de salir corriendo del escenario y hacia la parte de atrás del bar. Empujé a través de una puerta que daba al pasillo y a los baños del personal.

Oh Dios, no vomites. No lo hagas. No lo hagas.

Llegué a un sanitario e hice exactamente lo que no quería.

Después, me levanté de mis rodillas y tiré de la cadena, agarré papel higiénico y lo apreté contra mi boca.

—Oh, Dios —me quejé—. ¿Qué carajo?

—¿Lia? —La voz de Flor sonó en el baño, rebotando en las paredes—. Lia, ¿estás bien?

—¿No? —Abrí la puerta del retrete y me desmayé—. Dios. No, no estoy bien. Acabo de vomitar todo lo que he comido.

—Oof —dijo Flor, y movió una mano frente a su cara—. Me doy cuenta.

Revolvió las cosas en su bolso y sacó una botella de agua y algunos Tic Tacs.

Me enjuagué la boca, bebí un poco de agua y luego mastiqué algunas mentas.

—Ugh —murmuré—. Ugh, eso fue malo.

—¿Qué está pasando? ¿Eso fue por miedo escénico?

—No, eso no fue miedo escénico. Eso fue otra cosa. No sé qué es lo que pasa. Creo que estoy enferma.

—Entonces será mejor que vuelvas a casa, cariño. Vamos, hablemos con Clyde. Estoy seguro de que te dejará ir.

—Sí.

La seguí fuera del baño, con nervios en el estómago. Nunca estuve enferma de esta manera. Yo era bastante cuidadosa con lo que comía y con el ejercicio que hacía. No había estado en contacto con nadie que estuviera enfermo. Esto no tenía ningún sentido.

¿O sí?

—Aquí. Acuéstate en el sofá y te traeré un cubo —dijo Flor en cuanto volvimos al apartamento. Inmediatamente se fue a la cocina y yo me dejé caer en el sofá.

Por una vez, Tabby no se enojó por mi presencia. Simplemente abrió un ojo y movió la cola. Una advertencia para que no me pudiera demasiado cómoda. Bostecé y presioné el dorso de mi mano contra mi boca. Ya no tenía náuseas. Sólo estaba cansada. Y confundida. Cualquiera que fuera la enfermedad, había venido y se había ido. Dios, más vale que se hubiera ido. Tenía una reunión con Mely mañana para hablar de su próxima boda. Habían decidido casarse en Los Ángeles este mes, y ella estaba nerviosa.

—Tengo una pregunta —dijo Flor al volver a entrar a la habitación.

—Dispara —Me quité los tacones y puse los pies sobre el sofá, mientras pisaba con mi cuerpo el vestido brillante que había elegido para la actuación de esta noche. Estaba desecho. Afortunadamente, no había vomitado en él.

Flor me dio un Sprite, y yo tomé un sorbo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste tu período?

Se me escapó un chorro delgado de bebida gaseosa de mis fosas nasales.

—Oh Dios mío, ¿qué?

—Ooh, lo siento. Lo he calculado mal —Flor se sentó a mi lado y abrió su refresco—. Pero en serio, ¿cuándo fue la última vez que lo tuviste? ¿La visita de la malvada bruja roja?

—Flor... ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Sólo me preguntaba.

Me senté y lo pensé. Habíamos usado protección la primera vez, y la segunda, bueno, que había sido sin condón, pero yo estaba tomando la píldora.

Los métodos anticonceptivos fallan todo el tiempo.

Todo el maldito tiempo.

Es súper posible.

Las mariposas empezaron a revolverse en mi barriga.

—No, vamos. Eso no puede ser verdad —Pero me mordí el interior de la mejilla. Conté de nuevo en mi mente. La última vez que había tenido mi período había sido antes del viaje a París. Dos semanas antes—. Eso es... Debe ser el estrés, eso es todo. Lo que pasó en París me asustó. Eso es posible, ¿verdad? Quiero decir, estoy tomando la píldora.

Flor y yo nos miramos la una a la otra por lo que pareció una eternidad.

Exhalé lentamente, inhalé de nuevo y contuve la respiración.

Pero podría ser cierto.

Es posible.

—¿Quieres que salga y te consiga una prueba?

Mi corazón dio una voltereta hacia atrás.

—Iremos juntas —le dije—. Y recogeremos algo más de agua en el camino, y comida. Mucha comida reconfortante. Por si acaso, ¿sabes?

Flor asintió.

—Sí. Por si acaso.

Después de todo, sólo por si acaso.

Salimos del apartamento y caminamos un par de cuadras. Durante el camino nos mantuvimos prácticamente en silencio, algo que era poco común en Flor. Conseguimos lo que necesitábamos, pagamos, y regresamos al apartamento tan pronto como pudimos.

—No puedo pensar —dije, sosteniendo el palo del embarazo con ambas manos. Descansaba sobre la palma de mi mano, con las dos tiras rosadas mirándome fijamente—. No puede ser real —Cerré mis dedos alrededor—. Estábamos usando protección.

—Cariño —dijo Flor, y volvió a abrirme los dedos. Ella me quitó el dispositivo, sosteniendo el extremo entre su dedo índice y pulgar—. Has hecho cinco pruebas, y todas son positivas. No creo que importe si estabas usando la píldora o no en este punto.

—Pero no tiene sentido.

—Es real, cariño, tenga sentido o no —Flor se levantó y desapareció. Sacó las otras cuatro pruebas de la mesa auxiliar y se las llevó con ella—. Así es la vida. Nunca tiene sentido, y justo cuando piensas que tienes el control, te sacude la espalda y te da una patada —Su voz se desvaneció y volvió—. O, ya sabes, te patea directo en el trasero.

—Todo esto es muy reconfortante —Miré la televisión que estaba encendida pero sin volumen. No podía entender lo que veía, aparte de las imágenes en movimiento de la gente. Era un programa cualquiera o las noticias. ¿Qué importaba?—. Es real. Estoy embarazada.

—Estás embarazada.

—Con el bebé de Antuan. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Esto va a cambiar todo —Me ahogué en la emoción—. ¡Joder!

—Estoy aquí contigo —dijo mi amiga, y puso su brazo alrededor de mis hombros—. Vas a estar bien. Vas a resolver esto. Lo prometo.

—OK —susurré—. ¿OK? Dios, nada de esto está bien. No está bien que esté embarazada del bebé de Antuan, el tipo que resulta ser el hombre del que me enamoré y que no me quiso de vuelta, sin importar cuánto lo deseara. No está bien que me haya acostado con él otra vez, en primer lugar. O que tenga que decirle que estoy embarazada de su hijo. O que, incluso después de la mierda que pasó, no puedo dejar de pensar en él —Me aferré a mi vientre con los brazos—. Victor va a enloquecer. Mely va a estar en estado de shock. No tengo otro medio de mantenerme más que cantar.

—Oye, aún tienes tu trabajo de recepcionista, aunque apesta. ¿Y te olvidaste de mí? —preguntó Flor—. Yo también estoy aquí para ayudar, sabes. Podríamos redecorar todo el lugar,

poner una sección especial para el bebé y todo eso.

—El bebé.

—Sí, tu bebé. Esa es la parte buena de esto. Tendrás un pequeño hijo o hija. ¿Verdad? A menos que estés pensando que quieres, uh, no tener el bebé?

—No. Esa no soy yo. No podría hacer eso. Necesito pensar.

Me recosté, agarrando el refresco entre las manos. Cerré los ojos y las imágenes se movieron en todas direcciones en mi mente. Antuan sonriéndome. Antuan dándome la espalda. Ambos eran posibles. Una de esas opciones era más probable que la otra, si nuestra última conversación no hubiese sido una perfecta indicación de cómo respondería a esta nueva noticia.

Habían pasado semanas. ¿Qué tan horrible sería tener que decirle esto después de todo este tiempo?

Basta ya.

Deja de pensar en él.

Piensa en ti y en el bebé.

—El bebé —dije, y esta vez me pareció más familiar—. Voy a tener un bebé.

—Sí, lo tendrás. Y va a ser genial —Flor me quitó el Sprite de las manos y lo puso sobre la mesa de café. Sujetó mis manos en las suyas y las apretó—. Escucha, cariño, no importa lo que pase, voy a estar aquí para ti. Digamos que Antuan es un completo idiota y decide no involucrarse. Yo estaré aquí. Te ayudaré.

—No es tu bebé —susurré—. No puedes...

—No voy a dejar que hagas esto por tu cuenta.

Eso me reconfortó. Pero todavía tendría que contactar a Antuan. Eso probablemente significaría llamar a su oficina. Otra vez.

—Necesito mi teléfono.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Flor había ido y regresado en lo que tenían que ser algo parecido a dos segundos. Me entregó el teléfono, lo hojeé, encontré el número de la oficina de Antuan, que había guardado vergonzosamente hace semanas. Presioné el botón verde y llevé el teléfono a mi oreja.

Sonó tres veces, y una mujer respondió.

—Suministros Ford Aero, ¿en qué puedo ayudarle? —Al menos sonaba dulce.

—Hola —dije—. Hola. Llamo para hablar con Antuan Ford. ¿Podría comunicarme con él, por favor?

—Me temo que no, señora. No está en la oficina, en este momento.

—Bien, ¿podría darme su número de móvil?

—Va en contra de la política de la compañía que yo lo entregue. Pero puedo tomar un mensaje para usted y enviárselo a él. Le devolverá la llamada la semana próxima.

—¿La semana próxima? —Me las arreglé.

—Sí. El Sr. Ford está actualmente fuera del país.

—Oh. Oh, OK —Miré a Flor, que se encogió de hombros.

—No importa entonces.

—¿Quiere que le de un mensaje, señora?

—No. No, gracias —Y colgué antes de que pudiera volver a preguntar. Decirle que estaba embarazada a través de su secretaria definitivamente no era parte del plan.

—¿Y ahora qué? —preguntó Flor.

No tenía una respuesta para ella.

VEINTINUEVE

Antuan

Me senté en el pintoresco café de París que había visitado con Lia, sorbiendo de una taza de café. Lo que antes había sentido se había perdido, la charla, la emoción por el hecho de que había conseguido un contrato importante con una empresa que se especializaba en fotogrametría en la industria agrícola.

—Fue maravilloso conocerte finalmente —dijo la dueña de la compañía.

Se llamaba Alphonsine, y tenía más o menos mi edad. Guapa, ambiciosa, y tan entusiasmada por los negocios como yo. Nunca he mezclado negocios y placer, pero antes de Lia, podría haber tirado la regla por la ventana por esta mujer.

Ahora, sólo era frío.

—Y a ti —dije, manteniendo mi tono enérgico y profesional—. Anticipo una larga y feliz relación entre nuestras empresas.

—Oui —ronroneó, e inclinó la cabeza hacia un lado, escudriñándome—. Discúlpame si soy grosera, señor Ford, ¿pero te sientes... bien?

—Estoy bien —dije—. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, sólo un presentimiento. Una mujer sabe cuando un hombre necesita un hombro en el que apoyarse —Sacó su teléfono celular de un elegante bolso de mano y luego activó la pantalla—. Mi chofer está en camino.

Alphonsine sacó algunos euros de su cartera, pero yo le hice señas para que los guardara de vuelta.

—Por favor —le dije—. Yo te invité para hablar de negocios. Va por mi cuenta.

—Si estás absolutamente seguro —Ella guardó el dinero cuando un Rolls-Royce negro se detuvo en la acera—. Ah, aquí está —Se levantó, y yo también lo hice, extendiéndole una mano.

Alphonsine me dio una mirada breve, luego estrechó mi mano y se dirigió hacia mi cuerpo. Plantó un beso casto en ambas de mis mejillas, y luego retrocedió.

—Un placer, Antuan. Un verdadero placer. Tal vez, y espero que no me consideres demasiado atrevida, pero tal vez te gustaría disfrutar de una cena conmigo en algún momento.

Cualquier soltero de sangre caliente en París habría aceptado la oferta.

—Es muy amable de tu parte, Alphonsine, pero me temo que no. Creo que sería mejor que

mantuviéramos una relación estrictamente profesional.

—Entendido, monsieur —dijo ella y me concedió una sonrisa—. Que tenga una tarde encantadora y un vuelo seguro de regreso a su país.

—Gracias.

Se alejó, con los tacones haciendo clic en la acera, pero yo no la vi irse. Me senté en la mesa y saqué el celular de mi bolsillo. Le envié un correo electrónico rápido a mi asistente, pidiéndole que cancelara cualquier cita por el resto de la tarde, y luego le hice señas para que me rellenaran el café.

Era Lia.

Todo había perdido la emoción sin que ella estuviera cerca para comentarlo.

Mi vida estaba ahora dividida en antes de Lia y después de Lia, y esta última había demostrado ser deprimente. Pellizqué mis dedos contra el puente de mi nariz, maldiciéndome en silencio.

Me había llamado hace semanas, y yo decidí alejarla. Lo hice en contra de mi instinto, pensando en eso cómo afectaría mi relación con Victor, al diablo conmigo mismo.

El camarero rellenó mi café, y yo lo sorbí, buscando claridad. Pero no conseguí ninguna.

Accedí a una de mis aplicaciones de medios sociales y escribí el nombre completo de Lia en la barra de búsqueda. Era una práctica espeluznante a la que me había dedicado en las últimas semanas.

El poder ver su cara de vez en cuando me reconfortaba. Me recordaba los buenos momentos que habíamos compartido, y las razones por las que había mantenido la distancia.

Tenía el potencial para destruirme.

El perfil de Lia estaba bastante actualizado. La foto más reciente era una en la que había sido etiquetada por una amiga, una chica llamada Flor, y la mostraba en un escenario, agarrando un micrófono. Llevaba un vestido verde chispeante que se ajustaba cerca de sus curvas y sentaba exactamente con el color de sus ojos. Su cabello caía más allá de sus hombros, marrón chocolate, rogando por mis dedos.

—Idiota —murmuré.

Nada bueno podría salir de obsesionarme con ella de esta manera, especialmente no con la boda de la próxima semana. Victor estaba decidido a que esto saliera bien. El que yo estuviera pensando en su hermana no encajaba en esa categoría.

Mi teléfono sonó y contesté.

—Habla Antuan Ford.

—Hola, Antuan Ford —A Victor le encantaba burlarse de cómo contestaba el teléfono—. ¿Tienes un minuto para hablar, Antuan Ford?

—Sí, acepto.

—Oye, esa es mi línea. Hablando de eso, asumo que este viaje de última hora a París no interferirá con mi boda la semana que viene. Porque como que te necesito allí.

—Estoy conmovido.

—No te hagas ilusiones, imbécil. Tienes los anillos, ¿recuerdas?

Me reí.

—Sí, claro. No, no me lo perderé, no te estreses. Ya he terminado todo aquí. El trato está cerrado.

—¿De verdad? Es una gran noticia —dijo Victor—. Porque nos reuniremos mañana para cenar. Una cena de boda, ¿sabes? ¿Después del ensayo?

—Ensayo —dije—. Oh, ¿para el paseo durante la boda?

—Exactamente.

Dudé.

Si fuera a esa reunión, significaría ver a Lia, y mi constitución se desmoronaría. No me lo podía permitir. No podía permitirme quererla cuando eso arruinaría la boda, otra vez. Tal vez, si la llevo a un lado, ¿la invito a cenar para hablar?

Pero no, la había alejado. No había ninguna posibilidad de que ella quisiera hablar conmigo ahora.

—¿Hola? ¿Estás ahí? Mierda, ¿perdí la señal?

—Estoy aquí. Lo de la cena suena genial, Victor, pero no voy a lograrlo. No te preocupes, sin embargo, estoy seguro de que podré calcular mis pasos para la gran actuación de la semana que viene. Puedes sermonearme sobre ellos cuando regrese.

—¿En serio? Pensé que habías terminado en Francia.

—Sí, pero mi vuelo no sale hasta mañana por la tarde.

Era mentira, pero ¿qué más podía hacer? ¿Ir a ver a Lia? Sería más fácil verla en la boda. Con mínimas oportunidades de hablar, nos ignoraríamos el uno al otro, y yo manejaría bien el estar cerca de ella. No haría el ridículo de mí mismo.

—¿No puedes conseguir uno antes de eso? Vamos, amigo, esta es mi boda.

—Es una cena, Victor, no tu boda real. Además, recuerdas lo que pasó la última vez que estuve en tu boda.

—Siento que es demasiado pronto para hacer esa broma.

Pero Victor seguía riéndose porque tenía un jodido sentido del humor.

—Te veré en la boda.

—De acuerdo, bueno, que tengas un buen día. No embaraces a ninguna francesa mientras estés allí.

—Encantador —Me detuve— ¿Victor?

—¿Sí?

¿Cómo iba a abordar este tema sin levantar sus sospechas?

—¿Cómo están todos? ¿Cómo están Mely y Lia? Ya sabes, después de lo que pasó en París.

—¡Oh! Sí, están bien. Lia está haciendo lo suyo, y Mely parece ser la que está menos preocupada por lo que pasó allá. Esa mujer es así de fuerte.

—Eso es bueno —Pero no era exactamente la información que había estado buscando—. Bien. Entonces me siento un poco menos culpable por ello.

—Oye, no dije que estaba bien —Victor se rió de nuevo—. Sí, las mujeres están increíbles. Lia ha estado cantando en un nuevo club, y tiene un nuevo novio. Así que es feliz.

Un nuevo novio.

Mis entrañas se volvieron de plomo.

¡Carajo! Mierda, eso no puede estar bien. Ella tiene novio.

Las noticias no deberían haberme molestado, pero lo hicieron. Hasta lo profundo. No podía tener novio. Ella estaba destinada a ser mía.

Excepto que has estado sentado sobre tu trasero, sin hacer nada.

—Genial —me las arreglé.

—Sí, sí. Muy bien, amigo, ¡nos vemos la semana que viene! —La voz de Victor sonaba alegre.

Colgó.

Se me cayó el teléfono de la oreja y lo miré fijamente, sacudiendo la cabeza en forma de

negación. Tenía que recomponerme. Lia era el pasado, y tenía que quedarse allí, sin importar cuánto quisiera que las cosas fueran diferentes. Nada había espacio en mi vida. Al menos no cuando se trataba de amor o romance.

TREINTA

Antuan

DESPUÉS DE LA ESCUELA SECUNDARIA.

Tarde en la noche

Golpeé el botón de las puertas de la mansión de Victor y aceleré mi bicicleta una vez que se abrieron, la furia corría por mis venas. ¿Por qué esta noche, de todas las noches? ¿Por qué no podían simplemente...? Dios, mis padres eran unos imbéciles.

Avancé en el camino hacia el porche delantero. Aparqué, me quité el casco y lo puse en el asiento de mi bicicleta.

Victor no estaba en casa esta noche, las luces estaban apagadas, y sus padres estaban ausentes como de costumbre. Pero Victor me había dado permiso para quedarme a dormir hace mucho tiempo, tanto si estaba allí como si no, si tenía una emergencia.

Esta noche contaba como una.

Necesitaba un escape, y este era el lugar.

La noche estaba tranquila, el canto de los grillos escapaba de la hierba. La luna colgaba baja en el cielo. A la una de la mañana, hora de las brujas, o como carajo se llame. Esta vez se suponía que iba a ser mía, pero me la habían arrebatado otra vez.

Entré en la casa en silencio, luego fui por la almohadilla de alarma y marqué el código. La activé de nuevo, para quedarme, y me quité la chaqueta de cuero en el pasillo. No me molesté en hacer clic en las luces.

Los rayos de la luna se hacían paso hacia adentro, iluminando la escalera que conducía al segundo piso, donde me esperaba el dormitorio de invitados. Subí las escaleras, con la madera vieja crujiendo bajo mis talones.

Mi frente se arrugó. Una luz estaba encendida al final del pasillo, brillando desde la grieta debajo de una puerta. El suave zumbido de la música venía de atrás.

—¿Qué demonios? —Me puse en guardia al instante.

Pero joder, ¿qué tipo de criminal irrumpiría en una casa para escuchar música? Me acerqué a unos dos pies de la puerta.

Era la habitación de Lia. Lia estaba en casa. Sola. Ahora mi preocupación se había mezclado con frustración.

No la necesitaba aquí esta noche. Necesitaba tiempo a solas, y eso era lo que este lugar había prometido. El cerrojo de la puerta hizo clic, y Lia apareció, con su cabeza inclinada y concentrada en las páginas de un libro.

Ella siguió caminando y se estrelló contra mí.

La sostuve de los brazos.

Lia gritó y me tiró el libro. Levantó los puños y los golpeó en mi pecho, tirando hacia atrás.

—¡Lia! —grité—. Lia, Lia, soy yo. Antuan.

Se puso rígida, y luego me miró fijamente por debajo de sus gruesas pestañas.

—¿Antuan? Antuan, ¿qué demonios estás haciendo? —Me golpeó de nuevo, más suave esta vez—. Me has dado un susto de muerte.

—Ojalá —dije, incapaz de resistirme a una rápida exploración de su cuerpo.

Los pantalones cortos ajustados de Lia y la camisa de algodón a juego que llevaba eran tentadores: mostraban su cuerpo, y mi pene se endureció, incluso se movió en mis pantalones.

—Tengo una cara —dijo Lia.

—Lo siento. Pero esos pantalones cortos son una distracción —No quise decirlo, pero Lia tenía ese efecto.

—Ya está —La solté, alisé mis manos sobre sus brazos—. Lo siento por eso. No quería asustarte.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, moviendo la cabeza a un lado—. Victor no está en casa. Él está...

—Lo sé. Dijo que podía venir cuando quisiera. Necesitaba hacerlo esta noche.

—¿Por qué?

La respuesta a esa pregunta era demasiado complicada. Un arma con la que me dispararía a mí mismo si la respondiera.

—No importa.

Entrecerró los ojos.

—Creo que sí, Antuan. Estás molesto. ¿Quieres hablar de ello?

¿Desde cuándo ofrece un hombro para llorar? Tenía el hábito de ignorarme, especialmente cuando Victor estaba cerca.

—Podemos hablar de ello —dijo, y señaló su habitación. Tomó mi mano y la tiró ligeramente.

Dejé que me arrastrara hacia su habitación. Era la primera vez que entraba allí, así que escaneé el lugar. Había algunos carteles en su pared, uno de *El Señor de los Anillos*, y los otros eran de bandas que no reconocía. Su cama estaba hecha, con un cojín púrpura colocado sobre ella al azar.

Lia se sentó en la cama y arrastró el cojín hasta su regazo.

—Siéntate —dijo, asintiendo a la silla giratoria que tenía delante de su escritorio.

Me senté y esperé. Por qué, no lo sabía. El olor aquí me envolvía. Era el olor que percibía cada vez que me cruzaba con ella en un pasillo. Aroma a Lia.

Hombre, estaba jodido ahora que había entrado aquí.

Le prometí a Víctor que nunca me acercaría a su hermana.

Lia tiró de los extremos del cojín.

—¿Vas a decirme qué pasa?

—No tenemos que hablar de ello.

—Bueno, ahora estás aquí y me asustaste, así que al menos me debes esto. Nunca hablamos.

—Hay una buena razón para eso, Lia —le dije.

—¿Cuál?

Si ella no lo sabía por sí misma, no se lo diría yo.

Hice un gesto para levantarme y salir, pero ella agitó la cabeza.

—Vamos, Antuan. Hablemos. He estado sola todo el día, y apesta.

—¿No te gusta estar sola?

—No en mi cumpleaños.

—¿Qué?

—Hoy cumplo 18 años —dijo—. Víctor fue el único que lo recordó, pero tenía que ir a la universidad, así que está bien. Sí, ese puede ser mi regalo de tu parte. Háblame. Siéntate conmigo un rato. ¿OK?

Era una tentación presentada en bandeja de plata.

—Claro. Sí, está bien.

—¿Por qué viniste esta noche?

Ojalá hubiera sido para hacer esto. Para hablar con ella.

—Mis padres. Aparentemente, el divorcio les conviene. Están trabajando juntos ahora. Trabajando juntos y peleando.

—¿Peleando?

—Sí. Peleando. Me dijeron que tengo que ir a Yale, o me echarán de la casa y me repudiarán.

—¿No tienes las notas para eso?

—Tengo las calificaciones, pero no me presenté en Yale ni en ninguna universidad. No estoy interesado en estudiar —Me encogí de hombros—. Sólo... no es mi escena.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No se trata de lo que voy a hacer. Es sobre lo que ya he hecho. Me importa una mierda lo que quieran —dije, y ahora que había empezado, era catártico hablar de ello, sacarlo—. Que se jodan. Ellos hicieron esto, hombre, me empujaron. Se empujaron el uno al otro.

Lia no dijo una palabra, pero prestó atención, tirando de los extremos del cojín, viéndose totalmente adorable.

—¿Has visto alguna vez a tus padres pelear?

—A veces.

—Bueno, cuando tenía unos siete años, los oí pelear. Escuché a escondidas su conversación y oí a mis padres discutir sobre quién me iba a retener —Me reí—. Pero no como tú piensas. Estaban discutiendo en contra. Mi madre no me quería, y mi padre tampoco. Y entonces la mierda empezó a volar por todas partes, los objetos se estrellaban y se rompían en pedazos. Mi papá salió de ahí con un ojo morado porque mi mamá lo golpeó —Agité la cabeza—. Y ahora, piensan que tienen el derecho de decirme dónde debo ir a la universidad, o de lo que debería hacer.

—Eso es horrible.

—Sí, bueno, que se jodan —Había visto demasiado de su mierda como para creer que tenían algo en mente para mí—. Supongo que este ultimátum de Yale es una estratagema de mis padres para deshacerse de mí. Saben que nunca voy a entrar ahí, no después de un año entero de trabajar en una ferretería. Así que, esta es su manera de deshacerse de mí para siempre.

Lia parecía dispuesta a refutar lo que yo había dicho, pero no pudo encontrar la razón. La gente que viajaba en los círculos del club de campo sabía lo mal que se llevaban mis padres.

—Lo siento —dijo Lia.

—No es nada —Me levanté y me moví para salir de la habitación. No podía tener lástima de parte de ella. Lia se levantó y se me unió.

Se interpuso en mi camino.

—¿Qué estás haciendo?

—No quiero que te vayas.

—Sí, bueno, estoy seguro de que no quieres oír ninguna de mis otras historias tristes. Mis padres son unos imbéciles.

—Claro que sí, pero no tenemos que hablar de eso, si no quieres —Estaba a centímetros de mí, y yo estaba muy consciente de lo cerca que estaban sus senos, y del hecho de que sus pezones estaban duros.

—¿Entonces de qué quieres hablar? —Le di un vistazo a sus pechos. Mierda, era difícil concentrarse así.

Tenía que irme.

Me aclaré la garganta, me hice a un lado, pero ella me bloqueó de nuevo.

Nadie bloqueaba mi camino.

Puse mis manos sobre sus brazos, luego la levanté y la puse detrás de mí.

—Ahí estás...

—Me besaste —dijo ella.

Lo había hecho. La había besado en su noche de graduación, hacía años, y había sido un error. Me había obligado a olvidarlo.

—Quiero saber por qué.

—Parecía una buena manera de animarte.

—¿Eso es todo? —Frunció los labios—. ¿Sólo querías animarme?

—Tal vez.

—Dios, eso es patético. Estoy jodida. No puedo creer lo mucho que he estado pensando en ello, después de todo este tiempo, y no fue más que una simple cosa que hiciste —Cruzó los brazos sobre su pecho y se sonrojó, coincidiendo con el color de su pijama—. Lo siento. No necesitabas oír eso. Sí, ya puedes irte.

—Lia —¿Pero qué podía decir sin romper el pacto que había formado con Victor?—. No fue

sólo por eso.

—¿Entonces por qué? Sé que no te gusto. Me ignoras, o te enfadas cuando estoy cerca. Así que, sí, si sólo soy una molestia para ti, ¿por qué me besaste?

—Porque quería hacerlo. Eres preciosa. Eres... diferente.

—¿Diferente? ¿Cómo?

—Joder, no sé, Lia, sólo lo eres. Eres creativa, tienes un buen andar y siempre hueles increíble —¿Había dicho esa mierda?—. Y cantas como un ángel.

Ella me miró fijamente.

—¿Qué?

—¿Crees que canto bien?

—Por supuesto —dije—. Eres increíble en ello.

La tensión se extendía entre nosotros, se volvía espesa.

—Sólo he besado a dos tipos, y tú eres uno de ellos.

—Oh.

—Y el primer tipo fue... no creo que contara como un beso de verdad.

—OK.

—Yo... Antuan, tú eres... —Lia temblaba, acercándose más a mí, para que sus pechos rozaran mi camiseta de algodón—. Tú...

Pero no pudo encontrar la palabra.

No lo necesitaba.

Los impulsos que había estado manteniendo a raya durante años se apoderaron de mí, abrumando mi sentido del bien y del mal. Llevé mis labios a los de ella. El beso fue suave al principio, y luego creció en intensidad.

Ella gimió, arrastró sus dedos por mi espalda y pellizcó la tela de mi camisa.

—Antuan —inhaló con fuerza—. Antuan, quiero que seas mi primero.

—¿Tu primer qué?

—Mi primero —puso énfasis en *primero*.

No puedes hacer esto.

Lo prometiste.

No importa cuánto la quieras, o cuánto tiempo has fantaseado con que sea tuya. Tu novia.

No.

—Por favor —susurró, con los ojos llorosos ahora—. No quiero ir a la universidad sin perder mi virginidad. Y quiero que seas tú.

—Lia —Mi garganta estaba obstruida. Mi pene estaba duro como una roca, presionando contra el interior de mis vaqueros—. Lia —Pero no podía negarla. Siempre había querido esto, siempre había querido mostrarle lo que significaba para mí de alguna manera, aunque sólo fuera físicamente.

—Por favor —Apretó sus manos contra mis mejillas, y besó mis labios suavemente—. Hazme el amor.

TREINTA Y UNO

Lia

El vestido aún me queda bien.

Yo sólo empezaría a volverme en un gigantesco globo alrededor de los seis meses, y eso todavía estaba muy lejos. Sin embargo, las náuseas matutinas no habían disminuido, y podía oler un perro mojado a una milla de distancia, pero al menos eso no era obvio.

Revisé mi reflejo en el espejo del pequeño baño de la iglesia y luego exhalé lentamente.

—Tienes esto —susurré—. Hoy es el gran día. Todo lo que tienes que hacer es sobrevivir a la boda, y después a la recepción, después de eso puedes llevártelo a un lado y decírselo. Ni siquiera tiene que querer hablar contigo.

Pero, ¿y si Antuan se negara rotundamente? ¿Y si, y Dios, este era un pensamiento mortificante, y si creyera erróneamente que yo quería hablar porque estaba desesperada por salir con él?

Cristo. Mátame ahora.

Golpearon la puerta del baño.

—¿Lia? —Era una de las damas de honor, Pamela. De todas las chicas, ella era la más dulce—. Lia, ¿has terminado ahí dentro? No quiero interrumpir, pero el servicio está a punto de empezar, y me voy a mear las bragas de encaje francés si no hago ahora mismo.

—Espera un segundo —Cerré mi bolso con un clip. Había hecho tarjetas de memoria. Era ridículo, pero esperaba que me ayudaran a abordar el tema con Antuan, fácilmente. Ahora, era obvio que abordar el tema del embarazo nunca sería fácil.

—En serio —se lamentaba Pamela—. ¡Me voy a orinar!

Corrí hacia la puerta y la dejé entrar. Pasó corriendo a mi lado, resoplando y tirando de su vestido de dama de honor de color rosa, y luego se lanzó al cubículo. Hubo un silencio, y luego el torrente de líquido seguido de un suspiro tembloroso.

—Oh, Dios mío, eso es bueno. No debí haber tomado el champán extra en la fiesta.

—¿Hubo una fiesta? —Le pregunté.

—Oh, sí, para todas las damas de honor. Trisha la hizo en su casa.

—Oh. Claro. Recibí una invitación para eso —dije, pero no me importó. Trisha era una perra atroz, y yo tenía asuntos más urgentes que atender.

Salí del baño y caminé por el pasillo alfombrado que conducía al vestíbulo de la iglesia. Las puertas que separaban el santuario de la iglesia de la entrada estaban cerradas, pero el zumbido de la expectativa viajaba a través de ellas.

Todos estaban listos para la boda. Todo el mundo estaba emocionado. Todo el mundo tenía curiosidad sobre los cinco guardaespaldas que habían sido colocados en varios lugares alrededor de la iglesia, tanto dentro como fuera de ella. Victor no se iba a arriesgar esta vez.

Y en esta oportunidad, las damas de honor y los padrinos tenían que caminar juntos por el pasillo. Lo que significaba que yo estaría emparejada con Antuan. Agarrándome de su brazo. Sabiendo que no podía parar en el medio del pasillo y decirle:

¡Oh, por cierto, estoy embarazada! Sorpresa! Bienvenidos de donde quiera que hayan desaparecido la semana pasada.

—Todos, ¿listos? —El organizador de la boda caminaba entre las damas de honor y los padrinos—. ¿Todo el mundo tiene su lugar? Mely, ¿estás lista?

—Estoy tan preparada —gritó Mely—. No tienes idea de lo preparada que estoy para casarme.

Todos se rieron, una broma interna después de la última boda.

—Bien. Sr. Lee, tome su lugar aquí. En sus marcas, gente.

Tomé mi lugar frente a Mely y el Sr. Lee en la fila, pero Antuan no estaba a mi lado. Mis nervios se pusieron en alerta. ¿Y si no viene? ¿Qué pasaría si nunca pudiera volver a encontrarlo y tuviera que criar a mi bebé y decirle que su padre simplemente había desaparecido? ¿Y si...?

—Hola —dijo Antuan, ocupando su lugar a mi lado.

Su voz fue un shock para todos mis sistemas, incluido el nervioso central. Parpadeé, tragué, casi vomité en mi boca. Finalmente, asentí con la cabeza.

—Hola.

Antuan estaba tan guapo como siempre. Se había peinado el cabello oscuro hacia un lado, su traje estaba recién planchado, y estaba bien descansado, y afeitado. Su colonia cítrica flotaba en el aire. Me ofreció un brazo.

—Supongo que somos compañeros para la siguiente parte.

—Uh huh.

Lo tomé y recé para que no se me notara nada en la cara. Rezaba para que no pudiera detectar mi embarazo de un solo vistazo. ¿Qué pensaría él? ¿Era demasiado tarde para abandonar la boda? Si vomitara en sus zapatos, ¿eso me delataría?

Tú puedes hacerlo.

Sólo aguanta hasta el final de la boda, y luego puedes decirle la verdad.

—¿Cómo has estado? —preguntó.

Esa era una maldita pregunta bien cargada.

—Bien. ¿Tú?

—Bien.

No pude evitar sonar enojada. Era el único método que tenía para lidiar con esto. Una vez que se lo dijera, las cosas cambiarían. Estaría menos enojada y más dispuesta a hablar.

Pero, ¿lo estaría? ¿Y si decidiera que soy una mentirosa o que lo había engañado para que se quedara conmigo? Claramente me había despreciado de nuevo.

La música empezó a sonar.

—Esa es nuestra señal —dijo Antuan.

—Claro, sí.

Esperamos nuestro turno y pasamos por las puertas y por el pasillo. Cada paso y cada pausa eran dolorosos. Mantuve una sonrisa forzada en mi cara y escudriñé las multitudes, turnando entre los miembros de la familia de Mely y de la nuestra, para no reconocer el calor del cuerpo de Antuan contra el mío.

Llegamos al frente, y tomé mi lugar en el escalón justo debajo del lugar donde Mely y Victor se casarían. Mi hermano mayor me dio una sonrisa de éxtasis, y yo se la devolví, con las mejillas doloridas.

Todo saldrá bien.

Pero Víctor también se enteraría. Él sabría que Antuan y yo teníamos... la noticia lo va a matar. Absolutamente. Ya no era un adolescente, pero me daba la impresión de que no sería un proceso fácil e indoloro. Víctor estaría destrozado. Culparía a Antuan. Con toda probabilidad, arruinaría su amistad.

Pero no me correspondía a mí manejar las reacciones de Víctor o de su amistad con Antuan. Dependía de mí cuidar de mi bebé y hacer lo que fuera lo mejor para él o ella. Eso incluía decírselo al padre.

Los pensamientos me pasaban por la cabeza mientras Mely caminaba por el pasillo, provocando gritos ahogados y lágrimas de la multitud.

Víctor la recibió de su padre y luego la guió para que se parara frente al reverendo. Víctor y Mely estaban diciendo sus votos, llorando uno frente al otro. Fue un momento mágico, e hice lo

mejor que pude para concentrarme en la ceremonia, en estas dos personas que tan desesperadamente habían querido estar juntas durante años.

Evité los ojos de Antuan.

Finalmente, después de lo que tenía que haber sido una eternidad, el servicio había terminado. Victor y Mely se besaron, y todos los vitorearon y los acompañaron a su auto. Hubo una lluvia de arroz, risas, besos y abrazos, y luego se fueron en una limusina, en dirección a la recepción del hotel Radisson.

Exhalé y me apoyé en la puerta de la iglesia, mirando a la gente dirigiéndose a sus coches.

Una cara familiar sobresalía entre la multitud, y mis tripas se retorcían. Qué carajo.

El hombre que había visto llevaba un par de vaqueros y una sudadera. Era alto y musculoso, con el cabello rubio y los ojos azules brillantes, una mandíbula que era increíblemente fuerte y una sonrisa que era tan Chad. Excepto que no se llamaba Chad.

Era Franco.

Mi ex.

—¿Qué demonios? —Murmuré— ¿Franco?

Me vio y me saludó con la mano y luego subió los escalones, como le gustaba hacer durante nuestra relación.

—Ahí estás, Lia.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Algunos de los invitados de la boda me vieron con miradas escandalizadas. Hoy probablemente no era el día ideal para las escenas masivas frente a la iglesia.

—Vine a verte —contestó Franco, mostrándome otra sonrisa abiertamente encantadora.

Era tan jodidamente falso que había sido un milagro que me tomara tanto tiempo darme cuenta.

Gracias a Dios, no es el padre de tu hijo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —Franco contraatacó, y trató de tomar mi mano. Se la arrebató enseguida.

—Vamos, Lia, no terminamos las cosas en buenos términos. Llevo semanas intentando localizarte, pero no coges el teléfono cuando te llamo.

—Eso es porque no quiero hablar contigo —le dije—. ¿Cómo me encontraste aquí?

—Oh, vamos, todo el mundo sabe que Victor se va a casar. No se necesita un detective para encontrar la iglesia correcta.

Franco intentó agarrar mi mano de nuevo. Consideré abofetearlo, pero en su lugar di un paso atrás, hacia las puertas abiertas.

Se necesitaría un chorro de agua bendita y un crucifijo para desterrar a este demonio en particular.

—Sólo quiero hablar, Lia —dijo Franco—. Quería hablar de tu futuro como músico.

—Supongo que eso significa que no puedes encontrar a otra mujer a la que estafar... ¿Qué pasa, Franco? ¿Tu música de mierda de EDM no va tan bien ahora que no tienes la voz adecuada para ello? —la amargura en mi sangre estaba ahí presente de golpe cuando se trataba de este tipo. Él era un ladrón, y yo estaba hormonal—. Imbécil. ¿Qué te hizo pensar que podrías venir aquí hoy?

Franco levantó una ceja.

—A alguien le creció la columna vertebral.

—Sí, ser robado le hace eso a una persona. ¿Por qué no te pierdes?

—Deja de ser una perra, Lia. Podemos solucionarlo. Incluso te daré crédito en la pista si trabajas conmigo en otra. Piénsalo, el dinero que podríamos ganar.

Lo había oído todo. La charla alentadora, las falsedades. La diferencia era que esta vez no iba a caer como un idiota.

—Vete a la mierda.

—No voy a ninguna parte.

Franco avanzó, pero levantó los ojos, abriéndolos de par en par, corriendo hacia un punto más allá de mí.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Antuan, a mi espalda.

TREINTA Y DOS

Antuan

El tipo parecía un gran borracho, pero no tan alto como yo.

¿Es este el tipo con el que está saliendo?

—¿Lia? —Le fruncí el ceño al rubio que la había estado acechando como si fuera una maldita gacela, y él una hiena—. ¿Quién es este tipo?

—Este es Franco —contestó Lia más o menos—. Mi ex.

Mis entrañas se volvieron completamente locas. Mi estómago se retorció, mis músculos se endurecieron, mi mandíbula se apretó. Los celos me atravesaron, tan fuertes que no podía pensar con claridad. Mi única directiva era coger a este tipo por la garganta, y retorcerlo hasta que no pudiera hablar más.

No estaba pensando en serio en volver con este tipo, ¿verdad?

—¿Quién eres tú? —preguntó Franco.

—Tu peor pesadilla, Costello.

—Antuan, no —Lia me detuvo—. Estoy bien, puedo manejar esto por mi cuenta.

—Lia, no vas a volver en serio con este imbécil. Es un pedazo de mierda. Te robó, por el amor de Dios.

Sus tacones hacían clic en la piedra. Dios, era perfecta. Sus rizos se retorcían contra su cabeza, vistiendo el mismo vestido rosa que la última vez, en París. Esa noche nos abrazamos y tuvimos una conversación real.

—¿Estás bromeando con esto? —preguntó—. Mi vida es mi vida. No necesito que me digas con quién debo o no debo salir.

—Aléjate de ella —dije, señalando a Franco—. Aléjate de ella o te mataré.

—Oh, Dios mío —Lia se agarró la frente—. Oh Dios mío, esto es una pesadilla.

—¿Quieres hacer esto? —preguntó Franco, acercándose hacia mí.

Me acerqué a él, pero la mano de Lia se extendió de la nada y me golpeó en el antebrazo.

—¡No! Tiempo muerto. Ustedes dos no van a joder este día en las escaleras de una iglesia.

—Acabas de decir 'joder' en las escaleras de una iglesia —dije, más para romper la tensión con ella que por cualquier otra cosa.

Lia no se rió.

—No voy a jugar de árbitro con ustedes dos idiotas.

—Bueno, vas a tener que hacerlo si vas a volver con él. No lo permitiré. Te mereces algo mucho mejor que él, Lia.

Me mereces a mí.

Nosotros.

—¿Porque sabes lo que me merezco? —Lia suspiró y dibujó sus manos por el aire por segunda vez. Truenos sonaron por encima. Las nubes oscuras habían cubierto el cielo nocturno, borrando las estrellas—. Es suficiente de parte de los dos. No voy a volver con Franco, no es que sea asunto tuyo, Antuan. Y Franco, eres un ladrón. Es todo lo que tengo que decir al respecto.

—Esa es una frase dura. Deberías haber firmado un contrato conmigo si querías ganar regalías por las ventas, pero no lo hiciste. Eso fue culpa tuya, no mía.

—Idiota —Ella luchó para caminar hacia adelante, pero yo le cogí el brazo, la sostuve.

—Déjame manejar esto —dije, aliviado dentro de mi ser de que ella no planeara volver a salir con ese imbécil.

El tipo volvió a tropezar. La bravuconería de momentos antes había desaparecido. Él podría haber sido la hiena, pero yo era el maldito león, y le arrancaría miembro por miembro por lo que le había hecho.

Esta no es tu batalla. Ella no es tu mujer.

¿No lo era, sin embargo? ¿Cómo demonios se supone que iba a continuar así? Estar cerca de ella sin tocarla, sin hablar con ella, era como tener una llaga sangrante en mis entrañas. Érame sentía minusválido.

—Ven aquí —dije—. Sólo quiero hablar contigo.

—¿Sabes qué? Olvídalo.

Y el bastardo de Franco huyó por las escaleras de la iglesia. Empezó a correr a toda velocidad en cuanto llegó a la acera. Quise ir tras él, pero la mano de Lia en mi brazo me detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudándote.

—Sí, bueno, no lo hagas. No necesito tu ayuda, Antuan. Estoy bien manejando ese tipo de

cosas por mi cuenta.

El desafío en su mirada estaba allí como de costumbre, como también lo estaba el desafío que la hacía ser quien era.

Las últimas semanas habían sido miserables. ¿Qué hay de Víctor? No puedes hacer esto.

—Tenemos que hablar —dijo Lia—. En la boda, o después de ella, no lo sé. La recepción, quiero decir. En verdad hay cosas importantes de las que tenemos que hablar.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué...? Espera, ¿de qué tienes que hablarme?

—Cometí un error —Tomé su mano y acaricié mi pulgar por el dorso. Ella se liberó, y el gesto me sorprendió. ¿Ya era demasiado tarde? ¿La había perdido por mi estupidez?—. Por favor, acompáñenme a la recepción. Hablaremos.

Lia se mordió el labio inferior.

—Sí, está bien. Probablemente sea una buena idea.

¿Una buena idea? Estaba actuando de forma extraña, y no podía entender por qué.

—Por aquí.

La llevé a mi auto y nos metimos en la parte de atrás. Mi chofer sabía dónde ir y subió la ventanilla que separaba la parte delantera del auto de la trasera.

—Viajas con estilo.

Lia sonaba lista para vomitar. Aparentemente, estaba tan nerviosa como yo.

—Lo intento.

Un silencio nos separó. Maldita sea, había sido un idiota. Verla con otro hombre había sido doloroso. Y era un hombre al que ni siquiera quería cerca. ¿Qué pasaría cuando conociera a alguien con quien quisiera pasar tiempo?

¿Cómo lo manejaría? ¿Qué pasaría si yo, un día, recibiera una invitación para la boda de Lia? ¿Sería yo el tipo que se estrellaba en la recepción y declaraba su amor por ella? Ella se voltearía hacia mí, vestida con su vestido de novia blanco, de pie junto a un tipo guapo y sin rostro, su novio, y me diría que era demasiado tarde.

Porque había sido demasiado tonto para arriesgarme por ella. Eso es lo que Lia se merecía. Alguien que arriesgaría todo para estar con ella. Incluso si eso significaba romper amistades y lazos familiares.

—Deberíamos hablar —dijo Lia, e interrumpió mis pensamientos. Me volteé en mi asiento,

de frente a ella.

—Deberíamos.

—Uh, ¿debería empezar, o quieres hacerlo? —Tenía ambas manos apretadas contra su estómago, y la cara pálida.

—Quiero que sepas que lo siento —le dije. Eso era un comienzo—. Cuando me llamaste unas semanas Atrás me comporté como un idiota. Estaba tratando de ser duro, Lia, porque tenía miedo.

—No importa. Lo que importa ahora es...

—Pero sí importa. Te alejé porque tenía miedo de lo que significaría acercarte más. Y no quiero que eso sea lo que me defina, Lia. Quiero estar ahí para ti, pase lo que pase.

Qué manera más torpe de decirlo.

Mierda, era un completo idiota.

—Antuan, quería hablar contigo, porque hay algunas cosas que no sabes.

—Lo mismo —dije—. No sabes que te deseo.

—¿Qué? —Sus manos se cayeron a los costados—. ¿Qué has dicho?

—Te quiero a ti. A ti. Y no sólo físicamente, Lia. Quiero intentar que las cosas funcionen contigo. Estoy listo para comprometerme.

—Oh, Dios mío.

—Y sé que tienes novio, y esta mierda es totalmente inapropiada, pero yo soy el tipo de hombre que va por lo que quiere, y tú eres lo que yo quiero.

—Yo... ¿qué? —Se había puesto verde ahora.

—Lia, soy...

Su mano voló a su boca.

—Creo que voy a vomitar —Enloqueció—. Definitivamente voy a vomitar.

Siempre es una buena señal después de confesar los sentimientos a alguien. Toqué la ventana que separaba al conductor de los pasajeros.

—¡Detente! —El coche patinó hasta detenerse.

Lia se lanzó por la puerta y la cerró de golpe detrás de ella.

TREINTA Y TRES

Lia

Era la segunda vez que me encerraba en el baño esta noche, pero ésta lo justificaba.

Antuan quería salir conmigo.

Fue suficiente para inducir lágrimas. Me había follado, me había rechazado, luego me había enterado de que estaba embarazada, había decidido que haría lo correcto y se lo diría, y entonces, justo cuando estaba a punto de darle la noticia, mis náuseas matutinas decidieron convertirse en náuseas de todo el día.

Me lavé la boca por quincuagésima vez, mirándome en el espejo.

—Puedes hacerlo. Sólo sal y dile que quieres hablar. Te escuchará.

Pero mi mente estaba confundida.

Dijo que quería salir conmigo. Y yo había vomitado.

¿Y qué era eso de que yo tenía novio?

Ahora ya no importa. Sal y díselo.

Asentí a mi reflejo, me coloqué unos cuantos rizos detrás de mi oreja, luego salí del baño y me encontré directamente con Antuan.

—Guau —jadeé.

Me cogió por los brazos. Ese era su movimiento característico, atraparme y luego soltarme. Ja, un poco irónico.

—Tranquila —dijo—. ¿Estás bien? —Presionó el dorso de esos fuertes dedos contra mi frente—. ¿Te estás enfermado de algo?

Oh, no tienes ni idea.

—Tenemos que hablar —dije, alejándome de él—. Ahora.

—Está bien —Me ofreció su brazo—. Iremos a hablar. Hay algunas mesas privadas fuera de la pista de baile.

—No. No quiero hablar ahí dentro. Victor.

—Correcto —dijo Antuan—. Por supuesto. Hay un balcón que da a la fuente.

—Sí, eso funcionará.

Me guió a través del hotel, y me perdí en el momento. Un paso más, un paso más, OK, ahora otro, ya casi está. Y luego pasamos por el salón de recepción, Antuan sonriendo a las parejas que se dirigían hacia la pista de baile, pasando por una cabina en la que el DJ subía y bajaba al ritmo, y detrás al fin había una puerta que salía al balcón.

Antuan nos colocó cerca de la barandilla, de espaldas a la puerta. No podía enfrentarme a sus ojos.

Truenos estremecían el cielo por encima de nosotros. La fuente estaba abajo, en un largo césped que se perdía de vista.

Las luces iluminaban el agua, lanzando arcos iris fractales a través de las gotas.

—Linda noche —comenzó Antuan.

Díselo ahora.

—Antuan...

—Antes de que digas nada, Lia, quiero que sepas que si me dices que eres feliz con este tipo nuevo, quienquiera que sea, me apartaré. Pero no puedo dejar de intentarlo. Tengo que decirte cómo me haces sentir.

Me hormiguearon los labios, se me entumecieron.

—Lo he estado negando durante demasiado tiempo, Lia. Me preocupo por ti, profundamente —Tragó—. Joder, y sé que hay mucho que se interpone en nuestro camino, pero no voy a dejar que eso me impida estar contigo. Hablaré con Víctor. Podemos hablar con él juntos si quieres.

—Antuan —dije.

—Nada sale bien —Se pasó los dedos por el cabello—. Quería hacer esto bien, pero no hay tiempo. No quiero perderte con este otro tipo. ¿Quién es él, por cierto?

Agité la cabeza, buscando palabras. Dios mío, esto era lo último que esperaba. Pensé que no me quería.

—Antuan, esto es... no entiendo nada de esto.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

—No, quiero decir, ¿quién te dijo que tenía una relación? —pregunté.

—Víctor.

—Pero eso es... eso es una mentira descarada. No estoy en una relación. —Porque no había

podido superarlo. No podía dejar de pensar en él, no podía dejar de sufrir. Y ahora que estaba embarazada, él decidió que valía la pena arriesgarse, y en el momento en que se lo dijera, todo cambiaría.

Porque, por supuesto que sí. ¿Cómo se suponía que iba a responder? ¿Arrastrarme a sus brazos y decirme que había querido eso todo el tiempo?

—Entonces, eso significa que estás soltera.

—Sí, pero...

—La cagué, lo sé —dijo Antuan, y estaba tan serio—. Pero quiero hacer lo correcto. Aunque haya tardado un poco, aunque signifique...

—¿Puedes dejar de hablar un segundo? —Levanté la mano. Me dolía la cabeza, y las náuseas habían vuelto a nadar.

Antuan asintió, aunque un ceño fruncido agració su morena frente.

—Claro.

—Hay algo que necesitas saber, y va a cambiar todo lo que acabas de decir, pero, bueno, así es la vida. He esperado tanto tiempo a que digas esas cosas, y resulta, irónicamente, que en este momento no importan. Todo lo que importa es...

Me callé, buscando una forma elocuente de decirlo que no le sacudiera hasta la mierda.

Pero, por supuesto, no había manera. Tenía que dejarlo salir y decirlo.

—¿Lia? —Puso su mano sobre la mía.

—Estoy embarazada.

Y ahí estaba. La verdad desnuda. Hice lo correcto y se lo dije, aunque me asustara hasta los huesos.

La mandíbula de Antuan se aflojó.

—¿Qué?

—Estoy embarazada y tú eres el padre —le dije, levantando la voz. Sonaba bastante increíble. Noté que estaba entrando en estado de shock.

—¿Qué acabas de decir? —La voz no venía de Antuan, sino de la puerta del balcón detrás de nosotros.

Y me dio escalofríos que recorrieron mi piel de arriba a abajo.

Antuan y yo nos giramos.

Victor estaba allí de pie, con una mano agarrando la jamba y la otra en un puño a su lado.

—Lia, ¿qué acabas de decir?

No, no, no, no, esto no puede estar pasando.

—Victor —rechiné—. No se suponía que te enteraras así. Victor, no enloquezcas, ¿de acuerdo? Todo está bien.

—Hijo de puta —dijo mi hermano con frialdad, mirando a Antuan—. Confíe en ti. Juraste que nunca te acercaría a ella. Me lo juraste.

—¿Lo juraste? —Eso era poco convincente. Increíblemente patético. Mi hermano había hecho un pacto con su mejor amigo sobre mí. Claro, era protector, pero eso era infantil.

—Victor —dijo Antuan, pero todavía estaba afectado por la noticia.

—Que todo el mundo se calme —Extendí mis manos hacia Victor—. Hermano, esta es una discusión privada entre Antuan y yo. No tiene nada que ver contigo. Cuando estemos listos para hablar sobre ello lo haremos, pero no puedes...

—Sabía que esto pasaría, lo sabía —Victor gruñó, acechando con su mirada y caminando hacia adelante.

La espalda de Antuan estaba rígida como un palo. Se encontró con mi hermano ojo por ojo.

—No es lo que crees que es.

—¿No lo es? ¿No acabas de embarazar a mi hermana?

—Victor —dije—. Estás montando una escena en tu propia boda. Vuelve adentro y pasa tiempo con Mely. Déjanos en paz. Este es mi asunto.

—La embarazaste, y vas a huir de ella. Pedazo de mierda, sabía que nunca debí permitir que te acercaras a ella —Victor le dio a Antuan en el pecho.

Antuan cogió su dedo y lo sostuvo.

—Cálmate. Nada de eso es verdad. No voy a dejar a tu hermana, amigo.

Esto me daba asco. Esta charla sobre la hermana de Victor, como si yo no estuviera ahí presente. Le había transmitido la información más importante de mi vida al hombre que me había embarazado, y en lugar de discutir esto como dos adultos, teníamos que lidiar con mi hermano que estaba haciendo un berrinche en su propia boda.

—Victor, suficiente —dije. No me reconoció.

—Eres un cabrón. Confíe en ti —gruñó Victor—. Te voy a patear el trasero.

—¡Victor! —Mely apareció en la entrada, preciosa con su vestido de novia, pero sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos se movían hacia adelante y hacia atrás—. Victor, ¿qué está pasando?

—Antuan embarazó a mi hermana.

—Oh, qué alegría —dije—. Involucremos a más gente en esto. ¿Quizás quieras invitar al resto de la fiesta? ¿Eh?

—Tú —Victor agarró las solapas de Antuan, trayendo su cara hacia adelante, con los dientes apretados, cubiertos de sudor—. Hijo de puta. Vete de aquí. Sal de este hotel. Sal de nuestras vidas. Vete ahora y no vuelvas nunca más.

—Basta.

Antuan se quedó mirando a mi hermano. Alargó su mano y separó las manos de mi hermano de su chaqueta, luego pasó al lado de él y se marchó. Desapareció en el pasillo. La música sonaba, pero la gente en la pista de baile, visible más allá de Mely, se había detenido a mirar.

Y luego se fue. Antuan se había ido, y sin decir una palabra sobre el bebé, sobre nosotros, sobre cualquier cosa.

TREINTA Y CUATRO

Lia

—¿Qué diablos te pasa? —Me volví contra mi hermano.

Victor me parpadeó como si acabara de darse cuenta de que yo estaba allí, al carajo, que yo siquiera existía. Su enojo se duplicó, sus cejas acentuadas sobre sus ojos.

—¿Qué diablos me pasa? ¿Qué hay de ti? —preguntó—. Tuviste sexo con él, ¿con mi mejor amigo?

—Sí, sí, lo hice —gruñí—. Me acosté con él, tres veces, una a los dieciocho años y dos veces hace unos meses, ya sabes, cuando estabas a punto de casarte. ¿Quieres más detalles, Victor? ¿Quieres saber lo que he desayunado? ¿De qué manera me limpio cuando me siento en el inodoro?

—Oh Dios —Mely presionó las puertas del balcón para cerrarlas, se apresuró y cerró un poco las cortinas también.

Un rayo de la tormenta que se acercaba nos iluminó. Victor gruñó en voz baja.

—No seas desagradable.

—No, no, eso es lo que quieres. Quieres cada detalle de mi vida para poder controlarla, ¿verdad?

—Lia.

—Imbécil. Eres un imbécil. Esto no era asunto tuyo.

—Eres mi hermana. Siempre serás asunto mío —Victor se dio cuenta—. Desde que éramos niños... Siempre hemos...

—No tienes que darme el resumen de nuestra relación. Yo estuve ahí para eso, y eso no te hace menos imbécil. Estoy bien por mi cuenta.

—Claramente. Debe ser por eso que estás embarazada ahora mismo.

—Vete a la mierda —Le di un puñetazo en el pecho—. Vete a la mierda, Victor. Los accidentes ocurren, y nada de esto era asunto tuyo para empezar —Me solté el cabello del moño, tirando de las hebras de cabello, crujiente de la laca—. Dios, esta era sólo la conversación más importante de mi vida, y tú irrumpiste aquí y lo hiciste todo sobre ti.

—Estoy tratando de protegerte.

—¡Tengo treinta años, carajo! —Grité—. Treinta. No dieciséis. No necesito que me cuides. Estoy bien por mi cuenta —Lo miré con ira—. Y te diré algo más, Víctor. Si no te recompones y empiezas a actuar como un adulto maduro, puedes olvidarte de estar involucrado en mi vida. O la de mi bebé, para el caso.

Mely jadeó.

—Sí —dije.

—Lia —contestó Víctor, tratando de medir su tono, a pesar de que su cara estaba hecha polvo por la ira—. Lia, tú y yo sabemos qué clase de hombre es Antuan. Por qué querías...

—Lo siento, ¿qué? ¿Qué acabas de decir? —Levanté la barbilla—. ¿Qué clase de hombre es? Te das cuenta de que estás hablando de tu mejor amigo. Tu mejor amigo al que le mentiste.

—¿Qué? ¿Cuándo...?

—Le dijiste que tenía una relación. Le dijiste que me había comprometido. ¿Por qué eso?

—Porque sabía que algo así pasaría. Quería mantenerte a salvo. Antuan es un jugador. Él no se establece. Mira la mierda por la que pasamos en París porque no podía mantener su pene en sus pantalones.

Gotas de lluvia comenzaron a salpicar, hacia el balcón, hacia mi cabeza, una en mi mejilla. Como si el universo llorara por mí. Estaba demasiado enfadada para derramar lágrimas.

—Sabes que eso no es justo —le dije—. Y no puedes creer sólo eso de él.

—No lo conoces como yo. Es mi mejor amigo.

—Víctor —dijo Mely y se puso de su lado. Lo tomó del brazo y tiró ligeramente—. Creo que deberíamos dejar a Lia en paz ahora. Necesita un poco de espacio.

—No —Víctor gruñó—. No, tengo que explicarle. Explicarle lo mal que está lo que está haciendo.

—Eso es todo —dije—. Eso es absolutamente todo. Víctor, no te acerques a mí o a mi bebé hasta que hayas cambiado tu comportamiento. Buenas noches —Pasé por delante de ellos y me dirigí a las puertas del balcón. La abrí con fuerza y la música cayó hacia mí. *Tougher than the Rest*. Me detuve, y miré a Víctor por encima de mi hombro—. Oh, y felicitaciones, por cierto.

Me fui, lejos de Víctor y su juicio, caminando hacia la salida. Trisha apareció a mi izquierda.

—Putá —dijo, mientras pasaba.

Le saqué el dedo y seguí caminando.

Esta noche no cambiaba el hecho de que yo estaba embarazada y que Antuan se había marchado.

Se marchó y me dejó cuando se enteró.

Estaba por mi cuenta.

Subí las escaleras hasta mi apartamento, sorbiendo el batido que había comprado para ahogar mis penas. Fresa. Nunca me había gustado el sabor a fresa. ¿Quizás era un antojo de embarazo?

Fuera lo que fuera, estaba bueno. De hecho, estaba oficialmente increíble.

—¿Dónde has estado? —Flor se paró frente a la puerta, con su bolso colgado sobre su antebrazo, y su cara llena de preocupación—. He estado muy preocupada por ti. Recibí una llamada de Melissa, la esposa de tu hermano. Dijo que quería ver cómo estabas porque te escapaste.

—Apuesto a que eso no fue todo lo que dijo.

—No, no lo fue, pero Dios mío, ¿estás bien? —Me abrazó y lo hizo con fuerza—. Salió mal, ¿eh?

—Ugh, no tienes ni idea.

—Oh, cariño, lo siento mucho —Me dio una palmadita en la espalda—. Todo va a salir bien, ¿y sabes qué? Tengo la sensación de que tu noche está a punto de mejorar.

—¿Cómo?

Se apartó del abrazo y se encogió de hombros.

—Sólo un presentimiento. Ahora, tengo que irme. Ya sabes, ¿ensayo nocturno?

—Ah, sí, la obra —dije, y se me hundió el estómago. No podía quedarse conmigo y ver películas, comer bocadillos y maldecir a Victor y a Antuan. Una vez más, estaba por mi cuenta. Lo que estaba bien, era como las cosas estaban destinadas a ser.

—Sí, la obra. Escucha, volveré tarde. Si aún estás despierta, podemos hablar de esto. Realmente lo has logrado, lo sabes.

Conseguí una sonrisa débil.

—Claro. Gracias. Buena suerte en el ensayo.

Flor me dio un último beso en la mejilla, luego bajó las escaleras, tarareando en voz baja. No pude ubicar la melodía, pero definitivamente era alegre. Era raro, ya que Flor solía ser muy sensible con los sentimientos. Ella tenía que saber que yo estaba deprimida.

Saqué las llaves de mi bolso y entré en el apartamento. Entré, miré dos veces para intentar entender lo que veía, y me quedé sin aliento.

Antuan estaba de pie en el centro de la sala, sosteniendo un ramo de rosas rojas. Su cabello estaba húmedo, su traje empapado, pero sus ojos estaban llenos de fuego.

—Quería sorprenderte —dijo.

TREINTA Y CINCO

Antuan

—Antuan. ¿Cómo...? Pensé...

—¿Que no quería tener nada que ver con el bebé? —Dolía incluso decirlo. Me sorprendió cuando me lo dijo, pero no fue mi culpa. No era un tipo que huía de su responsabilidad.

—Te fuiste.

—Victor me lo pidió. Era su noche de bodas y estaba en su derecho. Te esperé afuera, pero no viniste —continué—. Así que, hice esto en su lugar. Estas son para ti —Le ofrecí las flores.

Lia se había congelado ahí, con su maquillaje ligeramente manchado, su vestido oscurecido por la lluvia. Caminó hacia adelante. Dejó caer su bolso en la mesa auxiliar y luego aceptó las rosas de mi parte. Puso su nariz contra ellas e inhaló.

—Son hermosas.

—Te habría traído algo mejor, pero había poco para elegir a estas horas de la noche.

—Antuan, ¿por qué?

—Porque lo mereces —le dije—. Y porque quería que supieras que este bebé no cambia lo que siento por ti. Si acaso, sólo me hace desearte más.

—¿Hablas en serio?

—Sí, hablo en serio. Maldita sea, Lia, tú eres la mujer para mí. La forma en que Victor actuó esta noche, mierda, estuvo tan mal.

—¿Cómo?

—Él supo desde el principio cómo me sentía por ti. Debió haberlo sentido cuando nos vio juntos por primera vez, y lo odiaba porque creía que yo sólo era un imbécil que se iría cuando las cosas se pudieran difíciles. No lo culpo por ser protector contigo pero...

—Bueno, yo sí —dijo Lia y volvió a oler las flores—. Pero no quiero hablar de Victor. El bebé es lo más importante. ¿Cómo te sientes al respecto?

—No lo sé —Y esa era la verdad—. Tengo los medios para mantener a un niño, pero tengo mucho miedo de convertirme en el mismo padre que yo tuve. Odio la idea de arruinar la vida de un niño.

—¿Crees que eres capaz de eso? después de todo lo que has pasado?

Era exactamente la pregunta que necesitaba oír. Sabía la respuesta.

—No. No soy capaz de eso. Nunca podría ser como él. Y sé que no te pareces en nada a mi madre de mierda, también.

—O a la mía —dijo, y se rió, pero la alegría desapareció de sus labios—. Quiero lo mejor para el bebé. Me ha llevado un tiempo acostumbrarme a pensar en esto. Quiero decir, cuando lo descubrí, estaba fuera de mí misma. No sabía cómo iba a resolver esto.

—¿Pensaste que me iría?

—No sabía lo que harías. Creí que no me querías. Dijiste que no era una buena idea que saliéramos a cenar. Asumí que significaba que los bebés estaban fuera de la mesa.

Esta vez, me reí. Casi no había nada que nos separara ahora, solo las rosas en sus manos.

—Fui un idiota. Trataba de protegerme de ti porque tenía miedo de que me arruinaras la vida.

Lia jugó con los pétalos.

—Yo también tenía miedo.

—Ahora podemos tener miedo juntos. Mierda, miedo de tener un bebé y tener que resolverlo todo. Escucha, dije y apreté mi dedo contra la parte inferior de su barbilla, inclinándola hacia arriba, voy a estar aquí para ti. Desde los antojos, los pañales de mierda, las primeras palabras, las rabetas, lo que sea que venga. No, no me lo esperaba, y sí, probablemente será difícil, pero haremos que funcione.

—Es todo lo que necesitaba oír.

—¿Qué hay de las otras cosas que escuchaste esta noche? ¿Qué hay de lo que dije?

—Antuan, asumí que eso cambiaría por el bebé.

—No lo ha hecho.

—¿Qué quieres decir?

Quería oírlo de nuevo, de mis labios. Tal vez no me creyó, y tal vez me lo merecía.

—Quiero estar contigo. Quiero salir contigo, quiero tenerte cerca de mí por la noche, quiero hacerte el amor. Quiero criar a este bebé contigo.

Su labio inferior temblaba.

—Te amo, Lia. Siempre lo he hecho. Fui demasiado estúpido para actuar antes.

—Me amas —susurró.

—Sí. Te amo. Te amo, carajo.

Dejó caer las rosas, posó sus brazos alrededor de mi cuello, y el beso, nuestro beso, se sintió como agua que bañaba las arenas del desierto.

Le acaricié las mejillas con mis pulgares, profundizando el beso. Fue mejor de lo que nunca había sido. Por fin podríamos estar juntos, de verdad. Sin escondernos, sin culpa.

Lia rompió el beso.

—¿Qué hay de Víctor?

—Me encantaría que no dijeras el nombre de tu hermano mientras nos besamos.

—Hablo en serio.

—No me importa eso ahora mismo. Todo lo que quiero es a ti, Lia, y si él no puede aceptarlo, ese es su problema, no el nuestro —La besé de nuevo, y ella se fundió conmigo. Arrastré mis dedos a su cabello, lo acaricié, aprecié la sensación de tenerla de nuevo. Aquí conmigo. Sin nada que nos molestara.

—Dormitorio —dijo ella.

Yo no diría que no a eso.

La levanté del suelo y me envolvió las piernas alrededor de la cintura. La llevé al dormitorio y la acosté en la cama. Ella se colocó frente a mí, y yo le bajé la cremallera del vestido, lo saqué de su cuerpo, revelando su sostén de encaje y bragas a juego.

Los arranqué a ambos, y luego sujeté con fuerza sus nalgas, rechinando los dientes de lo bien que se sentía estar con ella.

De cuánta razón tenía.

—Así —dije, elevándole el trasero. Le puse un cojín debajo del abdomen, y luego le abrí las nalgas de par en par, admirando la vista. Estaba hinchada para mí, brillando como la última vez que estuvimos juntos.

Soplé suavemente sobre su vagina, y ella jadeó, buscando las almohadas en la cabecera de la cama.

—Vas a jugar conmigo otra vez —susurró—. ¿No es así?

—Sí, me voy a hacerlo. Y luego voy a enterrar mi grueso pene dentro de ti.

—¿Y luego qué? —preguntó, mientras su sexo latía, apretando y soltando, aunque yo ni siquiera la hubiera tocado todavía.

—Entonces voy a entrar dentro de ti, preciosa. Bonito y profundo.

Lia gimió y me meneó el culo.

—Sí —dijo en voz baja—. Por favor. Yo quiero eso. No tienes idea de lo mucho que quiero eso.

Me desnudé lentamente, disfrutando de los suaves sonidos que hacía, los jadeos, los gemidos impacientes.

—Dime lo que quieres.

—Tu pene.

—Específicamente. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que te comas mi vagina —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Sí. Quiero que te lo comas, y luego quiero montar tu cara.

Mi pene estaba fuera ahora, y palpitaba. Me acaricié con la mano de arriba a abajo, extendiendo el precinto sobre él.

—Joder, sí, eso suena bien para mí.

Se acomodó el cabello por encima de un hombro.

—¿Sí?

—Absolutamente. ¿Qué más? Háblame mientras juego contigo —Me paré detrás de ella, agarré la base de mi pene y lo froté sobre su vagina, apreciando la fina franja de vello, la suavidad de sus labios, la humedad. No entré en ella, pero gruñí ante la sensación—. Joder. Háblame.

—Quiero chupártelo. No he tenido la oportunidad.

Inserté dos dedos dentro de su vagina y los presioné de un lado a otro, perdiendo el control de mí mismo por un segundo, el pensamiento de su boca alrededor de mi pene era demasiado.

Lia gritó.

—Sí, por favor. Oh, Dios mío, eso es bueno. No te detengas.

Pero había mucho más de donde había venido eso. Me subí a la cama, la obligué a avanzar un centímetro y le puse el brazo debajo de los muslos. Posicioné su culo hacia arriba, levantándola sin esfuerzo, y luego enterré mi cara en su sexo.

El sabor fue suficiente para volverme loco. Me la cogí con los dedos, concentré mi lengua en su clítoris, escuchando sus gritos, sus gemidos, disfrutando de la respuesta de su cuerpo. Sus jugos corrían de su cavidad goteando sobre mis labios, y yo los disfrutaba, jugando con mi lengua por encima de su clítoris.

—Demasiado bueno —Lia se ahogó—. Demasiado bueno. Demasiado bueno. ¡Me voy a venir!

—Vente para mí, Lia —dije, entre chupadas y lamidas—Vente para mí.

Se puso tensa y se cerró alrededor de mis dedos, logrando su orgasmo con estilo. Mi pene palpitaba, castigándome por no haberla tomado inmediatamente. Podría hacerlo. Ahora mismo. Podría enterrarme dentro de ella y llenarla con mi crema si quisiera, pero no, aún no era el momento.

Ella se merecía más que esto. Más que unos segundos de satisfacción.

—Oh, Dios mío —dijo Lia, sus piernas temblaban—. Oh, Dios mío.

—Aún no hemos terminado. Querías montar en mi cara —La dejé caer suavemente y luego la puse boca arriba.

Lia puso sus brazos sobre su cabeza y me miró fijamente.

—¿Hablas en serio? ¿Me dejarás hacer eso?

—Estás bromeando, ¿verdad? Es mi sueño húmedo, que te sientes sobre mi cara. Lo quiero.

Sus ojos se abrieron de par en par, brillaron, y algo en ellos cambió. Se puso a cuatro patas, renovó su energía y se me echó encima en cuestión de segundos. Ella agarró la base de mi pene y se deslizó su boca sobre la cabeza.

El calor me llevó directamente a mi borde.

—Guau, espera ahí —le dije, metiéndole los dedos en el cabello—. Espera, preciosa. ¿Tratas de hacerme volar mi carga antes de tiempo?

—Tal vez —dijo, y escupió en la punta de mi pene. Alisó su mano sobre él y luego se llevó todo lo que pudo de mí a la boca. Se atragantó con él, retrocedió, y lo hizo de nuevo, con sus ojos buscando mi mirada.

Le tiré del cabello, admiré la suave inclinación de su espalda y me sumergí hacia la vista de su perfecto trasero—. Jesús, Lia. Me vas a hacer venir así.

—Lo quiero. Quiero que lo hagas en mi boca.

—¿Qué más quieres? —Le pregunté, mientras trabajaba sus labios hacia adelante y hacia atrás, y movía su lengua sobre mi cabeza—. ¿Quieres que me venga en tu boca o en tu vagina? ¿Qué parte de ti quieres que llene?

Lia gimió y chupó fuerte y luego me soltó.

—Mi vagina.

—Eso es lo que pensaba —Me acosté en la cama e hice un gesto para que se acercara.

Al principio estaba confundida, frunciendo el ceño ligeramente, hasta que finalmente lo entendió, y se puso a horcajadas sobre mi cara. Su sexo flotaba justo encima de mis labios. Goteando esos deliciosos jugos en mi cara.

—Siéntate —dije— Y móntame.

Lo hizo. Se agachó, frotó su clítoris sobre mi lengua, y abrí la boca para abarcar tanto de ella como podía, aspirando, saboreando y sintiéndola palpar. La energía sexual entre nosotros era increíble. Nunca me había divertido tanto en mi vida.

Me encantaba comer su sexo.

Los dedos de Lia tiraban de mi cabello. Su otra mano descansaba contra la pared detrás de la cama.

—Voy a llegar —gimió, con las palabras entrecortadas—. Voy a llegar, voy a llegar. Oh, Dios mío, Antuan —Palpitó contra mi cara, su vagina tan mojada ahora que estaba más allá de su límite otra vez. Tenía que tenerla. Inmediatamente.

Su clímax disminuyó, sus muslos temblaban a cada lado de mi cabeza.

La agarré por las caderas, luego la volteé y me abrí camino hacia arriba por su cuerpo hasta que estuvimos cara a cara.

Lia se abrazó a mi cuello y me besó los labios.

—Ahora —dijo ella—. ¿Por favor?

—Sí, ahora —le contesté, y metí mi pene deslizando en su cálida humedad.

Ella me envolvió con sus piernas, gritando ante la presión que había dentro de ella, y yo me movía para ella. La llevé a otro clímax, chupándole el lóbulo de la oreja, mi pene se tensó bajo el temblor de su vagina. Y finalmente, finalmente, me dejé llevar.

Bombeé dentro de ella, cada vez más fuerte, más satisfactorio que el anterior.

—Dios mío —dijo Lia, y me besó la mejilla—. Oh Dios mío, eso fue perfecto.

—Eres perfecta —respondí.

Nos acostamos juntos, y la arrastré hasta mi pecho, le besé la parte superior de la cabeza y me dejé llevar por el sueño más completo y satisfactorio que jamás había experimentado.

TREINTA Y SEIS

Lia

Mis ojos se abrieron en la oscuridad. Mi mejilla estaba prácticamente pegada al pecho de Antuan, que se elevaba y caía uniformemente por debajo de mí. Su brazo estaba sobre mi espalda, su calidez me recordaba lo que habíamos hecho y lo bueno que había sido.

Él me ama.

Ahora estamos juntos.

Parecía surrealista.

Un suave rasguño vino de la puerta del dormitorio. Fruncí el ceño y luego me senté derecha, frotándome la cara.

Antuan gruñó mientras dormía.

El reloj parpadeó en los números 01:00 y bostecé. Maldita sea, nunca me despertaba a mitad de la noche. Definitivamente tenía el sueño pesado. ¿Qué había pasado?

Los arañazos volvieron a aparecer y yo suspiré, me bajé de la cama y agarré mi bata de la parte de atrás de la puerta de mi habitación. Me la puse, la até en su lugar, y luego salí tambaleándome a la sala de estar. Aquí también estaba oscuro, pero Flor había dejado la luz de la cocina encendida, y allí, rascando el marco de la puerta, estaba Tabitha.

Me vio y dio un pequeño salto en el acto.

—Sí, ¿qué pasa? —Le pregunté—. Tienes suerte de que esté despierta.

Tabby dio un maullido masivo y acolchado en la cocina, con la cola alegre. La seguí hasta ahí. El tazón de las croquetas estaba vacío. Por supuesto que lo estaba. Lo levanté, agitando la cabeza, y bajé la bolsa de croquetas del armario. Hice un trabajo rápido llenándolo.

En el momento en que dejé el cuenco, Tabby se apresuró y se puso a trabajar crujiendo croquetas entre sus dientes.

—Ahí —dije, y bostecé tan ampliamente que la palabra salió retorcida—. Ahora puedes dejar de rascarte y yo puedo...

La puerta principal resonó con un golpe en su marco, y yo salté en el acto y grité. ¿Algo golpeó la puerta del apartamento, se habrá caído algo al suelo? Me moví a través de la cocina y hacia el pasillo.

Volvieron a llamar, golpeando con fuerza contra la madera.

—¿Quién está ahí?

Un flashback de lo que había pasado antes: Pritchard, Carolina, y el horrible tipo enorme que me desarmó cuando intenté liberar a Mely. No, pero toda esa gente ya se había ido. Estaban entre rejas.

Otro golpe.

—¿Lia?

—¿Victor? —Era la voz de mi hermano. quité el seguro de la puerta y la abrí.

Y era él, de pie en el pasillo, aún usando su traje de la boda.

—Lia —dijo, y entró en la sala de estar sin invitación—. Tenemos que hablar.

— Uh, ¿entra? —Cerré la puerta—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Estoy a punto de irme de luna de miel —dijo—. Quiero hablar contigo antes de irme. Es importante para mí que estemos de acuerdo. Tú eres mi hermana. Hemos pasado por mucho juntos.

—¿Qué está pasando? —Flor entró en la sala de estar, sacudiéndose el sueño de los ojos.

—Victor está aquí.

—Oh. ¿Entonces no te están asesinando?

—Afortunadamente, no.

—Volveré a la cama.

Flor bostezó y se alejó. La croqueta que raspaba en el tazón se detuvo en la cocina, y Tabby corrió más allá de mí y siguió a mi compañera de cuarto a su dormitorio. Su puerta se cerró, y me volví hacia Victor.

—Estás embarazada.

—Eso es correcto. Y lo sabes porque escuchaste una conversación muy importante esta noche, cuando deberías haberte concentrado más en tu propia boda.

Victor agitó la cabeza.

—Yo...

—No —dije, y levanté un dedo—. Hermano, has pasado mucho tiempo hablando sobre mí esta noche o actuando como si yo no estuviera cerca, y no lo he apreciado en absoluto. No soy un objeto o algo que puedas proteger. Yo soy mi propia persona, y ya deberías saberlo.

—Estoy tratando de hacer lo que es mejor para ti.

—No soy tu hija, Victor. No tienes derecho a hacer lo que hiciste esta noche. No voy a hablarte de tu amistad con Antuan, no tengo voz en eso, pero para mí, vas a aceptar mis decisiones o puedes irte a la mierda —Mi voz se hizo más aguda al final, y tuve que forzarla a retroceder de nuevo. La pobre Flor estaba tratando de dormir un poco.

—Bien. No interferiré en tus decisiones, pero no puedo decirte que apruebo lo tuyo con Antuan. Por el amor de Dios, ya sabes quién es. ¿Sabes qué...?

—Sí, sé quién es, pero estoy empezando a pensar que no conoces a tu mejor amigo. Has sido una mierda con él. Y sobre él esta noche —le dije—. ¿Quieres la verdad, Victor? Cuando le dije que estaba embarazada, él estuvo ahí para mí, y cuando te enteraste, enloqueciste y te volviste juez automáticamente. Aún no me has preguntado cómo estoy. Parece que sólo te importa controlar la situación. No he recibido ninguna felicitación por mi embarazo.

Victor tuvo la decencia de parecer moderadamente avergonzado de sí mismo.

—Lo siento, Lia. Sólo quiero lo mejor para ti. No quise hacerte sentir de esa manera.

—Bueno, lo hiciste.

—Entiendes lo difícil que es para mí —dijo Victor.

—¿Entiendo lo difícil que es para ti? Una vez más, estás haciendo que esto se trate de ti. Por una vez, se trata de mí. Estoy embarazada. Estoy lidiando con ello. Y si no puedes aceptar nada de eso, vete.

—No tengo mucho tiempo. Mely está esperando abajo. Vamos de camino al aeropuerto para alcanzar nuestro vuelo.

—Genial. Eso es bueno para ti, Victor. Diviértete —Asentí a la puerta.

—No quiero irme cuando el aire no está claro entre nosotros.

—El aire entre nosotros está bien. Ve a disfrutar de tu luna de miel.

La puerta de mi dormitorio se abrió, y Antuan salió, sin más que una toalla alrededor de su cintura. Estaba expuesto, cubierto de tatuajes e intimidante. Pero la expresión de Victor se transformó instantáneamente de tristeza a ira.

—Está aquí, ¿eh?

—Tienes que dejar de hablar de la gente como si no estuvieran en la habitación —le dije.

—Victor —Antuan me rodeó la cintura con su brazo. Me tiró de cerca y me dio un beso en la sien—. Puede que no creas que tenemos esto bajo control, pero lo tenemos. Voy tan en serio con Lia que estaba dispuesto a poner en peligro mi amistad contigo. Yo la amo. Y planeo quedarme con ella. Para siempre.

Mi corazón latía contra el interior de mi caja torácica. No habíamos discutido nada en ese sentido.

—¿Qué?

—Hablo en serio. Eso es lo que siento por ti, Lia. Tú eres la indicada para mí. Podemos tomárnoslo con calma. No tenemos que mudarnos juntos de inmediato, pero eso es lo que quiero. Tú y yo, para siempre.

Victor se quedó quieto, con los ojos entrecerrados.

—No tengo anillo —dijo Antuan, tomando mi mano en la suya. Se arrodilló frente a mí—. Pero quiero que sepas que no importa qué, no importa quién lo apruebe o no, tú eres la mujer indicada para mí. Lia Richard, ¿quieres casarte conmigo?

Jadeé, apreté mi mano contra mi boca.

—¿Hablas en serio? ¿Realmente quieres eso?

—Por supuesto que sí. Te amo. Para siempre.

No podía quitarle los ojos de encima. Mi corazón golpeó contra el interior de mi garganta, ahora enloquecido. ¿Era cierto esto? ¿Quería que estuviéramos juntos, para siempre? Habíamos pasado de evitarnos el uno al otro a esto tan rápido que mi cabeza daba vueltas.

—No tienes que darme una respuesta de inmediato —dijo, y se levantó.

—Yo puedo. Lo hago. Quiero decir, sí, me casaré contigo. Me casaré contigo.

Puse mis brazos alrededor de su cuello y me levantó en el aire, me besó en la mejilla y en los labios. Nos perdimos en el momento, y cuando nos separamos, Víctor ya se había ido. La puerta principal estaba cerrada.

—Bueno —dijo Antuan—. No sé si alguna vez aprobará esto.

—No sé cómo sentirme al respecto —le dije mientras me ponía de pie—. No me importa si aprueba lo que hago en mi vida, pero no me gusta el hecho de que me haya interpuesto entre su amistad.

—Ese es su problema, Lia, no el nuestro. Me importa, pero no voy a dejarte por eso. Eres todo lo que quiero, y estoy cansado de mentirme a mí mismo y a todos los demás al respecto —dijo, y me pasó los dedos por los labios—. Si pudiera elegir, lo haría de nuevo, pero esta vez, lo haría antes. Y nunca le habría prometido a Víctor nada sobre ti.

—Sí, ¿qué fue eso? —Le pregunté—. Parece un poco inmaduro, si me preguntas.

—Fue inmaduro —contestó—. Éramos adolescentes, y él era sobreprotector, pero lo acepté. Pero cuanto más te veía, más te conocía, más me hundía. No más negarlo.

Apoyé mi cabeza en su pecho y cerré los ojos. Todo lo que necesitaba en este momento era a él. Si lo tenía, sentía que todo saldría bien.

—Vamos a la cama —susurró, y me besó en la cabeza.

—Claro. Cerraré primero —Caminé hacia la puerta y la cerré, luego seguí a Antuan al dormitorio. Esta mañana, cuando me fui a la iglesia, estaba segura de que terminaría comiendo Ben and Jerry's con Flor en el sofá, llorando por lo mal que habían resultado las cosas. Pensando en cuánta ayuda necesitaría.

Ahora... bueno, ahora tenía a Antuan, y al bebé, y un futuro que era mucho más brillante de lo que esperaba.

Antuan me atrapó y me puso encima de él en la cama.

—Ven aquí, preciosa. La noche aún es joven.

—¿Joven? Son casi las dos de la mañana.

—Uh huh, sí, ¿a quién le importa? Sólo tengo una cosa planeada para mañana, y el resto del día está abierto para ti.

—¿Qué cosa? —Le pregunté, sentada encima de él, muy consciente de lo desnuda que estaba bajo la bata.

—Llévate a un joyero y comprar un anillo. Esta vez de verdad.

Volvimos a caer uno sobre el otro, y cuando terminamos, me acosté en sus brazos, reconfortada con el conocimiento de que haríamos que esto funcionara.

Juntos.

TREINTA Y SIETE

Lia

UNOS SIETE MESES DESPUÉS...

—Mis costillas —dije—. Mis costillas —Estaba acostada en el sofá del salón del apartamento que compartía con Flor, con los ojos cerrados—. No entiendo por qué es así. Quiero decir, ¿no ha sido un hogar cálido y reconfortante estos últimos nueve meses? ¿Por qué no quiere... salir? —Agitaba las manos contra mi vientre distendido.

—Lo sé, preciosa —respondió Antuan, y me dio un masaje en los pies.

Véiamos repeticiones de Geordie Shore en la televisión porque no podíamos tener suficiente de la basura desde que Flor nos la había presentado. Y Antuan había decidido tomarse un descanso para ponerse al día.

La casa estaba lista. Nuestra casa. Tenía un área de guardería para nuestra pequeña niña, que era un dolor total en las costillas y la vejiga ahora mismo. Y la parte baja de la espalda. Y mis pezones, oh Dios, mis pobres pezones.

—El doctor dijo que cualquier día de estos...

—Me siento como Rachel, en Friends. Me convertiré en una demonio y empezaré a burlarme de tu nariz —Lo señalé, levantando la cabeza del brazo del sofá, y luego arrepintiéndome al instante y volviendo a ponerla en su sitio.

El teléfono sonó en la habitación, y Antuan se movió.

—No te atrevas —le dije—. No te atrevas a levantarte y dejar de ser mi máquina de frotar pies.

—El teléfono suena, Lia.

—Al carajo con el teléfono. En realidad, no. Sabes a qué me refiero. Al diablo con eso. Quienquiera que sea puede dejar un mensaje —Moví la cabeza de un lado a otro y luego me concentré en la pantalla, escudriñando las payasadas de los miembros de la casa. Un tipo muy bronceado escondía pepinillos bajo la cama de otra chica—. Son fascinantes. Casi me dan ganas de dar a luz —Lo dije cruzando los dedos—. No. Parece que no puedo convencerme a mí misma.

—Pronto terminará. Y mañana, preciosa, nos mudaremos a nuestra nueva casa, y tú estarás recostada en tu sillón de lujo —Antuan me besó en la frente.

Me reía y me movía en el sofá, y luego me volvía a acomodar, junto con los pensamientos que se paseaban por mi mente. El sillón de lujo.

Hace unos meses eso no estaba en mis cartas. Había estado segura de que el bebé y yo viviríamos aquí, que Antuan no querría estar involucrado, que yo tendría que cantar en clubes embarazada sólo para llegar a fin de mes. Pero él había insistido en que me relajara y retomara mi carrera después del bebé. Quería que me sintiera cómoda y me había proporcionado todo lo que necesitaba para ello.

El último concierto que había dado había sido meses atrás, justo antes de que empezara a aparecer mi gigante panza, en el Flapper Club, y había sido abrumador.

—¿Qué? —La cabeza de Antuan estaba girada hacia mí.

—¿Qué?

—Puedo notar que te preocupas por algo.

—El canto —dije.

—Sucederá, Lia. No hay forma de que no suceda. Voy a estar ahí para ti en cada paso del camino, hasta que lo logres —Antuan me apretó los pies otra vez—. Y ya sabes...

La puerta del apartamento se abrió de golpe, y Flor entró, vestida con el disfraz y el maquillaje completo de su obra. Definitivamente fuera sobre algo de la Edad Media.

—Oh, Dios mío —dije—. Eres una princesa.

—¡YouTube! —Flor gritó, y cerró la puerta a patadas. Cruzó la habitación, casi tropezándose con sus faldas.

—No. Soy Lia. Y este es Antuan. Cariño, tienes que dejar el vino.

—Hablo en serio, Lia. YouTube —Agarró mi laptop de la mesa de café y la abrió, luego empezó a escribir con una sola mano. Cuando lo hizo, mi teléfono sonó de nuevo en el fondo.

—Deja que yo lo coja —A Antuan le gustaba que los teléfonos se respondieran. Era el hombre de negocios que había en él.

—Confía en mí —dijo Flor—. Quieres ver esto —Puso el portátil sobre la mesa de café, agarró el control remoto de la televisión y silenció Geordie Shore—. Mira —Flor se sentó en el suelo, con las faldas extendidas a su alrededor y el corpiño pegado al pecho.

—Más vale que esto sea bueno —dije, mientras mi teléfono sonaba por tercera vez—. Oh Dios mío, eso es molesto.

—Déjame cogerlo.

—Antuan, por favor. Te necesito en mi pie —Se rió y siguió masajeando.

Flor le dio reproducir en el video, y se me cayó la mandíbula. Era yo. Yo cantando en el Club Flapper. Estaba en el escenario, haciendo una interpretación de una de mis canciones originales,

acompañada por el pianista. Y me veía muy bien.

—¿Estoy en YouTube? —pregunté—. ¿Desde cuándo?

—Alguien te grabó y subió el material —dijo ella—. Y le pusieron tu nombre y todo.

—Eso es raro. Bonito, sin embargo, pero raro. Supongo que debería haberme hecho un canal de YouTube hace años. La gente hace eso todo el tiempo.

—Sí, así es —dijo Flor, y su voz se quedó atrapada, como si apenas pudiera respirar—. Pero no muchos de ellos se vuelven virales. Mira esto.

Señaló hacia el recuento de vistas.

—¿Cinco qué? ¿Cuántos ceros son esos?

—Tiene cinco millones de visitas, Lia. Y apenas fue subido esta mañana. Todos los que conozco hablan de ti —dijo Flor—. Todos.

Mi teléfono sonó de nuevo, y esta vez, no me quejé cuando Antuan se levantó y caminó para buscarlo.

Lo levantó, con las cejas levantadas.

—Santo cielo.

—¿Qué? —Flor y yo dijimos al unísono.

—Tienes como veinte llamadas perdidas y más mensajes. De números que no reconozco.

—Has sido descubierta —gritó Flor, moviéndose de arriba a abajo en el acto—. La gente sabe quién eres, Lia! Has sido descubierta.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos instantáneamente. Por una vez, no eran las hormonas. Esto era real. Esto era lo que había soñado durante años.

—No puedo... ¿qué demonios?

—También hay comentarios. El tipo que lo subió es este YouTuber que busca específicamente talento y comentarios sobre las técnicas de canto de la gente y su historia—. Flor subió el sonido.

—El nombre de la mujer es Lia Richard, y es residente de Los Ángeles —La voz del tipo zumbaba por los altavoces y su imagen se veía en la pantalla. Un tipo bien cuidado con una bufanda a cuadros y un par de gafas modernas—. No pude encontrar mucha información sobre ella, pero lo que encontré fue interesante.

Me quedé sin aliento. Oh Dios, ¿ahora qué?

—De hecho, apareció en un tema de Costello, el fracasado artista de EDM que ha sido criticado por robar música y por su falta de crédito a los artistas con los que trabaja. Resultó que esta hermosa voz estaba en uno de esos temas, y a Lia no se le acreditó por ello. Sólo puedo asumir que ella tampoco está ganando el dinero que le corresponde. Lia, si estás ahí fuera, espera, chica. Lo vas a lograr a lo grande. Tengo buen ojo para el talento, y tú tienes en abundancia.

Las lágrimas se derramaron de mis ojos, y corrieron por mis mejillas. Las limpié con mi mano, luchando erguidamente.

—No puedo creerlo. ¡No puedo creerlo! ¿Esto está pasando? ¿Esto está pasando de verdad?

—Está sucediendo —dijo Flor—. Está sucediendo.

Antuan estaba a mi lado, sosteniendo el teléfono.

—Esto es increíble —dijo—. Lia, esto es increíble —Me besó suavemente—. ¿Estás bien?

—Es... ooh —El dolor me quemó el abdomen, sentí unos calambres que no desaparecieron. Me incliné un poco hacia mis rodillas, jadeando—. Oh, Dios mío. Oh!

—¿Lia? ¿Qué pasa? —Antuan puso su brazo alrededor de mi hombro.

—El bebé —dije—. Ya viene.

Las sábanas rosas se veían tan lindas en la habitación del hospital, mientras sostenía mi pequeña en mis brazos. Arrastré la sábana de sus pequeños dedos y la coloqué sobre sus pequeñas manos, la satisfacción viajaba a través de mí. Habían sido dieciséis horas del dolor más increíble, seguidas de la mejor recompensa posible.

Estaba exhausta, pero aún así le había dado su primer alimento y me habían enseñado cómo lograr que se agarrara al pecho.

—Ella es perfecta —dijo Antuan a mi lado. Era mi héroe. Me había tomado de la mano, me daba cubitos de hielo, todo lo que necesitaba, y cuando grité, maldije y apreté su mano tan fuerte que seguramente le había hecho daño, había sido mi roca.

—Se parece a ti. Tiene tu cabello.

Una delgada mancha de cabello oscuro se alisaba sobre su pequeña cabeza.

Besé su nariz de botón, y sus labios se movieron suavemente, chupando la nada.

—Oh, Dios mío —dije, ahogándome—. ¿Cómo es que somos tan afortunados?

—No lo sé —contestó Antuan—. Sé que lo mereces. Tal vez yo también.

—Sí.

Antuan alcanzó mis labios, y los besó suavemente. Nos frotamos la nariz. La fatiga flotaba

detrás de mis ojos, esperando para llevarme, pero aún no estaba lista para soltarla.

—Todavía tenemos que ponerle un nombre —dijo Antuan—. ¿Alguna idea?

—¿Qué hay de... Rebecca? Era el nombre de mi abuela.

—Me gusta. Y le queda perfecto.

—¿Estás seguro? ¿Qué tal un segundo nombre?

—Creo que Rebeca está bien —dijo Antuan y se dirigió hacia una silla. Bostezó mientras se sumergía en ella—. Y creo que Rebecca tiene el significado correcto. Deberíamos dormir un poco mientras podamos. Sabes, he oído que a los bebés les gusta mantener a los padres despiertos.

—Yo también he escuchado lo mismo. Llamaré a la enfermera.

Me eché hacia atrás y presioné el botón para solicitar atención de la enfermería.

Un ligero golpe en la puerta se escuchó, y luego se abrió de golpe.

Victor y Mely aparecieron.

Antuan levantó una ceja, y compartimos una mirada. Mi hermano no había estado en contacto con ninguno de los dos durante meses, desde que nos comprometimos.

Entró lentamente, casi con timidez, y se detuvo al llegar el extremo de mi cama.

—Sólo queríamos felicitarlos —dijo Victor, y miró a Rebecca—. Y, quería decirte... que lo siento. Por la forma en que me comporté. Por todo. Antuan, Lia. Estaba atrapado en mis propios problemas, y estaba equivocado.

Suspiré, y conseguí una sonrisa.

Era mi hermano, y siempre había estado ahí para mí. No me enfadaría con él para siempre por lo que había hecho. Y también estaba demasiado cansada para hablar de ello ahora.

—Hablaremos más tarde, Victor. Por ahora, ven a conocer a tu sobrina. Su nombre es Rebecca.

Antuan se levantó de su silla para pararse a mi lado otra vez, siendo todo un padre protector mientras me quitaba a Rebecca y la llevaba hasta Victor y Mely.

—Rebecca —dijo, y sonrió.

—¿Como la abuela?

—Sí.

—Es hermosa.

—Sí, lo es.

Y era nuestra. El comienzo de nuestra familia y el resto de nuestras vidas. Mis ojos se inclinaron para apreciar la imagen, una sonrisa se había dibujado en mis labios, y antes de que me pudiera dejar caer por completo en el descanso, un aullido de necesidad surgió de mi hija. Abrí mis brazos, y ella volvió a mí de nuevo.

—Muy bien —arrullé suavemente—. Muy bien, pequeña. Mami está aquí. Y te prometo que siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase.

EPÍLOGO

Antuan

Dieciocho años después.

París, Francia.

—Entonces, ¿Qué te parece? —Le pregunté, sentado frente a Rebecca, en la mesa de la esquina. Estaba con Lia sentado en nuestro lugar favorito, en París. El mismo en el que pasamos el día charlando y riendo después de elegir juntos los anillos, hace años.

Mi esposa estaba a mi lado, su mano descansando suavemente bajo la mía sobre la mesa. Se llevó la taza a los labios y sorbió. Unos cuantos adolescentes en la mesa cerca de la puerta ya la habían visto y estaban sacando unas cuantas fotos furtivas.

Lia ya estaba acostumbrada a la fama. Y yo la apoyaba en ello, pero no había sido tan sencillo para nuestra hija.

—¿Qué quieres decir, papá? —Preguntó Becca, y sorbió su batido.

—París. ¿Vivir aquí? ¿Estudiar aquí? ¿Qué te parece?

Los brillantes ojos verdes de Becca se abrieron de par en par.

—¿Hablas en serio? Crees que podría... ¿Lo dices en serio? —Lia sonrió, y sacó una carta de su bolso.

—Aquí, cariño —La deslizó sobre la mesa.

—Esto llegó para ti por correo hace dos días. Queríamos esperar el momento perfecto para hacértelo saber.

—¿Qué pasa? —Becca levantó el sobre—. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Esto es de la Escuela de Arte y Danza de París. ¿Esto es...? —Su boca se abría y se cerraba, intentando formar las palabras.

—Ábrelo —le dije, sonriéndole. Se parecía mucho a su madre, pero tenía indicios de mí ahí dentro. La nariz, la personalidad, la terquedad. Aunque tenía una doble ración de testarudez, pero eso venía de Lia—. Adelante.

Becca arrastró sus dientes sobre su labio inferior dos veces, luego abrió la parte superior del sobre y sacó el contenido. Levantó el papel y lo desplegó reverentemente. Sus ojos se movieron de un lado a otro, escudriñando las líneas del texto.

—¡Oh, Dios mío! —Chillaba y saltaba, casi dejando caer su plato de crepes—. ¡Oh, Dios

mío! ¡Oh, Dios mío!

La emoción me atravesó el pecho, y sonreí ampliamente.

—¡Entré! ¡Entré! —Becca corrió a nuestro lado de la mesa y nos abrazó a ambos. Nos apretaba tan fuerte como podía, mientras chillaba y se reía a carcajadas a pleno pulmón.

—Bien, cariño, relájate. Los perros al otro lado de la ciudad pueden oírte ahora mismo — dije.

—Está emocionada —Lia acarició a su hija en la espalda—. Deja que se emocione.

Becca hizo algunas piruetas alrededor de la mesa en perfecta forma, y despertó los aplausos de los adolescentes que habían estado sacando fotos de Lia antes.

—No puedo creer que entré —dijo ella, y se sentó en su silla otra vez. Se le escapaban mechones de cabello del moño apretado que se había hecho.

—¿Estás bromeando? —Le pregunté—. Eres una bailarina talentosa, cariño, y has trabajado muy duro por ello. Por supuesto que entraste. Dijiste que te sentías bien con la audición.

—Lo sé, pero con las visas y las complicaciones, no pensé que... no lo sé. Tenía miedo de que no se hiciera realidad. ¿Alguna vez has tenido un sueño y estabas tan cerca, pero justo cuando pensabas que estabas a punto de alcanzarlo, te lo arrebataron?

Lia se rió.

—Creo que puedo identificarme.

—Bueno, eso no me está pasando a mí. Estoy dentro.

Becca dio un último suspiro y se sentó, apretando los ojos, con una sonrisa en la cara.

Me llené de orgullo desde adentro, con esa vista. Mi hija contenta. Mi hija ambiciosa y lista para conquistar el mundo, para lograr sus sueños.

—Estoy personalmente aliviado de que hayas entrado —le dije.

Los ojos de Becca se abrieron.

—¿Por qué?

—Bueno —Saqué las llaves de mi bolsillo y las puse sobre la mesa—. Hubiera sido un desperdicio comprarte un apartamento en Francia si no lo hubieras hecho.

—¿Tú... papá...?

—Habla en serio —dijo Lia—. Aunque, no quería que te fueras de casa de inmediato, pero habla en serio. Es tuyo, Becca. Estamos tan orgullosos de ti.

Becca irrumpió en otra ronda de chillidos, y se retorció en su asiento.

—Ustedes son los mejores. Los mejores.

—Esta es tu oportunidad de alcanzar tus sueños —dijo Lia—. Prométeme que no la dejarás ir.

—Te lo prometo, mamá. Nunca.

Nos dedicamos a comer, reír, tomar café, en la tarde bajo el sol parisino. Los camareros nos fruncían el ceño de vez en cuando por los disturbios, pero que se jodan. Mi pequeña estaba a punto de embarcarse en la aventura más increíble de su vida.

—Ustedes se enamoraron en París, ¿verdad?

Lia me miró de reojo. Estaba tan guapa como siempre. Madura, curvilínea, con esas gemas brillantes que tenía por ojos, y su forma de ser que era tan única.

—Ni idea de dónde escuchaste eso.

—Lo hicimos. Bueno, lo hiciste. Yo te amé desde el principio —dije—. Entonces, ¿cómo sucedió?

Habíamos estado guardando la historia durante bastante tiempo. De hecho, le habíamos prometido a Becca que se lo diríamos después de cumplir 18 años, y este pequeño viaje a Francia era una buena oportunidad para hablar de ello.

—¿Quieres empezar tú o lo hago yo? —preguntó Lia—. Tengo el presentimiento de que lo dirás de otra manera.

—Hmm. Déjame hacerlo yo.

—Adelante.

La nariz de Becca se arrugó.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy a punto de ser sorprendida?

—Porque lo estás —Lia levantó su croissant y le dio un mordisco, guiñándole el ojo a nuestra hija.

—Todo empezó —dije—, cuando la tía Mely fue secuestrada por un jefe del crimen.

—¿Qué?! —Los ojos de Becca giraban como rosquillas—. ¿Hablas en serio?

—Sí —respondí riendo—. Ahora, déjame volver a empezar, esta vez desde el principio...